



Jardín
de invierno Monika
Zgustova



Lectulandia

Eva ha disfrutado desde muy joven de la atmósfera culta y exquisita de su Praga natal, en la que vive dividida entre el amor de dos hombres antagónicos: Karel, un artista de una exacerbada sensibilidad, y Milan, un militante comunista un tanto zafio. A la incertidumbre amorosa se unen los avatares históricos de la Europa del Este, que cambiarán sus relaciones una y otra vez: el estalinismo, la Primavera de Praga, la disidencia interior y, finalmente, tras la caída del muro de Berlín, la transición hacia la democracia y la economía de mercado.

Lectulandia

Monika Zgustová

Jardín de invierno

ePub r1.0

Titivillus 11.04.2018

Título original: *Jardín de invierno*
Monika Zgustová, 2009
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Canta a los abandonados,
a los que casi envidiabas,
porque has encontrado
que aman más que los satisfechos.

RAINER MARIA RILKE, *Elegías de Duino*

—¡Eva, ven aquí! —susurra una voz a mi izquierda.

—¡Eva, ven conmigo! —ordena otra voz amortecida a mi derecha.

Karel me toma de la mano y sorteamos negras figuras, rígidas como columnas. Karel lleva traje y corbata negros. Parece un hombrecito. También a mí la abuela me ha preparado esta mañana un vestido azul oscuro, me ha recogido la melena en una cola de caballo adornada con una cinta de terciopelo azul mortecino, que casi se confunde con el color de mi cabello. Alguien pronuncia un discurso.

Una de las figuras da un paso hacia un lado y Karel suelta mi mano para quitarse de en medio. Permanezco allí de pie, sin saber adónde ir. Me siento sola como en un bosque mientras cae la noche.

—Venga, Eva, ¡deprisa! —oigo en un susurro. Me dirijo hacia él.

Topo con el pañuelo blanco que adorna el bolsillo de una americana negra, luego rozo un pecho vestido de seda oscura.

—¡Ay, perdón! ¡Disculpe! —digo en voz baja. Pero no encuentro a Karel.

Sigo deslizándome entre las columnatas de los asistentes; bajo la vista hacia el suelo y veo incontables y lustrosos botines de señora. Los zapatos de los señores brillan tanto que en ellos se reflejan las nubes y los pájaros; las ramas de un castaño con sus candelabros blancos y rosáceos a punto de florecer y ¿veo incluso a un mirlo que ahora mismo se ha puesto a cantar? Descubro toda esa maravilla en el zapato de mi tío abuelo Vilém, aunque sigo sin encontrar a Karel.

Buscándolo me acerco al muro que encierra el cementerio. Rápidamente doy media vuelta para no salir por equivocación por la puerta lateral a las calles que lo circundan y encontrarme con el cotidiano mar de monos azules y chándales mal ajustados que llevan hombres con barrigas cerveceras y mujeres peinadas con permanente; allí sí que me perdería.

Vuelvo a entrar en el laberinto de figuras enlutadas, columnas con remates dóricos y jónicos —si recuerdo bien los nombres que me enseña mi abuela—, como capiteles y ábacos, mientras me las señala en los edificios de Praga y me explica que ése es el espíritu en el cual se educó y también mis tíos abuelos y mis tías, toda esa gente que veo ahora aquí de pie con sus vestidos y trajes oscuros, los mismos con los que, mucho más jóvenes, solían beber champán en las recepciones del presidente Masaryk, y antes aún, vestidos así saludaban al emperador Francisco José, durante sus visitas a Praga. Entonces eran rubios y castaños y morenos, mientras que ahora, todos los hombres, con sus sombreros negros en la mano por respeto al difunto, lucen melenas blancas y plateadas, y en las cabezas de las señoras relucen moños y colas blancas, tirabuzones blancos que sobresalen de los sombreros y sombreritos. Abandono de nuevo el grupo para perderme entre las tumbas y lápidas. Las letras doradas de los nombres, para los que también ha pasado el tiempo, brillan sobre el mármol negro: Hermína, Ignác, Hortensie...

De repente, la cabeza de Karel asoma detrás de una lápida de mármol oscuro. Cruzo las callecitas y Karel vuelve a desaparecer, echo a correr. Paulatinamente, el

cementerio desaparece en la niebla; apenas veo a pocos pasos de mí. He perdido la orientación, me tambaleo de un mausoleo familiar a otro que surgen de la niebla para volver a irse.

—¡Eva, sígueme! —se oye la voz de Karel.

—Eva, ¡ven aquí, nos vamos!

Reconozco la voz de mi abuela.

Karel se oculta detrás de un abedul. Lo descubro porque el tronco blanco del árbol es fino y divide a Karel en dos mitades. Le tomo la mano y lo guío por las entrañas de la niebla, adonde intuyo que el grupo de asistentes al entierro, ya los veo, apenas, como una procesión de fantasmas se dirigen quién sabe adónde. Mi abuela acaricia el hombro de Karel y le susurra: «Tu abuelo te está buscando, precioso», y con la otra mano alisa mi cola de caballo y arregla mi lazo azul. Y ya subimos a los Trabant que nos aguardan en la calle. Mi tío abuelo Vilém, con sus ojos rasgados llenos de mordacidad, alaba la eficacia oculta de esos minúsculos coches de hojalata, uno azul celeste, otro verde pistacho y el tercero amarillo limón, coches que contrastan con los visitantes, como si esos viejos ministros y abogados y diplomáticos y sus esposas hubieran adornado sus trajes y vestidos negros con la quincalla comprada en un encante.

En el piso del tío abuelo Vilém las cabezas blancas reposan en sillones y sofás antiguos, toman con sus alargados y nudosos dedos frágiles tazas de té y pasan sus uñas esmaltadas por los tallos de las copas de cristal cortado y...

En ese momento, desde el piso vecino irrumpe una música ruidosa y rítmica. Las figuras negras de camisa blanca y cuello de puntilla se vuelven una hacia otra y las plateadas cabezas de largos cuellos niegan con rechazo y resignación, mientras la música de orquestina arrolla, impenitente... Entonces, Karel se sienta al piano y toca lo primero que se le ocurre, con los dedos en el teclado de ese modo tan suyo, y aunque sólo tiene doce años, toca el principio de la *Rapsodia húngara* de manera sombría. Al incrementarse el temperamento rítmico de la lenta melodía, el tío abuelo Vilém, que siempre habla con sarcasmo de todo menos de su colección de grabados antiguos, frunce el ceño y se sienta a su lado como si quisiera tocar con él a cuatro manos, pero en realidad transforma, imperceptiblemente, la rapsodia en un suave estudio, también de Liszt. Y cuando Karel se levanta y se aparta del piano, el tío abuelo le mira muy serio pero con destellos irónicos en los ojos, y, sin dejar de tocar, le dice con su voz de bajo que tan bien disimula su mordacidad ante los que no la quieren ver: «Hoy toca estar de duelo...».

Y la orquestina estridente no cesa. La fresca rapsodia juvenil la había acallado por un instante, pero el delicado estudio no lo logra, de modo que mis parientes vestidos de negro guardan silencio, aunque se agitan en sus asientos, se ponen de pie y de nuevo se sientan frotándose las manos, meciendo cada vez más deprisa sus zapatos que no sé cómo consiguen mantener brillantes. No dejan de echar miradas de

irritación a la pared, al otro lado de la cual chillan voces de mujeres y gritan las de hombres. Y entonces recuerdo que mi abuela me contaba que unos años después de que yo naciera se dividieron las casas y las villas y los pisos grandes, y eso es lo que le había ocurrido a mi tío abuelo Vilém, al igual que a su vecino de calle, Antonín: al repartir las propiedades, las autoridades les dejaron una pequeña parte de sus villas, y el resto de habitaciones las ocuparon los trabajadores de la fábrica metalúrgica de Kladno y sus familias... «Son jóvenes y a menudo organizan fiestas con cerveza y música, ¿sabes, Eva?», me explica mi abuela, como si yo fuera una de sus amigas y familiares de pelo blanco que comparten con ella aquellas costumbres.

Y Karel me coge la mano y me conduce hacia la puerta. A la mirada interrogante de su abuelo contesta: «Eva y yo vamos a jugar a la buhardilla, abuelito». Una vez allí, miro por la ventana sin cortinas y mis ojos se fijan en el enorme edificio que hay enfrente, construido con columnas griegas y vueltas helénicas. Algunos muros se han derrumbado, de las ventanas y el techo sobresalen no sólo hierbas sino también arbustos y árboles incluso, como el clan de mis tíos y tías, mis abuelas y abuelos. Abajo, en la acera, descubro unos andamios, ya muy viejos y cubiertos de verdín, es así en todas partes... Y es que no podemos caminar por la ciudad sin atravesar largos túneles de andamios; y las pocas casas sin ellos llevan inscripciones: ¡atención! ¡desconchones gruesos!, o ¡precaución, caída de ladrillos!... Y Karel me acomoda en un desvencijado sofá Biedermayer y de la bolsa que ha traído a hurtadillas saca dos vasos y una botella, y varios discos con unos nombres extraños: Yusef Lateef, Aretha Franklin, John Coltrane... Nos ponemos a bailar juntos. El vino me ha subido a la cabeza y para no perder el equilibrio fijo la mirada en el agujero negro de la alfombra que está allí desde que Karel y yo jugábamos a los gitanos. Teníamos unos cuatro años, y una tarde en que mi tío abuelo Vilém y la tía abuela Nelly habían salido al teatro, en su casa, sobre esta alfombra persa, según nos contaron luego, encendimos una hoguera.

Ahora que bailamos por fin me abandono a la tristeza que he sentido en el cementerio.

Reposo la cabeza pesada en el hombro de Karel y le cuento lo que me pasó el día anterior: una de mis compañeras de clase, Blanka, vino a verme a casa de mi abuela y al ver el piano me pidió que tocara algo; sentí ganas de lucirme, así que interpreté Bach: el delicioso «Andante» de la *Sonata en do*, pero Blanka miraba a su alrededor con una expresión de indiferencia. Entonces, añadí la «Sarabande» de la *Suite francesa en do menor*; pero a la mitad de la composición Blanka me pidió que saliéramos al patio a jugar. Pero yo quería oír cómo tocaba y se lo propuse asegurándole que teníamos los armarios llenos de partituras, que sin duda encontraría su composición preferida. Me miró como si yo fuera una marciana y me dijo que no sabía tocar el piano. Le propuse el violín, pero ella se echó a reír empujándome al patio con una pelota.

—Karel, ¿tú crees que hay niños que no saben tocar el piano? Y no sólo el piano,

¿ningún instrumento musical?

Karel se echa a reír al igual que Blanka ayer. Pero la vieja voz de mujer que ahora canta suena triste.

Llovizna en las calles, lo veo a través de la ventana sin cortinas.

A través de la ventana con cortinas de un blanco opaco, intuía una mañana helada. Mi uniforme de las juventudes comunistas estaba recién planchado y en una percha encima del armario para que no se arrugara. Los altavoces en la calle reproducían atronadoras marchas, llenas de júbilo; coros mixtos y corales infantiles cantaban en checo y en ruso «con un fusil en la mano, con el fuego en el corazón»... Al reconocer el texto de la canción pensé que me gustaría encaminarme hacia algún lugar como la heroína de la marcha, con el corazón encendido. Con los dedos nerviosos de una persona que está permanentemente ocupada, mi madre me ayudó a ponerme una camiseta, otra más, y aun una tercera y dos jerséis de lana, y sólo después me enfundó la camisa blanca del uniforme; me sentí como si llevara un caparazón. Era el 1 de Mayo y por la mañana la temperatura no superó los ceros grados. El sol aún no calentaba.

Mamá, siempre tan nerviosa, nunca lograba atarme el pañuelo rojo del uniforme tan bien como lo llevaban los demás niños; las puntas del pañuelo siempre se desviaban hacia arriba...

—¡Como los cuernos de una vaca! —se rió mi madre con unas risitas entrecortadas, intentando sin éxito arreglarme el pañuelo.

—¡Átamelo bien, mamá!

—¡Tanto da! —resopló inquieta con un gesto despectivo para desechar el asunto.

«¿Tanto da?», pensé. No; para mí era algo serio. Serio y grave, porque no quería parecer un ser de otro planeta.

Mi madre notaba la ilusión que me hacía participar en el desfile del 1 de Mayo y, aunque no la compartiera en absoluto, se guardaba de estropear mi alegría. Se sentía culpable al dejarme siempre con mi abuela por falta de tiempo. Los niños se ponían en filas.

Pañuelos rojos brillan al sol
encendidos como un girasol,

gritaba con estridencia una coral infantil desde los altavoces que colgaban en todas las esquinas y en los cuatro ángulos de las plazas. Me uní a los demás, cantamos todos juntos, guiados por la maestra.

... bajo la bandera de las juventudes comunistas
marchamos los eslavos progresistas.

A mi lado, Blanka cantó *esclavos* en vez de *eslavos*, me dio un codazo de pura alegría por su ingenio y me sacó la lengua. Cuando llegó el momento de repetir la

estrofa la imité. Canté «marchamos los *esclavos* progresistas» en voz alta, y con gran ímpetu destacué la *c* de esclavos.

Milan dio media vuelta y me observó desde su altura. A sus doce años ya se veía atlético. Durante nuestros paseos me gustaba su mirada azul y envidiaba su cabello ensortijado y cobrizo. En general me tranquilizaba porque era directo y claro, como alguien que no suele guardar secretos. Por algún motivo que yo no conocía pero todos los demás parecían saber, la gente solía llamarle *el Barón*.

Pero ese día me observó con frialdad, enmudecido, grave. No tiene sentido del humor el Barón, me repetí en silencio, y me dejé llevar por aquel río humano, aquel júbilo que blandía las banderas checoslovacas y soviéticas, ramos de lilas blancas y púrpura y malva.

Milan se volvió —estaba en la fila justo frente a la mía—, y con una expresión rigurosa e iracunda me dijo silbándome al oído:

—Mañana hablaremos. Te aviso que deberás comparecer ante la comisión de los líderes pioneros.

No entendí nada. Le sonreí y volví a cantar a pleno pulmón. Él insistió:

—Espera a mañana. ¡Mañana verás!

Y luego, mientras agitaba su banderita roja, me amenazó:

—¡Vaya pájara! ¡Ya verás, el comité de las juventudes comunistas no tendrá miramientos contigo!

Su rabia no combinaba bien con sus rizos y ligereza de movimientos.

Mientras la rebotante procesión rendía sus homenajes múltiples, el presidente Novotny, ese Dios del Flequillo Ondulado, en lo alto de la tribuna la saludaba con expresión solemne.

En lo alto de la pared colgaba un retrato fotográfico del presidente Novotny con su peinado de peluquería, y yo tenía mis ojos fijos en él para que me aconsejara qué debía decir. La maestra nos preguntaba a los alumnos cuál era la profesión de nuestros padres. Orgullosos, los niños habían contestado: albañil, electricista, funcionario, vendedora, secretaria, ferroviario. La maestra sonreía, satisfecha con las respuestas. Cuando llegó mi turno rae ruboricé.

—¿A qué se dedican tus padres, Evita? Cuéntanoslo, guapa —me aconsejó la maestra, pero me miraba de reojo.

—Bueno, mi padre escribe algo y luego echa a correr, y mi madre hace lo mismo, y ambos envían y reciben muchas cartas, también del extranjero —dije con voz temblorosa porque era consciente de haberme expresado como una extraterrestre.

—Tus padres son carteros, Evita, ¡qué bonito! —se alegró la maestra de todo corazón, porque ésa era una profesión que encajaba bien. La maestra se deshizo en elogios. Pero yo sabía que no era cierto y que, sin duda, su profesión de científicos los convertía en extraterrestres como yo.

Por suerte finalizó la clase y salimos corriendo al parque. Aquel día, Blanka, la

que llevaba la melena más larga y brillante, se había presentado en el colegio con un vestido rosa de primavera, un lazo blanco en su pelo oscuro y calcetines blancos hasta la rodilla: un tío que vivía en Inglaterra le había mandado el conjunto, al igual que en otras ocasiones, todos graciosos, como si fueran para una muñeca. En Praga nunca se veían telas tan ligeras ni volantes y mangas como las que llevaba Blanka. Al verla, Hana, la que se consideraba la más guapa de la clase, palideció, y en el parque la empujó con tanta fuerza que Blanka cayó en un charco. Un instante después Blanka saltó del hoyo como si nada hubiera ocurrido, y creo que debía de tener un ángel de la guarda, porque cualquier otra niña habría salido de aquel charco llena de barro y llorando, quejándose a sus padres y denunciando a Hana a las autoridades del colegio; en cambio, Blanka salió fresca como una rosa, tan limpia y perfumada como antes, se sacudió el agua como un perrito y continuó corriendo tras el aro como la princesa de un cuento de hadas.

De repente, las niñas dejaron de gritar y reír; entornaban los ojos como mujeres adultas y contoneaban sus cuerpos como modelos. Blanka se alisó el lazo blanco en el pelo y el rosa en la parte de atrás del vestido y se colgó el aro del brazo como si fuera un bolso para salir de fiesta. Milan se acercaba. El Barón echó una de sus miradas más brillantes y azules, me susurró algo al oído y se fue. Por la tarde me esperó frente a una pastelería cerrada.

Me acompañó a casa de mi abuela, donde yo residía cuando mis padres estaban ocupados con su trabajo, y me obligó a sentarme en un banco al pie del monte Petřín para contarme su futuro tal como lo había soñado.

—Me siento destinado a hacer algo muy importante —me confesó el Barón.

—¿Como qué? —Le miré con respeto.

—Sólo sé que será algo muy especial, y gigantesco —dijo.

Y al explicarlo, su mano, por casualidad —casualidad fingida, según comprobé más tarde— bajó por mi hombro izquierdo para ponerse en mi pecho. Me quedé petrificada del espanto, temiendo que alguien deambulara por aquel camino. Pero no pasó nadie, y además el banco estaba en la penumbra. Al comprobar que no protestaba ni me movía, Milan acarició mis piernas con la otra mano mientras desplegaba, con expresión trascendente, su radiante futuro de líder de las juventudes comunistas. Y cuando llegó a describirse como un sobresaliente estudiante del porvenir, sus dedos descubrieron mis bragas: cuanto más fogosamente se imaginaba Milan su gran futuro, más trozo de tela abarcaban sus dedos y, luego, la palma de su mano. Varias personas pasaron de largo. Me dijo algo con el mismo tono de voz del día 1 de Mayo mientras introducía en mi mano un sobre, y se alejó dando enérgicos pasos.

Se acercaron con paso enérgico. Cinco muchachos. En lo alto de la pared colgaba el presidente Novotny con su tupé fijado a fuerza de laca. Me presenté ante ese comité. Yo, la acusada, era la única niña.

Me mantuvieron de pie ante ellos. Milan declaró que había cometido un grave delito contra nuestro ideal comunista, que todos debemos amar y cuidar, respetar y construir con todo nuestro empeño. Y expuso mi delito. Lo que dijo sonó muy mal. No era consciente de haber cometido semejante traición.

Al otro lado de la ventana, en el parque, cantaba un mirlo. Al poco le respondió un cucut.

—Esta pionera cantó «Marchamos los *esclavos* progresistas», ¿os cabe eso en la cabeza? —acabó Milan, triunfante.

Me daba cuenta de la magnitud de mi culpa. Las lágrimas inundaban mis ojos. Me esforcé por hacerlas retroceder, pero brotaban con más ahínco.

Milan lo vio:

—Tendrás que disculparte ante tus compañeros de clase. Y del colegio entero —añadió con dureza—. Pero eso no es todo. El comité de las juventudes comunistas decidirá tu castigo. Les avisaré enseguida para que te enseñen cómo hay que comportarse en nuestra sociedad socialista.

Milan me preguntó algo, pero yo no lo oí porque no podía apagar mis violentos sollozos. Y al llanto le sobrevino el hipo. Y me dolían los pies.

—¿Puedo sentarme? —pregunté, quejumbrosa.

—De ningún modo. Sólo faltaría que el culpable se quedara sentado y cómodo como si estuviera en una fiesta de cumpleaños —dijo alguien.

Entre mis sollozos oí la voz de Milan, que informaba a sus colegas:

—¡Tan pequeña y tan degenerada! Sabemos que la niña coquetea con varios muchachos a la vez. Con uno va al parque por la noche y quién sabe qué hacen allí en la oscuridad. Y al mismo tiempo se relaciona con otro, un niño reaccionario y peligroso, y mejor no saber qué actos inmorales comete con él. ¿Me preguntáis quién es ese niño reaccionario y peligroso? ¿Conocéis el cuarteto de cuerda infantil? ¿Y al violonchelista Karel?

¿Cómo sabe? ¿Cómo lo ha descubierto?

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté con resentimiento y reproche.

—Lo sé todo de mis compañeros de clase. Es mi obligación —respondió el Barón con júbilo. En sus transparentes ojos azules había inocencia. Y repitió—: ¿Conocéis al chelista Karel del cuarteto infantil? Es él.

Aquella era mi fiesta de cumpleaños, Milan lo sabía. Cumplía trece años.

Hoy cumpla diecisiete años, me dije. Cerré el libro de texto y salí a la tarde de mayo, inflamada por el sol y el pavimento incandescente. Llevaba puesto un vestido amarillo plátano, regalo de Milan, el cual me obsequiaba con objetos que sus padres traían del extranjero o él adquiriría en las tiendas Tuzex, reservadas a las élites del partido comunista.

Durante años había evitado a Milan en el colegio. Nuestros compañeros de clase habrían tomado partido por él, niño mimado de muchos. Pero él en cambio me buscó siempre: me escribía cartas y no se cansaba de llamarme por teléfono a pesar de mi obstinado rechazo. Un día logró confesarme que me había maltratado por celos.

Así, con insistencia, consiguió finalmente que nos reconciliáramos.

Poco antes me había regalado una camiseta rosa, unas gafas de sol verde lechuga, un bolso de charol color mandarina, una cinta para recoger el pelo color frambuesa, colores de los que nuestros productos carecían y que si no fuera por las flores y los frutos del bosque, habríamos olvidado.

El Barón era deportista, acostumbrado a ganar no sólo los partidos de baloncesto. Lo único que no controlaba era su dependencia de mí, y por eso a menudo me montaba una escena. Me decía que cuando fuera mayor se casaría conmigo, pero que mientras tanto yo tenía que cambiar.

Mi amistad con Milan despertaba la envidia de mis compañeras de clase, tanto que me maltrataban y se vengaban de mí siempre que era posible. Sobre todo las más vistosas. Participantes de concursos de belleza desfilando por la pasarela de los bulevares céntricos de Praga, exhibían cuerpos flexibles a falta de modelos de última moda. A cada paso desplegaban sus largos rizos, a cada paso sus largas y esbeltas piernas se acentuaban con tacones altos y tejanos oscuros. Provocaban el caos callejero: los muchachos chocaban con los peatones que venían en dirección contraria, los hombres se olvidaban de las mujeres que caminaban a su lado para volverse y echar un último vistazo. Parecían un campo de girasoles, todos a la vez, todos iguales. Los coches y las motos apagaban el motor en medio de la calzada para disfrutar del milagro: allí por donde pasaban esas camisetas medio transparentes, se producían colisiones y bocinazos. Y el grupo de chicas seguía flotando bulevar abajo, con risas y fingida indiferencia a todo el embrollo, pero observaban con burlona compasión a los hombres, criaturas enanas y boquiabiertas que las devoraban con los ojos.

Esas provocativas bellezas no me ignoraban sino que me detractaban, a mí que no tenía ni una larga melena ni una figura sensual. A Milan le eran indiferentes, pero yo en cambio recibía sus atenciones, impresionantes regalos de él, el Barón, cuyo futuro, y eso nadie lo ponía en duda, auguraba una carrera deslumbrante.

Milan me esperaba vociferando en la plaza Wenceslao, para que, además de mí, le oyeran los muchos praguenses que a esta hora regresaban a sus casas tras la jornada laboral:

—¡Vamos de compras a Tuzex!

No mencioné que nunca en la vida, ni una sola vez, había ido a comprar a esos templos de la abundancia en los que sólo se vendían productos occidentales o destinados a la exportación. Mi familia no tenía posibilidad de conseguir el dinero exclusivo con el que sólo los altos funcionarios del partido comunista podían comprar en esas tiendas.

—Vamos a Tuzex, ¡venga! —siguió alborotando Milan mientras pasamos bajo la cola del caballo de la estatua ecuestre toda negra, como mi calle, como mi barrio entero, como todo el centro de la ciudad.

Tuzex... Me imaginaba un interior resplandeciente en el que las estanterías y el mostrador no estaban vacíos como en las tiendas habituales, sino llenos de productos envueltos en colores brillantes. Sin embargo, jamás había admirado tanta elegancia en una tienda. Tenía la impresión de haberme introducido a hurtadillas en el palacio del sultán de las mil y una noches, donde los sirvientes se apresuran a ofrecer a su amo la más brillante de las sonrisas, el más sabroso de los platos, la más refrescante de las frutas y la más deliciosa de las bebidas. Milan, como un auténtico pacha, ahuyentaba como si fueran moscas esas serviles sonrisas femeninas que tanto contrastaban con la perezosa y ceñuda expresión de las vendedoras en las tiendas corrientes, y extrajo del bolsillo de la americana una larga lista de los embutidos y patés y quesos, los vinos y whiskys y salsas que deseaba adquirir. Pagó con unos billetes que llamó abonos y que yo veía por primera vez.

En casa de Milan nos pusimos a guardar en los armarios de la cocina y en los muebles del comedor y en la nevera cajitas azules y blancas y verdes con quesos. Mientras almacenábamos los pepinillos franceses y alemanes y el salmón del fondo de la primera bolsa, entró la madre de Milan bostezando. Yo no podía quitar los ojos de sus tejanos bordados con imaginería floral y sus collares de piedras y cadenas a la última moda. Su padre, un flaco hombrecillo con rasgos vagamente asiáticos, mucho mayor que su esposa, la devoraba con los ojos. Con su mano libre él cogía la de una niña cuyo parecido con la joven mujer era asombroso; hasta su expresión de aburrimiento mortal era idéntica:

—Eva, te presento a mis padres y a mi hermanita —dijo Milan.

La mujer cogió unas setas a la vinagreta en conserva y las examinó cuidadosamente, luego hizo lo mismo con unos pescaditos en escabeche; al contemplar los patés y quesos su cara empezó a animarse. Le tendió al hombrecillo una botella cuadrada diciendo:

—Escucha, llévale este whisky al cirujano que va a operar a la abuela Madla, y esto es para tu jefe.

Y le pasó a su esposo una botella de coñac.

—Ya sabes por qué, sí, por el viaje a Londres, ¡pero cuidado!, no estamos solos —bajó la voz y me miró con rabia.

—¿Hay pitillos para mí? —preguntó el marido.

—Esto es para el dentista —dijo la mujer enfáticamente mientras sacaba de una bolsa un par de cartones de cigarrillos Marlboro y Camel.

—Como tú digas —respondió el hombre obedientemente.

—Regálale esto a mi costurera, además del dinero, claro, por el vestido de baile y el traje chaqueta.

La mujer le alargó una botella de Veuve Clicquot.

—Y mira, éste es el regalo para el director del instituto de Milan.

Le lanzó una botella de Châteauneuf-du-Pape. El comedor se llenó entonces de objetos despedidos por los aires, de botellas y latas y conservas que arrojaba a las manos del padre de Milan: las aceitunas negras y verdes en vinagre, los quesos en aceites dorados, los pepinillos *à la vinaigrette*, las salsas y mermeladas y patés eran como castillos de fuego, estrellas rosadas y verdes, rojas y blancas como cohetes que se apagaban enseguida en las grandes y diestras manos de aquel hombrecillo. Esos deslumbrantes fuegos de artificio aceleraban su ritmo, y las palmeras y estrellas, planetas y anillos bailaban desenfrenados su chachachá, acompañados por la alegría de un saxofón que resonaba con estrépito desde algún lugar.

Desde algún lugar resonaba el lamento de un saxofón mientras mi abuela y yo casi flotábamos por las calles blancas rumbo a la Sala Smetana. El viento calaba mis medias amarillas de fantasía. Antes de entrar en el edificio que miraba al río, eché una rápida ojeada al Castillo de Praga, que se reflejaba, plateado, en el hielo que cubría el Moldava como en un espejo. Mi abuela dejó en el guardarropa mi miniabrigo negro y el suyo de zorro gris, largo, que antes de la guerra debió de haber sido magnífico. El cuarteto tocó la *Sonata a Kreutzer* de Janáček. Vestido de frac, Karel me pareció un extranjero. Por delicadeza y para no enredar más mi relación con Milan, mi abuela había dejado de invitarlo a su té de la tarde. No lo había visto siquiera en las celebraciones navideñas en casa de nuestros parientes comunes, por lo que ahora me resultaba extraño. Provenía de un mundo distinto al de mis compañeros de colegio, aunque es verdad que todos los integrantes de aquel cuarteto, con camisa blanca y pajarita, parecían provenir de las bóvedas celestes.

Aquella noche escuché la *Sonata* de una manera distinta: como una obra de teatro en cuatro actos sobre una mujer que, como no ama a su marido, se enamora de otro: no sé por qué tuve la sensación de que Janáček había compuesto ese cuarteto para hablarme a mí.

Como de costumbre, durante el descanso mi abuela se reunió con los músicos entre bastidores o en el vestíbulo.

—Eva —oí a mi espalda.

Un joven de frac, alto, de pelo negro. El violonchelista del cuarteto. Esbozó una sonrisa.

Observé su tez bruna y ojos luminosos y tuve la impresión de encontrarme de nuevo a la sombra del Jardín del Seminario, observando, por dos aberturas entre las

ramas oscuras de los manzanos, las hojas primaverales del huerto, bañado en el sol de la mañana.

—Hola, Karel —dije procurando ocultar mi nerviosismo con una amplia sonrisa.

Era evidente que no esperaba verme allí. Compartí con él mis impresiones del concierto, me escuchó atentamente, y de cuando en cuando fumaba con evidente placer. A cierta distancia, mi abuela conversaba animadamente con uno de los violinistas del cuarteto. Karel no gesticulaba como su colega; se mantenía a mi lado inmóvil, sólo sus ojos brillaban.

Al primer timbre Karel se había alejado deprisa.

Cartas íntimas: vuelvo a escuchar ese cuarteto como si Janáček lo hubiese compuesto no para su amada Kamila, sino para mí, como si cada uno de los músicos ofreciera lo mejor de sí mismo para alegrarme, como si cada frase musical, cada acorde, cada tonalidad y cada nota hablara de mi vida, no de la pasada, sino de la presente, esta vida en la que en una calle oscura se habían encendido dos ventanas verdes abiertas.

Tras el concierto, Karel se precipitó a vernos. En el guardarropa ayudó a mi abuela a ponerse el abrigo, y yo le tendí no sólo la mano sino también una improvisada tarjeta de visita, aunque sabía que podía dar conmigo con mucha facilidad, pues mi abuela era amiga íntima de la suya, la cual residía en Most. Karel nos propuso acompañarlo a la recepción posterior, pero yo dudaba de aceptar su ofrecimiento.

Dudaba de aceptar el ofrecimiento de la tía Barbora, a la que llamaban *la Niña* a pesar de su moño gris, dispuesta a contarme una historia sobre Karel.

—¡Una de esas que le caracteriza especialmente bien! —prometía la Niña con entusiasmo infantil.

Mi abuela servía té de Georgia a sus huéspedes de melenas blancas. La tía Nelly, que nunca hablaba y si no tenía más remedio era en voz baja, se sentó al piano para interpretar las danzas de Smetana.

Ayudé a mi abuela a servir la repostería navideña que habíamos ido preparando desde hacía unas seis semanas. Con una expresión de aburrimiento fingí que la historia sobre Karel no me interesaba en absoluto. Pero la Niña no hizo caso y se dispuso a contármela con esa voz ingenua y aniñada que tanto contrastaba con su flequillo cano:

—Estamos a finales de agosto —susurró la tía como si de un secreto se tratara—, llueve a cántaros, tanto que las calles de los barrios antiguos y los muelles del Moldava se llenan de charcos cada vez más extensos hasta ser lagos y ríos. Karel, en su pisito en Kampa, adonde se mudó hace poco, toca a Bach. El sonido del violonchelo se extiende a través de la ventana abierta por la superficie del río desbordado. En su exaltación no advierte que está de pie en el agua, que las olas del agua, paulatina, imperceptiblemente, empiezan a lamer la base del instrumento, y

sólo entonces despierta de su obnubilación, mira por la ventana y repara en que su calle está inundada. Sale por la ventana de la primera planta y se entrega al abrazo de las aguas crecientes del Moldava desbordado, y es que el cielo sigue descargando y el diluvio blanco cae como una cortina de cristal, llevándose las puertas y los techos de las casas bajas de la isla, en el río flotan alfombras y almohadas y cojines, sillas y cuadros, Karel distingue incluso a un osito polar de peluche, además de una pelota de fútbol y un largo vestido de novia. Y entre una muñeca negrita de ojos parpadeantes y una botella de vino vacía, nada un joven de pelo oscuro, sus mechones ondulados flotan como algas. Con una mano, sostiene sobre su cabeza un instrumento musical en una funda negra. Y con la otra, corta el agua. Mira su reloj y constata que es hora de llegar nadando al puente de Carlos para dirigirse por el camino seco al palacio neoclásico de Rudolfinum, donde en media hora está previsto el inicio del programa de su cuarteto. Aparta una pelota de tenis y un ramo de flores de papel y sigue nadando, el violonchelo como un timón, se aparta de una maleta enorme y luego de un armario, aunque sucumba a la tentación de mirarse al espejo de la puerta sólo un instante, pero sigue nadando.

Durante los días que siguieron, mi imaginación dibujó la historia de la Niña con todos los colores...

Aún no sabía si la abuela había acabado de hablar a sus huéspedes de la obra de teatro que había visto el día anterior cuando sonó el teléfono. ¡Por fin!

Corrí a contestar:

—¿Hola?

Oí una voz llena de petulancia que me irritó. No pude disimular mi decepción ante los huéspedes.

Al poco rato Milan ya tocaba el timbre del piso. Mi abuela no lo invitó a la sala de estar llena de invitados, sino que lo hizo pasar a la biblioteca. Allí le ofreció una taza de té y una bandeja llena de nuestros diminutos dulces navideños. Luego examinó mi expresión y se sentó a nuestro lado. Milan constató que desde el parquet hasta el techo se erigían estanterías llenas de volúmenes antiguos encuadernados en piel con el título grabado en oro.

Mi abuela le preguntó a Milan acerca de sus intereses y sus planes.

—Me gustaría ser un deportista, ministro o científico —contestó él—, pero mundialmente conocido, eso sí.

—¿En qué especialidad?

—Yo qué sé, lo importante es ser célebre.

—¿Por qué precisamente esta circunstancia resulta tan importante?

—Pues para poder viajar, claro, mujer. Si no eres famosísimo no te dejan.

—¿Por qué quieres ser famoso? —se interesó mi abuela.

—¿Es que no lo entiende? Para ir a los congresos en el extranjero.

Y el Barón se puso a explicar, muy seriamente, su brillante futuro: hoy aquí, mañana en Londres, pasado mañana en Nueva York. Y agregó:

—Y ¿sabéis qué? Ya he pedido —continuó susurrando— que me ingresen como miembro en el Comité Central de las Juventudes Comunistas.

Me había jurado no intervenir, pero no pude resistirme:

—Si eres tan sabio, dime, ¿cómo se puede participar en las actividades de este Estado si todo, todo lo que nos rodea está basado en una mentira enorme?

—Joder, Eva... Vale, tienes razón. Sí, no lo niego. Pero el Estado no se equivoca del todo, ¡claro que no! —contestó Milan con tranquilidad forzada acariciándose la mejilla.

—Pues si sigues ese razonamiento acabarás concluyendo que incluso Hitler tenía su parte de razón —solté implacablemente.

—¡Qué pelmaza eres, Eva! A ver, señora —dijo Milan dirigiéndose ahora a mi abuela como si buscara su protección—: ¿Qué sentido tiene oponerse al Estado? ¿Enfrentarse al Partido? Pero si un individuo no puede hacer nada, ¿verdad que no, señora?

Mi abuela mantenía el silencio y la distancia. El Barón tenía la mejilla roja de tanto frotársela. Siguió mudo de irritación mientras me miraba.

—La verdad —dijo al final—, como un buen científico haré más cosas para todo el mundo que aquellos que sólo viven añorando el pasado y se encierran lloriqueando con sus recuerdos, su música, sus viejos trastos y las demás bobadas. Sólo son útiles a sí mismos. Y aun eso lo dudo. A menudo me parece enfermizo, vaya. Las cosas claras y el chocolate espeso.

Mi abuela preguntó con voz afable e inocente, pasando por alto las últimas declaraciones de Milan, pero sus ojos dorados se mantenían fijos:

—¿Qué relación hay entre tus deseos de conocer el mundo y tus planes de mantener y apoyar el presente régimen político como miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas?

El Barón le contestó con una expresión ingenua y sincera: como miembro de las juventudes y más tarde miembro del partido todo resultaría menos complejo; sería más fácil tanto salir al extranjero como tener acceso a los productos de lujo de las tiendas Tuzex. Lo sabía por su familia.

—¿Y nosotros, todos los demás que no gozamos de esos privilegios? —preguntó mi abuela sin dejar de sonreír.

Mi abuela preparó el té para Milan como para cualquier otro visitante porque así lo dictaban sus normas, las de un tiempo tan caduco que a veces tenía la impresión de que mi abuela era una actriz representando un papel de figurante en una obra escrita hacía siglos. Pero en el fondo no le prestaba atención, como no se la prestaba a nada que no le gustara o con lo que estuviera en desacuerdo. Mi abuela, muy erguida, con la cabeza alta, llevaba la bandeja con las tazas, la tetera y la azucarera Meissen del siglo XVII pisando con ligereza la alfombra persa, mientras se oía el roce de la tela de

su elegante pero anticuado vestido, aunque siempre impecablemente limpio y planchado y fragante.

Milan afirmó con orgullo:

—La verdad es que no todos pueden tener suerte en la vida, ¿verdad que no, mujer? La suerte sólo la tiene el que la busca, está más claro que el agua. Me llamo Milan, o sea, amado; y desde pequeño soy alguien a quien la gente quiere. Además, tengo mucha fantasía y usted no se puede imaginar los disfraces que inventaba durante el carnaval. Siempre sé qué cara poner en cualquier situación.

—Como cuando durante las celebraciones de la revolución rusa cantas odas a Lenin junto con el profe de historia, ¿verdad? —pregunté esbozando una mueca. Pero estaba indignada más conmigo misma que con él por no haber sabido evitar que se introdujera en mi espacio más íntimo.

Milan se había acostumbrado a venir a verme a casa de mi abuela comportándose como si fuera mi chico. En su primera visita le había propuesto tocar algo para él al piano: uno de los *Impromptus* de Schubert. Al acabar le pedí que hiciera lo mismo para mí, pero me ordenó: «Toca algo más, vamos. Eso ha sido facilísimo». Entonces atacó un preludio de Bach. Al concluir se mantuvo callado, y llegué a suponer que había sido el hechizo de Bach, cuando lo miré con cautela: su cara estaba sombría como la de un dios hindú ante la destrucción del mundo. «¡Sigue!», ordenó; y comencé a tocar una compleja fuga.

Me abría camino como si fuera una selva densa, no me dejé ni una sola nota y, sin embargo, no conseguí deslumbrarlo. Decepcionada, me levanté para cederle mi sitio, pero tras una breve discusión me di cuenta de que Milan no sabía tocar el piano, y que, posiblemente, había sido incapaz de apreciar las dificultades de lo que acababa de tocar. Me había ordenado continuar a fin de ocultar su ignorancia y al mismo tiempo demostrarme su superioridad, la del hombre dominando a una mujer.

—La suerte en la vida la tiene el que cree en ella y se esfuerza por alcanzarla —nos explicó ahora, con paciencia.

Estuve a punto de saltar para tirarle de las orejas, pero mi abuela me contuvo conversando con su voz ligera, como si el tema no tuviera importancia:

—Veo que confías en tu propio destino. ¿Te parece que hay personas favorecidas por el destino y otras desfavorecidas por él?

—Sí, seguro, señora. Hablemos claro: soy sensato y veo mi vida como un camino luminoso.

—Pero eso no parece justo.

—¿No? Pues sí que lo es. Cada cual tiene la suerte que se merece, eso digo yo.

—Y en tu opinión ¿por qué hay personas a las que el destino desfavorece?

—Porque tiene que ser así. Porque lo digo yo. Para... no sé cómo decirlo, para que haya equilibrio, supongo, ¿no? Y armonía, yo qué sé. En el mundo, quiero decir. Siempre ha sido así, ¿sí o no?

—¿Y tú crees que una mayor justicia en la sociedad echaría a perder ese

equilibrio, esa armonía? —pregunté.

—Eres una idealista, Eva. Como eres buena ves bondad en todo el mundo. Tal vez hasta en mí, ¿verdad, cariño? —Milan sonrió y me miró con una ternura que nunca habría esperado encontrar en él—. Pero si el mundo no estuviera... dividido, o mejor dicho polarizado, se estropearía algo. No sé, tal vez una especie de... orden más elevado.

Comencé a pensar en el significado de ese orden más elevado mientras mi abuela añadía:

—Tomemos de ejemplo al hijo de una íntima amiga, el padre de Karel, el amigo de infancia de Eva, aquel que tocaba el violonchelo en el colegio y ahora es profesional, sí, ese mismo. A su padre, pues, a finales de los años cuarenta las recién implantadas autoridades comunistas lo enviaron a las minas de uranio porque no ocultaba su desacuerdo con el régimen. Al cabo de cuatro años, tras la muerte de Stalin, lo pusieron en libertad, enfermo de cáncer. Karel casi no reconoció a su padre a su regreso a casa. Poco después murió, evidentemente. En este caso ¿también dirías que cada cual tiene la suerte que se merece?

En Milan apareció la expresión de un juez severo pero justo:

—Si a alguien lo condenan a trabajos forzados entonces está clarísimo que el hombre ese ha cometido algo. Un delito. Si alguien se opone al partido ya sabe lo que le espera. A lo hecho, pecho. Y el partido tiene que castigar a los que le dañan. ¿Me explico?

Tras decir eso la cara de Milan adquirió un matiz de orgullosa superioridad. Se arrellanó en el sillón tamborileando los dedos. Evidentemente se sentía halagado de que mi abuela lo tomara en serio y mantuviera con él una conversación de adultos.

—Vaya conversación filosófica —añadió el Barón, echando humo de su cigarrillo.

La abuela tomó la antigua bandeja de cristal de Bohemia para ofrecernos más repostería. Milan se sirvió un pequeño triángulo de pasta de nueces, otro de chocolate: una pata de oso; colocó ambos dulces en la servilleta. La abuela puso las golosinas en el plato de Milan con sus pinzas de plata.

—Cuando acabe de fumar —explicó Milan.

La abuela me ofreció unos dulces también a mí y luego se sirvió ella mientras decía:

—Justo a tu lado, Milan, hay un libro de un filósofo renacentista, Pico della Mirandola, que se ocupa de la dignidad humana. En sus discursos afirma que el hombre, un ser libre, puede elegir entre su elevación y su degradación. Te coloco en el centro del universo para que desde allí puedas observar todo lo que hay, dice Pico della Mirandola. Es decir, no te he hecho ni un ser celestial ni terrenal, ni mortal o inmortal, para que tú mismo seas tu propio creador, para que te esculpas dándote la forma que prefieras. Puedes degradarte y descender al nivel más bajo, pero por propia voluntad puedes regenerarte e ir al nivel más elevado, al divino.

Milan volvió a echar humo. Luego contestó:

—Sí. Eso es exacto. Yo también lo veo así. Yo también quiero crear mi camino. Quiero ser uno de los elegidos, señora.

—Me parece —interrumpió mi abuela— que Pico della Mirandola se refería más bien al lado ético del ser humano, a su vida interior, a su escala de valores...

—No me interrumpa —intervino Milan—, sé perfectamente a qué se refería. Es como si fuera mi primo hermano. De la misma manera que hay personas hechas de materiales más toscos y otras de los más delicados, hay diferencia entre los más y menos afortunados. Los deprimidos suelen ser menos felices, ¿se ha fijado? Bueno, y yo no soy ni melancólico ni taciturno ni ensimismado. Por eso todo me sale bien.

—Lo comprendo. Estás de acuerdo con el mundo que te rodea. Y piensas en sacar provecho de él.

—Señora, usted también estaba de acuerdo con el mundo que la rodeaba en otro tiempo. Cada uno está de acuerdo con su mundo si en ese mundo le va bien.

—Pero, Milan, ¿cómo puedes ser feliz si por todas partes hay mal e injusticias? —aduje.

—Me concentro sólo en lo positivo.

—¿Y no te parece egoísta ignorar el mal?

—Desde tu idealismo, que se concentra en la búsqueda del bien y de la justicia, seguramente soy un egoísta. Pero ese carácter demasiado bueno no es práctico para ti. No nos entendimos.

Sonriente, mi abuela estaba a la espera de que Milan prosiguiera.

—A mis padres todo les va de maravilla —continuó explicando el Barón—. Han salido airosos de todo, mucho mejor que la mayoría de la gente. ¿Por qué? Pues porque tienen la capacidad de sacar provecho de todo. Yo he visto ese... don. Y entonces me he dicho que si sé aprovecharlo, tendré una vida feliz. Sí, estoy de acuerdo con el mundo. Y lo estaré siempre si ese mundo me favorece.

—¿Cómo puedes estar de acuerdo con lo que te rodea? ¡No hay nada más que crueldad y mentira! —reaccioné de nuevo.

—Eso dices tú. Yo no lo veo así.

Mi abuela recogió las tazas de la mesita. La ayudé.

Milan siguió explicando:

—Cada día a la hora del desayuno extendiendo el periódico sobre la mesa, unto mis panecillos con mantequilla y paté y al mismo tiempo leo las noticias. Y estoy de acuerdo con ellas, me parece que el punto de vista de los redactores es correcto.

—¿Esas bobadas ideológicas? ¡Estás de broma!

Con las manos llenas de platos y tazas me detuve en medio de la habitación, tan bruscamente que los restos del té se derramaron sobre la alfombra. Una alfombra vieja, con unas ramas en flor y unos pájaros, advertí. No sabía por qué esa constatación me tranquilizaba. Tuve la sensación de que nunca más temería a Milan: me sentí más fuerte porque no tenía nada que perder, ni temía decepción alguna.

Mi abuela nos sonrió:

—Un antiguo proverbio, traducido del sánscrito, afirma que si estás de acuerdo conmigo, serás mi amigo. Si no estás de acuerdo conmigo, serás doblemente mi amigo porque juntos llegaremos a descubrir la verdad.

Milan se llenó la boca de dulces navideños. Mi abuela salió de la biblioteca:

—No quiero dejaros, pero debería atender a mis invitados.

Y antes de cerrar la puerta, repitió:

—Si no estás de acuerdo conmigo, serás doblemente mi amigo. Recordadlo, eso se refiere a vosotros dos.

Milan aprovechó su ausencia para intentar besarme. Sonó el teléfono.

Cada vez que llamaban salía de la biblioteca para contestar. Esa tarde ya lo había hecho varias veces. Siempre oía en el auricular: «Buenas tardes, Evita (o señorita Eva). ¿Serías tan amable de ponerme con tu abuela?».

Esta vez dejó la puerta abierta. Oí una voz suave:

—Hola...

Tan tímida que ni siquiera pronunció mi nombre. Contesté con el mismo tono:

—Hola...

A través de la puerta abierta vi que Milan se había levantado del sillón, que alargaba el cuello.

Con la punta del zapato la cerré mientras repetía alegremente:

—¡Hola! ¡Hola, Karel!

«¡Hola, Karel! ¡Hola, cariño!», quería decirle al cabo de una semana, mientras estaba sentada esperándolo en un café. Karel me había propuesto el Deminka. Intenté adentrarme en mi libro, pero sólo vi letras cuyo sentido se me escapaba: fue nuestra primera cita. Había observado cómo se abría camino entre las mesas, pero al llegar a la mía no dijo nada, y durante mucho rato hojeó mi libro sin mirarme.

—Tú también eres de otra época, no de ésta, Eva. Ambos somos de otro siglo, pero no sé de cuál.

Pidió vino blanco y se marchó un momento para llamar por teléfono. Enseguida me imaginé a una chica curvilínea de rizos rubios muy opuesta a mí: yo aún llevaba talla de niños y el cabello, casi negro y liso, sobre los hombros.

Karel llegó radiante. Yo estaba irritada bebiendo mi vino. Era agrio.

Karel también bebió un sorbo, y otro más:

—Eva, me he apuntado a las clases privadas de dibujo que ofrece Jan Málek, un gran artista mal visto por el régimen que necesita el dinero porque no puede hacer exposiciones ni vender nada. ¿Quieres tomarlas conmigo?

No le contesté, pues seguía viendo a la muchacha de rizos dorados que había colgado el auricular después de citarse con Karel para ir al cine.

—Lo digo porque entre los dos sería más barato. —Pero la explicación de Karel carecía de lógica: ¡yo nunca había mostrado iniciativa ni interés por aprender a

dibujar!

—Ya veremos —dije con severidad y un deje de rechazo: así se me pasó mi rabieta infantil. El vino ahora sabía a fruta.

Karel me comentó largamente sus lecturas y sus estudios sobre Flaubert.

Al levantarnos, me ayudó a ponerme el abrigo. No dijo nada al despedirse, sólo esbozó un ligero ademán. Oí mi voz que decía:

—¿Y qué vamos a dibujar en las clases?

—¿Qué vamos a dibujar, Karel? —le pregunté en el tranvía mientras daba nuestros billetes a la revisora de uniforme gris. Gracias a su pequeño perforador ambos trozos de papel parecían dos minúsculos tapetes de encaje.

—Ya verás —dijo mientras subíamos por la pendiente del barrio de Vysehrad hasta la cima: desde un muro en el que nos sentamos se divisaba el templo y el río.

Al cabo de un rato, Karel, con un polo blanco y tejanos, observaba mi croquis de las dos torres góticas de la iglesia:

—Como dibujo surrealista no está mal. Son grúas de una construcción, ¿verdad? —rió con sorna.

Abrió ante mí su cuaderno; allí estaba su dibujo. Observé la hoja, luego lo miré a él. Otra vez presté atención al dibujo aunque hubiera preferido no verlo, pues ya no sabía dónde fijar los ojos. Me puse del color de la grana.

Luego, al bajar por las calles en mal estado no paré de tropezar. Desde el tranvía miraba el río mientras Karel arrancó una hoja de su cuaderno y la introdujo en el mío, lleno de bocetos de principiante. Contempló el cielo de color albaricoque sobre el monte Petřín y dijo:

—Mi vida se desarrolla en mi imaginación, ¿sabes, Eva?

—Vive en su imaginación, ¿sabes, Eva? No en la vida real. Ten cuidado. Esa clase de gente es muy peligrosa para nosotras, que tenemos la sensibilidad a flor de piel —recomendó mi abuela en la representación de *La flauta mágica*, en el Teatro Nacional.

—Pero, abuela. —La abuela pretendía escucharme, pero precisamente en ese momento los aplausos interrumpieron mi frase y, tras el descanso, volvió a tocar la orquesta, oculta en el foso. El telón subió y en la oscuridad llena de expectativas, me tomó de la mano. «Abuela, no te entiendo», estaba a punto de decirle, pero el «*Zu Hilfe! Zu Hilfe!*» de Tamino me arrancó las palabras de la boca y ella ya se había olvidado de mí, pues el brío de Papageno la había cautivado por entero.

Pensé entonces en la Isla de los Cazadores y en las ramas que Karel y yo habíamos dibujado el domingo anterior allí, rodeados por el Moldava, cubiertos con abrigos de invierno. Soplaban tanto viento como en la montaña, y el vendaval se llevó las últimas hojas amarillas de las ramas desnudas. Entonces intercambiamos nuestros dibujos: en las ramas de Karel se podían leer muchas cosas e imaginarse otras.

A última hora de aquella tarde, Karel se quitó el abrigo deportivo azul y entró en el escenario de la sala pequeña de Rudolfinum. Los cuatro músicos estaban sentados en un semicírculo y se parecían entre sí, pues estaban apartados del público como si fueran de otro mundo. Elegantes y hermosos, eran capaces de interpretar la *Sonata para arpeggione*, de Schubert, como si se encontraran en un planeta ensimismado y distante del nuestro.

Cuando quise compartir el goce que me habían producido, la emoción y el horror de la belleza, Karel se me adelantó. Alto, con el frac sobre el que caían sus rizos negros, vibrante tras escuchar las notas, tonos y melodías schubertianas, centelleantes y luego nostálgicas pero siempre ligeras como los copos de nieve, me dijo:

—Eva, creo que me voy a trasladar lejos de Praga. Quisiera vivir en el bosque de Hukvaldy, el de Janáček, o en Most, donde vive mi abuela.

¿Por eso mi abuela me advertía: Eva, ten cuidado?

—Eva, ten cuidado —me previno mi abuela otra vez al cabo de un tiempo susurrándome al oído cuando me pasaba el teléfono—: En tu lugar sería cautelosa —repitió en voz baja, tapando el auricular con la palma.

No tuve tiempo de pensar todas las consecuencias implícitas en sus frases al contestar por teléfono:

—Me estoy preparando para los exámenes del bachillerato, Milan. Discúlpame, pero no tengo tiempo para nada. No, ni siquiera para tomar un té. No, por la noche tampoco, la noche es el momento más tranquilo y es cuando más rindo.

Me llevé los libros de texto a Petřín. Era primavera y mi abuela solía sentarse en los prados del Jardín del Seminario, observando la silueta del Castillo a su izquierda y, debajo, la cinta del río, adornada con siete puentes que desde allí parecían juguetes. Al cabo de un momento la distinguí: un punto negro sobre la nube blanca de los frutales floridos, airosos como los cuartetos de Haydn. Cuando llegué hasta ella, me senté a su lado en la hierba alta de la que nadie se ocupaba desde hacía tiempo. Mi abuela tejía unos guantes blancos de verano a punto de ganchillo para que hicieran juego con su collar, y yo saqué los libros de texto de mi cartera. Un sobre cayó de uno de ellos; aún no había encontrado el momento oportuno, o no había tenido ganas, de abrirlo. Leí la nota que contenía: unas frases en letra grande, ordenada, inclinada hacia la izquierda, como si un viento del este agitara las palabras y no tuvieran fuerza de enderezarse: «Eva, siento sin parar tu pelo ligero en mi pecho. ¿Cuándo nos veremos? Hasta pronto, espero. Milan».

—¿En qué piensas, Eva? —me distrajo la abuela—. Cuéntame algo, por ejemplo tu excursión con Karel el otro día.

Se lo narré como si ocurriera en ese momento:

«La moto ruge, y Karel, que el mes anterior había obtenido su permiso de conducir, adelanta a todos los coches, camiones y motos. Ese día había aparecido en mi casa para rogar a mi madre que me permitiera acompañarlo al sur de Bohemia, a

České Budějovice, donde tenía que tocar como solista en la Filarmónica de Praga. Esperó a que yo volviera del instituto y salimos en una Harley Davidson que un amigo le había prestado especialmente para aquella ocasión...

»... La larga melena de Karel se agita en mis ojos y mejillas. Con la mano derecha cojo el estuche del violonchelo, atado atrás, un monstruo que parece un tercer pasajero en la moto y por lo que no podemos correr tanto como quisiéramos. Entre el chelo y yo hemos puesto la bolsa con el frac de Karel. Con la izquierda rae abrazo fuerte contra la espalda de Karel como si fuéramos uno, y sólo de cuando en cuando me suelto para palpar la superficie lisa del estuche. El cabello de Karel me pica la frente y los labios y los ojos, los entorno y me dejo llevar por el vértigo del ritmo, el viento y la velocidad que aumenta, en las curvas compenso la inclinación de la moto con mi cuerpo cosido al de Karel y tengo la sensación de que bailamos un elegante *pas de deux*, hacia delante y hacia la izquierda, nos inclinamos hacia un lado y otro y las rodillas casi rozan el suelo, inseparables como siameses, desesperados. Los manzanos y los abedules, los perales y los cerezos son nuestro público, al igual que los campos de trigo y las acacias y las iglesias de pueblo con sus sonrientes campanarios barrocos.

»Disfruto del aire y el movimiento, y súbitamente siento una sacudida. Es el fin. Así debe de ser el fin, me pasa por la cabeza. Pero al abrir los ojos constato que en realidad Karel ha frenado con ímpetu, nos hallamos en el arcén y Karel baja de la moto conmigo. Lo sigo hasta una colina con vistas al valle. Un paisaje soleado, delicioso, con lagos y bosquecillos...

»—Lástima el desguace, estropea la vista —apunto, pues veo que su mirada no se aparta de la gran mancha negra de las carrocerías amontonadas.

»Pero Karel sonríe obnubilado, y sin oír mis palabras se dirige directamente a ese desguace. Lo sigo como su sombra mientras pasea lentamente entre los cadáveres de los Trabant y los Lada y los Zhiguli y los Octavia: roza el metal oxidado y las puertas desquiciadas, las carrocerías deformes como las *omelettes baveuses* de Salvador Dalí, y toca una elegante rueda aplastada con un neumático agujereado como adorno, la palpa como si fuera un vientre desnudo, y luego, desde los ángulos más diversos, contempla las formas geométricas y los fantásticos bodegones creados por el volante torcido y roto y el asiento que muestra sus entrañas, por el motor abierto a lo largo como el cadáver de un animal salvaje. Como un enamorado que acaricia la piel suave, así roza los techos herrumbrosos y los ejes rotos y los neumáticos hechos jirones, para después, inmerso en su ensoñación, dirigirse de vuelta a la moto con el violonchelo abandonado.

»De pronto, un autobús pasa por su lado y desde su ventanilla se asoman hombres mayores de escaso pelo y jóvenes de amplias frentes, como la de Karel, y sus largas melenas y manos de dedos largos nos saludan, y distingo arcos y flautas y violines, y, desde la ventanilla posterior, un contrabajista enloquecido ha sacado su instrumento para saludar a Karel, pues debe de tocar en su misma orquesta.

»Karel se sienta en lo más alto de la colina para admirar por última vez, de lejos, el desvencijado cementerio, luego sube a la moto, me adhiero a su cuerpo, y otra vez nos precipitamos por las curvas, mientras el viento nos ensordece. De vez en cuando Karel suelta las manos para consultar el reloj y asegurarse de que no llega con retraso: decenas de bocinas lo saludan deseándole mucho éxito mientras los adelanta.

»Una vez en České Budějovice, donde lo han invitado a un festival de jóvenes intérpretes, Karel frena y baja de un salto, justo delante de la sala de conciertos; oculto tras el brillante cuerpo de su Harley se pone el frac, entra en la sala, el público y los miembros de la orquesta lo saludan y Karel les guiña el ojo como si dijera: ¡os he superado, papanatas! Hace una leve reverencia al público, su melena negra se agita como una bandera y él toca, con gran concentración, lleno de sentimiento y entrega, el *Concierto en do mayor* de Haydn».

Mi abuela seguía con su ganchillo. A nuestro alrededor una nube de abejas rodeaba las flores de los manzanos, los cerezos y los ciruelos cubiertos de nata y algodón de azúcar. Mi abuela sonrió.

Mi abuela rió en silencio al ver que Milan había venido a pesar de todo. Y, según su costumbre, de improvisado y sin haber sido invitado, claro. Por la misma razón yo me puse de mal humor: Milan había venido para verme, para que no pudiera darle más largas.

Mi abuela había puesto la mesa para nueve comensales. La plata y el cristal brillaban entre los platos adornados con el almuerzo dominical. Sirvió pollo asado y relleno con frutas que regamos con vino blanco Ludmila, aunque no tenía dinero para llevar su calzado al zapatero. Era la segunda temporada que vi que llevaba los zapatos rotos. Debía avisar a mi padre, pero se olvidaría de ello a pesar de su buena voluntad.

Todos saludaron a Milan cortésmente. El tío abuelo Vilém sonrió con socarronería apenas disimulada en los ojos, mientras traía una silla y la colocaba en uno de los extremos de la mesa al lado de mi abuela. El tío abuelo Eman, demacrado, serio como siempre desde que estaba enfermo, cortó con manos temblorosas una pechuga dorada y una ración de relleno y puso el plato frente a Milan. Con una melosa sonrisa y voz ingenua la tía Barbora, *la Niña*, preguntó a Milan sobre sus estudios, pero él contestó con monosílabos, ocupado en su plato. Ella hizo lo que pudo para que se sintiera, si no cómodo, al menos relajado, y siguió interrogándolo en su impecable checo anticuado para darle la oportunidad de hablar de sí mismo.

Por la expresión del Barón comprendí que no estaba seguro de si mis parientes se burlaban de él, la Niña expresándose en un checo modélico que él nunca había oído hablar, los tíos abuelos luciendo su impenetrabilidad, seria en el caso de Eman, sardónica en el de Vilém. Milan se puso rojo, cerró los puños y tembló de rabia; vi que estaba a punto de explotar. Y es que no estaba acostumbrado a la ironía, no la comprendía y se sentía indefenso ante ella. Pero mi abuela le animaba con su sonrisa

sin segundas intenciones, y entonces Milan olvidó tanto la pechuga como su desconcierto, se calmó y empezó a explayarse sobre sus proyectos:

—Quiero llevar una vida llena de éxito y de fiestas, comer en restaurantes elegantes, alojarme en hoteles de lujo, frecuentar el teatro y tener un palco en la ópera —dijo el Barón con una sonrisa provocadora, como si quisiera ostentar su juventud y privilegios ante gente que ya nunca los recuperaría.

—Pero usted, joven, ¿sabe distinguir entre una *mezzosoprano* y una soprano? —preguntó la tía abuela Nelly sin dejar de contemplar los anillos que cubrían sus dedos surcados de arrugas.

Su pregunta me sorprendió porque ella nunca hablaba si no era estrictamente necesario. Luego lentamente, con desgana, apartó la mirada de sus anillos para contemplar a Milan desde lo alto, dándole a entender con su silencio toda la distancia que los separaba. Entonces él devoró el último resto del relleno, se levantó de la mesa y se dirigió a la biblioteca. Naturalmente, me sobresalté. Mi abuela lo acompañó para abrirle la puerta con la más amable de las sonrisas.

Terminábamos el pastel de chocolate.

—Deberías hacerle compañía a tu compañero de instituto, niña —me dijo mi abuela—, sería descortés dejarlo esperar mucho rato. Prepararé un té para que os lo toméis allí.

Esperé a que hirviera el agua y luego lo llevé todo en una bandeja: las tazas, la tetera, un platito con unas galletas, la leche, la azucarera, las pinzas de plata. Silenciosamente, mi abuela volvió a abrir la puerta de la biblioteca y con la misma suavidad la cerró.

Lo que vi al entrar me pareció al principio inconcebible.

Milan estaba delante de un cajón del escritorio —los de la derecha eran de mi abuela, los de la izquierda, míos— examinando mi correspondencia.

Estaba pálido, parecía fuera de sí y observaba una página arrancada de un cuaderno.

Enseguida me repuse tras el impacto:

—¡Fuera de aquí! —exclamé, intentando ahogar el grito.

La vajilla en la bandeja tintineó ruidosamente por mi indignación. La puse en una mesita. Vi que a Milan le daba igual mi entrada y enfado. Temblaba, pero no por la ofensa de mi exabrupto.

Con una lentitud exasperante me enseñó la página que sostenía en la mano. Era el boceto de Karel, del día que habíamos ido a dibujar a Vysehrad. En la hoja aparecía la roca con el templo, abajo el Moldava y una mujer que escalaba la roca: una adolescente que además de las botas no llevaba nada puesto. La perspectiva desde abajo, casi desde el río, revelaba que la muchacha tenía mi rostro y figura, incluido el lunar del muslo izquierdo, a pesar de que Karel nunca me había visto sin ropa. «Mi vida se desarrolla en mi imaginación», me había dicho aquel día.

Milan sí me había visto desnuda en nuestros juegos amorosos. Estaba pálido y

seguía temblando. Hubiera tenido que darme pena. Pero lo único que sentí fue cólera: ese hombre se había introducido por la fuerza en mi mundo, primero en el de mis parientes y luego en el de mi vida más íntima. Me sentí como si me hubieran violado, y con Milan ya me había pasado más de una vez.

—¡No te da vergüenza, maldito!

Tras esas palabras Milan recobró la compostura. Con toda la frialdad, meticulosamente, dobló la hoja con el dibujo y la introdujo en su cartera. Luego, recogió algunas cartas de Karel y con una sonrisa maliciosa las guardó en el bolsillo de su pantalón.

—Me responderás de esto. Y no sólo a mí —me amenazó con su rostro muy cerca del mío, y añadió—: Tendrás que explicárselo al Partido.

—Otra vez tu venganza, sí, ya la conozco —dije con despecho, aunque ese día ya no me sentía fuerte. Milan lo sabía y se aprovechaba de ello.

—Es pura depravación. En nuestro mundo no hay espacio para gente sin moral. Te juzgarán por libertina, por degenerada. Y no es una broma —silbaba, amenazante—. Ya puedes despedirte de los exámenes finales del instituto y de los de ingreso en la universidad. Los suspenderás. Siempre. Jamás podrás ingresar en ninguna facultad, ¡te lo garantizo!

—Me das risa. —Lo eché con una mirada despectiva.

—Ya veremos quién ríe el último. Yo mismo me ocuparé.

—Tú, el dios todopoderoso. —Le lancé otra mueca llena de menosprecio y mofa.

—Sí, yo. Y por tu parte habrá lamentos y remordimientos.

—«Habrà llanto y crujir de dientes» —me burlé, pero él no conocía la cita.

—Tal cual —murmuró sacudiendo la cabeza solemnemente como un profeta mientras se acercaba a la puerta de salida a la escalera.

—Milan —le dije con calma y seriedad—, ¿por qué me haces todo esto? ¿Por qué quieres hacerme daño? Esas acusaciones, esas reuniones, esa organización de las juventudes comunistas... ¿Prefieres hacer méritos con ellos y no dudas en sacrificar a la mujer que amas?

—¿Yo, amarte? ¿Amar a una libertina?

Me quedé a la espera de una explicación, inmóvil, serena.

—Quiero vivir bien —dijo Milan al cabo de un momento—. No como esos viejos rancios, esos tíos abuelos con sus pantalones que brillan de tan gastados, esas tías con sus ridículos collares de encaje mil veces remendados.

Me miró a los ojos y dijo con voz sibilante:

—Y si yo cumplo ciertas normas, exijo que mi novia también las cumpla. Así de claro.

Y me tendió algo. Lo tenía todo preparado de antemano, estaba claro. Se trataba de un sobre que me enviaba la dirección de las juventudes comunistas. Una carta.

¡Una carta!

Eva:

Mis abuelos de Praga me despidieron con lágrimas en los ojos, mi abuela de Most me recibió de la misma manera. Creo que el destino humano es pobre si ni siquiera podemos mudarnos evitando que con ello sufran en ambos lados. Mis días transcurren leyendo, escribiendo, tocando el violonchelo y dando largos paseos durante los cuales dibujo. Entonces, intento no pensar, sino sólo ser, confundirme con la hierba quieta: demasiado sosegada para las ambiciones y para el orgullo de los hombres. No quiero reflexionar, pues es la manera más segura de sufrir. No creo en nada, ni en mi país y aún menos en mi pueblo. Es algo así como un credo, pero también la conclusión a la que he llegado al ver lo que ocurre a mi alrededor, y es que me parece que están destruyendo Most, sistemáticamente. No creo en nada, ni siquiera en mí. Por eso me alegra que las circunstancias que ya conoces me hayan obligado a alejarme de Praga, llena de espacios de actividad creadora, pero también de lamentables ambiciones políticas. Tengo la sensación de haberme consumido, de haberme convertido en cenizas, y más vale que nadie vea el resultado de esa transformación. Y más o menos lo mismo ocurre con mis pensamientos: en primavera ya pienso en el otoño y empiezo a oler las hojas en descomposición. Cuando una muchacha llama mi atención, no puedo dejar de pensar en su entierro y en sus restos devorados por los gusanos. Cuando tengo una mujer desnuda entre los brazos ya la vejez ha empezado a deformar su cuerpo firme, miles de profundas arrugas la convierten en un monstruo y no puedo sino abandonarla, incapaz de comportarme como un hombre. Me dirás que tengo un arrebató barroco, viendo detrás de todo lo vivo su destrucción. ¡Ay, *vanitas!* No sé, Eva.

Tal vez no debería escribirte todo eso, pero juntos hemos escuchado no sólo a Smetana y a Dvořák, sino precisamente a Schubert y su *Sonata para arpeggione*, que cada día interpreto al violonchelo y provoca las imágenes más febriles y perversas en mí, y juntos padecemos esa nociva hipersensibilidad al arte. La vida y sus penas no me conmueven; en cambio, cuando leo una novela, sufro y paso las noches en vela por el padecimiento de los protagonistas. La muerte del hijo de un vecino me deja frío, en cambio nada me ha conmovido más que *La sonata a Kreutzer*, de Janáček, la *Octava* y la *Novena* de Mahler y sobre todo Haydn: *Las siete últimas palabras de Cristo en la cruz* es algo que no puedo escuchar sin romper a llorar... Oh, padre, por qué me has abandonado... Lo estoy oyendo en mi interior. Tengo que interrumpir esto.

Como ves, pienso en ti siempre.

Karel.

Tuve que interrumpir la lectura, pues mi abuela había entrado para sentarse a mi lado. En mi copa de vino yo miraba el reflejo de la ventana en el cristal: la ventana con el geranio blanco en el alféizar y el árbol al otro lado de la ventana. En ese pequeño rectángulo, me dije, está todo, incluso el cielo y los pájaros: es el mundo en miniatura. Me había quitado el traje beige, llevaba la blusa puesta y no tenía fuerzas para cambiarme. Mi abuela también observaba la copa. ¿Veía lo mismo que yo, el geranio, el árbol y las golondrinas? No decía nada. Sabía que había fracasado en los exámenes del bachillerato, a pesar de que había pasado todo el año estudiando, incluso de noche, y tenía muy claro que me había presentado ante la comisión con buenos conocimientos. Había suspendido, mientras que mis compañeros de clase Lída, Honza, Vasek, Blanka, Helena y Tomás habían aprobado sin dificultad.

Mi abuela volvió a llenar mi copa como para no estropear el reflejo, lo vi. Y con voz tranquilizadora me anunció que Karel se había mudado a Most. Le respondí que lo sabía. Había estado allí con Karel: brazos estilizados de campanarios góticos con anillos dorados. Me dijo:

—Tendrás otra oportunidad de repetir los exámenes, cariño.

Al cabo de tres meses me presenté en el instituto para probar suerte de nuevo. Enseguida me di cuenta de que mis compañeros me miraban de otro modo: unos con lástima, otros con desprecio. Jarka, que acababa de repetir los exámenes, esta vez con éxito, me susurró: «¿Ya lo has visto? ¿En el tablón de anuncios?». Me llevó a la vitrina cerrada con llave en la entrada del instituto.

En un marco, para que todo el mundo se fijara en él, colgaba el dibujo que Karel había ejecutado el día de nuestro paseo por Vysehrad. Encima del boceto figuraban nuestros nombres, el del autor y el de la modelo. Debajo, la sentencia: «Así se divierten nuestros compañeros de instituto. ¿Aprobamos su depravada conducta?». Una amonestación para cualquiera que quisiera ayudarnos o simplemente relacionarse con nosotros. Jarka me miró con preocupación: «Karel ya lo ha visto. Dijo que jamás volverá a pisar el suelo de este lugar de chivatos». Debería hacer lo mismo, pensé. Pero me presenté a los exámenes. Y volví a suspender.

Otra vez sentada ante una copa de vino blanco, observando en ella el reflejo del geranio blanco y del abedul del patio interior, mi abuela habló en voz tan baja que paulatinamente logró calmarme:

—Mira, niña —me dijo susurrando—, observa ese rectángulo en el que se refleja todo lo que es insustituible en el mundo: un geranio blanco, un abedul blanco, unas golondrinas negras. Eso es lo duradero, lo que no podrá destruir ningún régimen político, ningún dictador, ni siquiera una guerra. Eso es lo que siempre me ha dado fuerzas, eso y la música.

Un geranio blanco, un abedul blanco, unas golondrinas negras, repetí mentalmente mientras el tren me llevaba a Most, ciudad real. Most: pulseras y anillos de oro, que adornan los dedos largos y estilizados de los campanarios negros y brillan al sol de la tarde. Most, ciudad de arcos románicos y bóvedas góticas. Me parecía ver a Karel que caminaba por sus calles.

Me parecía ver a Karel caminando de puntillas. Sentada en la butaca de la habitación de invitados en el piso de su abuela en Most yo estaba leyendo, ya por tercera vez a mis veintitrés años, *Crimen y castigo*. Raskólnikov vagabundeaba por las calles en las breves noches estivales de San Petersburgo; yo lo seguía con los pies sobre el asiento de una silla y la falda se me había deslizado descubriéndome las piernas, aunque era incapaz de percibir nada además de las palabras de la novela. Pero sonó el teléfono. Karel contestó en voz baja en la habitación contigua. Siguió hablando mientras yo volvía a leer y releer el mismo párrafo sin entender nada.

Me di cuenta de pronto de que Karel volvía a estar en mi habitación, dibujando. Lo vi todo como en un sueño: Karel observa las piernas que mi falda ha descubierto, oigo los trazos de su lápiz en el papel pero sigo leyendo sin ver que Karel ha movido su silla para poder contemplarme de frente. Siempre leyendo, muevo el muslo para que la falda tape mi regazo, pero aun así sé que Karel me observa directamente y me dibuja con mucha concentración. Sé que lo importante para él no son mis muslos ni

mis bragas blancas, sino el dibujo, y sigo a Raskólnikov, que se arrastra por las calles confundiendo con la oscuridad de las casas. Entonces Karel se acerca y separa mis rodillas y pies: deseo que dure mucho el momento, esta sesión en la que el dibujante me acaricia con los ojos. Se ha levantado otra vez, mis ojos siguen las líneas del libro, pero mis otros sentidos siguen al dibujante que ahora pone la mano debajo de mi falda. Siento mucha vergüenza y deseos de huir, Karel no debería mirarme así, está mal, pero estoy paralizada ante sus ojos y por sus ojos, incapaz de cerrar mis piernas de golpe como un libro diciendo ¡basta!

Pero no, él gobernaba el instante.

—Ya está —exhaló.

Así que no lo había soñado.

Como una ligera brisa se había ido, como un sueño de madrugada cerró la puerta.

Por la mañana encontré en la mesa de la cocina un mensaje: «En mi mesita de noche encontrarás un libro, llévatelo para leer en el tren». Lo guardé en mi bolso y aproveché la oportunidad para arreglarme el pelo ante el espejo. Debajo vi unos frascos de cosmética femenina en una estantería. Con ganas de ponerme un poco de crema en los labios abrí uno, pero sólo encontré unos pequeños restos resecaos, el tubo de leche hidratante estaba vacío, al igual que el frasco de la laca para el peinado, sólo en una botellita redonda quedaban restos turbios de colonia. No me perfumé. Cerré la puerta tras de mí, absorta, con la impresión de que no entendía nada.

Eva:

Ahora que he cerrado la puerta tras de mí, he tenido una auténtica revelación que quiero compartir contigo de inmediato: tú y yo no nos entendemos. Creo que la única felicidad posible es ser comprendido. No hay otra, o tal vez también la calma se acerque a la sensación de felicidad. Pero para explicarte lo de nuestra mutua incomprensión: podría parecer que tú, cuya formación es parecida a la mía —y aquí me refiero a esa sólida base que nos han legado nuestras abuelas y abuelos, a ese gusto por lo bello y a una firme escala de valores—, deberías comprenderme mejor que otras personas, pero no es así.

Te daré ejemplos. Me pides que te escriba a menudo y largamente. La sola conciencia de que me exiges algo me obliga a no escribirte, o sólo brevemente y en largos intervalos. Cuanto más me exijas menos recibirás. Además, soy consciente de que te irrita mi silencio, mi mal humor, mi fastidio, mi aislamiento y mi *taedium vitae*, pero Eva, soy así. Y tu crispación sólo significa que quieres verme de un modo distinto, que de hecho en tu imaginación quieres a otro, a alguien que no soy yo. Que a pesar de que compartamos la misma escala de valores, la de un mundo que se acaba, los del universo clásico de las ideas y las artes, en contraste tan grande con el mundo que nos ha tocado vivir, a pesar de todo eso a ti y a mí nos separa un insuperable muro de incomprensión.

Preguntas qué hago, me ruegas que te hable de mí. Estudio, compongo música y me imparte lecciones diarias un virtuoso violonchelista que vive aquí en Most en el exilio interior como yo. Pero eso ya te lo conté un día que tomamos vino en el café. Además me gusta dibujar, y me gustaría aprender a pintar. Leo mucho, ahora mismo estoy relejendo a Aristóteles.

Te recomiendo que también te concentres en la música, en la lectura, que toques el piano. Enamórate del arte, que nunca te decepcionará como las personas. Todo en la vida es mentira, pero es evidente que el arte es la menor de las mentiras, y en algunos casos apenas se puede hablar de ella. Lee a Platón: sólo la Idea es eterna. La Idea siempre ha existido y siempre existirá, incluso cuando te olvides de mí y cuando yo, en los brazos de otra mujer, con todos los sentidos ligado a las excitantes caricias de sus dedos, ni siquiera sepa recordar los rasgos, hoy tan queridos, de tu rostro. Más de una vez he podido comprobarlo. Te escribo todo eso, en palabras de tu abuela, *sub specie aeternitatis*. Y te dejo para volver a sumergirme en la *Poética*. La leo en el original griego, por lo que voy entrando con lentitud.

Con lentitud me sumergí en la siguiente carta de Karel:

Eva:

Toda la semana pasada sufrí alucinaciones y fiebre. Creo que fueron consecuencia de las largas horas que pasé al lado de mi abuela: después de que las autoridades ordenaron arrasar la ciudad, entera, incluido el centro gótico y sus grandes avenidas y barrios modernistas, ella, que ha pasado aquí toda su vida, se ha sumido en un estado cuya negrura sobrepasa con mucho el deseo de suicidarse.

Para mí, ahora, existen en el mundo únicamente las partituras admirables, las oraciones bien construidas, las pinturas llenas de luz, los versos armónicos y los retratos de ancianos que pintaron Tiziano y Tintoretto, Rembrandt, Memling y Holbein. Yo mismo soy viejo, no senil exactamente, aunque de ninguna manera joven. Sí, a mis veinte y pocos años sé que ya he dejado atrás la juventud. No tengo nada que ver con el joven que cruzó a nado el Moldava desbordado para llegar a la sala de conciertos, ni con el que acompañaste en la moto para ir a parar a un desguace. Entre otras cosas, mi enfermedad nerviosa se ha llevado mi juventud. Los constantes disparos y explosiones que se oían durante la destrucción de Most, al igual que la obligatoria mudanza con mi abuela del barrio modernista, desaparecido bajo los escombros de la ciudad histórica, a un barrio nuevo de paneles prefabricados con vistas a minas y chimeneas de fábricas, ha empeorado mi enfermedad: sufro de ansiedad, no puedo permanecer entre la gente, si he de tocar en un concierto, necesito mucho espacio a mi alrededor. Por eso me resulta imposible tocar en una orquesta, porque rápidamente sufriría de agorafobia.

Sin embargo, no soy infeliz. Disfruto de alguna calma que no es inferior a la felicidad, al contrario, aporta un equilibrio mental duradero —que, dado mi estado, sólo consigo con gran dificultad—, ya que la felicidad suele ser tormentosa, extática, momentánea, o sea, nerviosa e histérica. No la busco, ni siquiera anhelo el amor de una mujer y me prohíbo enamorarme. En lugar de corazón tengo un complejo aparato que sirve para analizar las obras de arte.

Soy viejo y estoy solo como un árbol en un paisaje desierto. Tal vez porque hace mucho que mi madre vive en el extranjero, así que sólo la recuerdo de mi primera infancia. Seguramente sabes que mi madre planeaba que sus padres se reunieran con ella y que nos llevaran a mi hermano Dalibor y a mí. Mi madre ya no confiaba en ver a mi padre de nuevo, que cumplía entonces años de trabajos forzados en las minas de uranio. El cierre de las fronteras impidió que se realizaran esos planes, y desde entonces no la he vuelto a ver. Siento que siempre he estado solo y que la soledad es mi destino. Muy en el fondo no comparto nada con nadie, no estoy en ninguna parte, no hay país o ciudad que pueda llamar míos. Cuando muera mi abuela —y sé que será pronto— no se producirá cambio alguno en mi vida. Siento tanto vacío que su muerte no ampliará el desierto, tal vez lo único que cambiará será mi desequilibrio.

No te imagines que mi vida es absolutamente solitaria; nunca te he ocultado que de cuando en cuando recibo en mi habitación las más variadas visitas femeninas. No, no me aportan felicidad, pero a veces sus sutiles, otras veces tempestuosas caricias me ayudan a olvidar un dolor profundo. Se trata de un mero éxtasis de los sentidos. Nada más.

¿No te parece que la felicidad es una mentira? Creo que quien la busca recibirá su castigo.

Karel

¿Era un castigo? Me lo pareció cuando durante mi última visita a casa de Karel, alrededor de la medianoche, el teléfono comenzó a sonar, como siempre que acudía a aquel piso. Y como siempre, Karel habló en voz íntima con su interlocutor. Pensaba en ello mientras miraba las vías que siguen los recodos del Moldava, desde la ventanilla trasera del tranvía diecisiete, pero no lograba olvidar el sobre que había llegado ese día y aún no había abierto. Bajé en la parada de Nuselská, y noté cómo me pesaba la ligera bolsa que llevaba. Eché a correr hacia el edificio de las piscinas como si huyera de algo. ¡Había dejado la carta en casa!

Había vapor en todas partes. Entre el vapor y un bochorno ardiente, sólo distinguía vagas siluetas. Para hacerme olvidar todos mis recientes contratiempos, mi

abuela me había comprado una entrada para el nuevo complejo balneario. Salí de la sauna dejando allí a las mujeres voluptuosamente reclinadas encima de las gradas de madera, sentadas en ese lujo de ardor que despierta vagos anhelos de una selva tropical, de la sombra de las palmeras sobre la arena blanca, del sabor de la suave piel morena de un isleño del Pacífico, de un despertar en medio de los cantos de pájaros exóticos, del gusto de la fruta tropical para el desayuno... Salí de la sauna y por todas partes vi a muchachas de mi edad flotando a través del vapor como mariposas de cuerpo lívido con alas doradas, castañas y negras. Las muchachas y las mujeres, y yo con ellas, estábamos sentadas ante los espejos peinando y desenredando largas melenas, untando con cremas pechos firmes y mejillas embellecidas tras tanto calor y risas, agua y nieve, alegría y movimiento. Extendían rachas de colonia por sus largos brazos y cuellos de mármol, faltaba sólo un poco de mascarilla para que el cabello quedase lacio y se balanceara a lo largo de la cara, el cuello y los pechos hasta la cintura, un cabello, que como un quimono, sólo de cuando en cuando dejaba entrever el cuello y un hombro, un pecho blanco con el centro rosado, la espalda flexible y la cintura esbelta... Y yo ya sabía que la semana siguiente volvería, que vendría cada semana, que me habría gustado vivir allí, pasar cada minuto y cada segundo en un dulce olvido repleto de ardiente vapor.

Dibujando un amplio arco, salté a la soleada piscina exterior y nadé crol al otro lado, ida y vuelta. Me quedé sin aliento. Descansé con el estilo libre. ¿La carta? La había dejado al lado de la piscina, y me imaginé las mariposas, las luciérnagas y las hormigas paseando en su superficie.

Mujeres de cuerpos finos por el nado y de melenas largas, doradas por el sol, descansaban en las hamacas, toallas y pareos multicolores al lado de la piscina, sus largas y sedosas colas de caballo acariciaban su espalda al levantarse en busca de un helado o una limonada. Había mujeres morenas con pelo como lana y distinguí a otras, pelirrojas de ojos verdes, pero la mayoría lucía unas cabelleras lacias, como un extenso campo en el que ondula suavemente la cebada del color del sol de la tarde.

Las chicas se observaban mutuamente admiradas, probaban una de otra los helados de frambuesa y de melocotón en los cucuruchos, conversaban acariciándose las mejillas y los hombros y las cadenitas de plata y de oro que les decoraban el cuello y el pecho; musas de la poesía, la sabiduría y la belleza susurraban palabras amables y sonreían. Los hombres las rodeaban a alguna distancia; ellos luciendo, también, cuerpos morenos y atléticos, rostros de efebos y hombros y cinturas de discóbolos, contemplaban obnubilados ese poema sinfónico femenino como si fuera un prodigioso espectáculo en el cual el mismo Händel acompañara a las bailarinas y cantantes al clavicémbalo.

Entonces, con un gesto de aversión, abrí el sobre emborronado con la letra de Karel, desteñida por el sol y las gotas de agua de la piscina. Dejé la hoja sobre el césped para que todos los dulces insectos vinieran a visitarla: sabía que la carta no me comunicaría nada bueno. Había contestado a Karel reaccionando a aquellas frases

que más me irritaban. Incluso algún día me llegué a decir que habría sido mejor haber conservado a Milan: él sí me quería de verdad, aunque lo demostrara de manera brusca y cruel. Al fin tomé la hoja con los dedos húmedos y sacudí alguna mariposa que efectivamente corría sobre la tinta azul.

Imaginé que el sol había desaparecido tras unas nubes de las que caían pesados copos de nieve; hacía frío y soplaba un viento helado. Aparté la hoja, pero dos chicas pasaron a mi lado agitando sus colas de caballo mojadas y salpicándola, por lo que la letra se volvió ilegible en parte y sólo pude leer la mitad de la carta.

Me puse en la fila para saltar del puente a la piscina. Lo único que deseaba era el agua, el sol, el movimiento.

Eva:

¡Qué extraña eres! Todo lo que escribo te sirve de excusa para castigarme con la máxima dureza. Me resultas estrambótica. En mi última carta te fui totalmente sincero, ¿y con qué resultado? En vez de valorarlo, de comprenderme, buscas en todo ello algún sentido oculto. No sé qué pensar de tu carta, nunca sé qué contestarte. ¿Y es que no te das cuenta de que me habituaré a ellas? Sí, me estoy familiarizando con tus ataques y así dejaré de prestarte atención.

En cada carta me hablas de la felicidad y dices que conmigo la encuentras y no la encuentras. No me extraña, pues como sabes yo mismo no creo en ella, ¿cómo podría dársela a alguien? Es una mentira que ha causado y sigue causando las mayores desgracias. ¿Qué otra cosa hacen los dictadores que prometer felicidad a sus vasallos? La prometió Hitler a sus votantes, y Stalin inundó los oídos de millones de rusos con sus mentiras sobre el feliz porvenir. La gente de nuestro país vive sumida en el miedo bajo una bandera que promete la felicidad futura. ¡Es una barbaridad! Schiller y su *Oda a la alegría* dan risa. Escucha: «¡En un único abrazo, millones! ¡Un beso para el mundo entero!». Y por culpa de Beethoven que, sombrío, con gravedad alemana y *pathos* mortal blande su batuta, gracias a ese soñador todos nos hemos tragado el cuento y estamos convencidos de nuestro derecho a la dicha y de la obligación de estar contentos. Exigimos a la vida felicidad y puesto que no la recibimos, como es lógico, nos sentimos engañados, presas del resentimiento. Y todo eso por culpa de ese iluso, de ese visionario de Schiller y de ese loco peligroso y genial de Beethoven, que se dedicó a blandir la batuta con tanta solemnidad alrededor de su agitada crinera.

No paras de culparme. Deberías acusar a la vida que nos ha tocado y al mundo en el que nacimos, no a mí. Sólo se puede estar satisfecho si se está de acuerdo con lo que sucede en el entorno, como nuestro conocido Milan. Pero evidentemente, tú y yo no lo aceptamos y le damos la espalda al mundo en que vivimos. En cuanto a mí, ignoro lo que no quiero ver, pero tú, Eva, te rebelas porque tu tendencia natural es el bien, como una flor que busca el sol. No por exigencias intelectuales, sino porque surge de la misma esencia de tu ser; tú crees en las personas, amas a la gente.

Además, no te das cuenta de lo difícil que es ver cómo el poder anónimo destruye la ciudad de tus antepasados y por la noche eres el único testigo de las alucinaciones de tu abuela.

Mis estudios musicales no hacen sino desequilibrar mi sistema nervioso. Lo que he erigido como un ideal no deja de alejarse cuanto más intento alcanzarlo. Estoy componiendo un cuarteto. Trabajo hasta bien entrada la noche y a menudo acabo enfebreado. Quiero crear algo nuevo, con estilo propio, por lo que cualquier repetición de lo conocido, en la que se cae con facilidad, me disgusta y me sume en una profunda depresión. O compongo algo nuevo e inesperado como Janáček, Shostakóvich, Schnittke o Varèse, o no tengo derecho a la existencia; así es como lo siento. Cuanto más a fondo me sumerjo, más se aleja mi ideal, mi Idea. Es mayor el sufrimiento por una sola nota de la que no estoy del todo seguro que la alegría que puedo sentir ante varios compases bien compuestos. Y me alegra más una nota bien resuelta que toda una semana de, dicho con tus palabras, vivencias en la vida real. La mayor alegría que encuentro es la lectura de los antiguos filósofos griegos en su lengua original: mi abuelo me ha legado esa enseñanza. Nadie ha podido darme algo mejor.

Durante mi siguiente visita a Most, Karel me trató con cariño. En el café pidió dos coñacs, luego dos más. En casa tocó un concierto para violonchelo que había

compuesto recientemente. Luego salió de mi habitación, porque hacia las doce, como de costumbre, alguien llamó por teléfono. Cuando llegué al umbral del sueño, volvió a entrar. Con máxima suavidad, rozó mi piel al apartar mi camisa de noche. Y me dibujó. Estaba echada con los ojos cerrados y fingí dormir, pero oí nítidamente los trazos de su lápiz sobre el papel a la luz de la farola de la calle.

La luz del atardecer en la calle llenó la habitación: los graves y esplendorosos tonos de la «Sarabanda» de Bach interpretada al violonchelo se amalgamaban con la tarde radiante que penetraba en el estudio de Karel. Cerré los ojos y, tras los movimientos del arco sobre las cuerdas, oí el júbilo de los pájaros y el brillo del sol que penetraba a través de mis párpados cerrados.

Karel estaba a mi izquierda, y al dejar el violonchelo se había sentado en el respaldo del sofá, junto a mi brazo, para enseñarme un pasaje en la partitura de otra fuga especialmente difícil. Se inclinaba sobre mí y mi brazo casi rozaba el suyo.

—Toca esa giga, ¡vamos! —dije en voz alta, como si Karel estuviera lejos.

Y aunque no era mi intención, sabía que con mi exabrupto había roto la atmósfera de ensoñación e intimidad que había creado su cercanía.

Karel guardó el violonchelo en un rincón. Se sentó junto a mí de nuevo sobre el respaldo. Sentía su aliento. Otra vez me enseñó una partitura. El ambiente de perfumes exóticos se volvió más denso.

—Karel, envidio el dominio con el que tocas —dije en voz clara y contundente para que Karel no notara el temblor de mi voz. Hablé por hablar, para no pensar en esa atmósfera sensual.

—Pues no confío en las personas demasiado seguras de sí mismas —contestó.

—¿Y yo? ¿Te parezco segura de mí misma?

—¿Tú? No sé si estás segura de ti misma, pero sí que eres una mujer agresiva.

Volvió a tomar el violonchelo. Tocó algo, no sé qué, porque sólo escuché mi susurro: «No. No lo soy. Yo no soy así». Karel no me oyó. La voz profunda del instrumento se había introducido en la habitación como una nube oscura, ahuyentando una claridad de invernadero.

Cuando el violonchelo volvió a estar en su sitio, en un rincón, me obligué a demostrar ligereza:

—Lo que te ha parecido agresividad podría ser mera protección, ¿no te parece?

—Podría serlo, es verdad.

—No sé defenderme de otra manera —e intenté explicar por qué días antes me había irritado mientras hablaba con él y por qué había colgado bruscamente cuando me decía: «Eva, ten confianza en mí...».

—Bien, pues no eres agresiva, sino que tienes un carácter fuerte. Es lo mismo, pero lo segundo suena mejor —dijo, y cogió el arco.

Una lastimosa y profunda voz volvió a llenar el estudio. Otra vez me encontraba en un invernadero, ahora más oscuro, cuyas flores se habían cerrado y habían dejado

de emanar perfume. Y yo sentía un dolor tan agudo que creí que en cualquier momento me rompería en mil pedazos como un florero de cristal fino.

El frío nocturno había reemplazado el calor sofocante. Los últimos tonos, ásperos, del violonchelo. Karel lo apartó de nuevo y me miró como si nada existiera en el mundo además de mí. Como si el futuro de la humanidad dependiera de mi tono de voz, de cada una de mis palabras.

Dijo susurrando, implorándome:

—¿Por qué eres tan... impulsiva... conmigo?

«Porque me haces daño, Karel», tenía ganas de responder, pero me abstuve. Al hablar mi voz sonó como el bajo continuo:

—Porque a veces tengo la sensación de que todo te da igual.

Me volvió a mirar como si el porvenir del universo estuviera en mis manos.

—¿Que a mí me da igual? ¿A mí? Pero si eso es... eso no es...

Puesto que no encontraba las palabras adecuadas, lo dije con el violonchelo. Lo percibí con todas las notas y matices. Caía la noche y yo tenía ganas de huir. Y al mismo tiempo deseaba quedarme.

Por la mañana la abuela de Karel me entregó un mensaje de él: «Eva, he dejado sobre mi cama la partitura que ayer toqué para ti». La cama ya estaba hecha. Repasé con la mirada esa salita bien arreglada y armónica. Y luego, sobre el radiador descubrí algo que en todo ese orden resultaba extraño: una prenda sedosa, y otra, ambas con un estampado de piel de serpiente..., sí, era un pijama femenino. Esas pertenencias destacaban en esa habitación metódicamente ordenada. La habitación de Karel era contigua de la mía y yo sabía a ciencia cierta que esa noche allí no había entrado nadie salvo él. Reflexioné sobre el misterio y me olvidé de la partitura.

Eva:

Olvidaste la partitura que había dejado para ti el otro día. Pero da igual, hoy quería decirte otra cosa: soy sombrío, áspero y huraño, y esos atributos cada vez se profundizan más en mí. Una vez te dije que en la primavera ya noto los primeros presagios del invierno y al contemplar a los niños percibo la vejez y la muerte. En nuestra primera cita, ya vi nuestra separación y me la imaginé en un café. Sí, allí donde los demás perciben el regocijo, yo percibo la oscuridad, el fin, el ocaso.

Lo más sabio en la vida es cerrar las ventanas y las puertas de tu casa, encender una lámpara con luz amarillenta y quedarse en su interior, con una estantería llena de libros, con un instrumento y un cajón lleno de partituras. O sea, cerrar las ventanas y bajar las persianas para que la habitación se llene de luz.

Tuyo siempre,

Karel

Vi una habitación llena de luz a medida que me acercaba a la casa donde vivía Karel y, aun a cierta distancia, percibí que él me vigilaba disimuladamente, por detrás de la cortina. ¿Acaso no advirtió que, desde la oscuridad de la calle, lo veía como un barco en el mar nocturno a la luz de un faro? Justo antes de entrar en el portal, reparé en que Karel, en la ventana, ponía cara de pocos amigos. La situación me pareció graciosa, así que agité la mano para saludarlo. Aún estuve a tiempo de entrever que

ante mi gesto Karel se había retirado de un salto de la ventana hacia el interior de la habitación. Con la cara iluminada subí la escalera.

Entré en una salita arreglada hasta el último detalle. Unos inciensos orientales perfumaban el ambiente, que se hallaba en la penumbra, iluminado por unas pocas velas. Una pequeña mesa plegable estaba dispuesta, casi con mimo, en medio de la sala. Karel me ayudó a quitarme el abrigo y enseguida me ofreció una copa con el aperitivo. Mientras brindamos, observé su irritación. Entonces me recordó:

—Has llegado muy tarde.

¡Qué bien me lo pasaba! Solté una pequeña carcajada.

—Has llegado tardísimo, ¿te das cuenta? —No parecía reprocharme un pequeño retraso sin importancia, sino haber lanzado una bomba atómica sobre una pobladísima ciudad.

—Por unos minutos no pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? ¿Además de llegar con demora me vas a venir con cuentos de que no pasa nada?

Brindé con él otra vez:

—A tu salud, y porque la próxima vez te invito a una cena espléndida. Tengo algo que celebrar.

—¿Otra vez? Siempre estás celebrando algo, ¿verdad?

—Sí, siempre, por suerte.

No, no se quedó contento con mi alegre ligereza. El cielo de su rostro se nubló aún más. Me estiré de satisfacción.

Karel colocó en la mesa el primer plato, una verdadera delicia: canelones con setas, y con un trozo de trufa que había buscado expresamente para ello. Me contó lo mucho que le había costado conseguirlo, a través de un conocido que a veces tenía la posibilidad de comprar en las tiendas Tuzex. El timbre del teléfono interrumpió su frase y se lanzó sobre el aparato. Durante un rato habló en un tono educado y neutral:

—He tardado dos días en preparar el relleno, y tres en hacer la pasta —dijo una vez sentado frente a mí.

Saboreé cada bocado. Karel abrió una botella de vino blanco, Mopr, según leí en la etiqueta, y me explicó que ese vino provenía de unos viñedos no muy lejanos, cuyo suelo era rico en cenizas volcánicas.

—¡Mmm! —solté con ensoñación más que como halago.

El segundo plato era una carpa a la sal.

—De invención propia —declaró, orgulloso.

Con maña quitó la piel y me sirvió un gran trozo de pescado con guarnición.

—No, ya no está buena —comentó tras probarla—. Se ha secado. La tuve demasiado tiempo en el horno. Haber llegado puntual...

Me divertía. Y me puse a contarle un acontecimiento reciente: había conseguido una grabación del 63, o sea, de hace cinco años. Entonces había ido al concierto con mi abuela, y Sviatoslav Richter había tocado la *Sonata 2* y otras obras de Schumann

por primera vez en su carrera de solista:

—Es que Richter...

Volvió a sonar el teléfono. Esta vez Karel se levantó como salta un diablito de la caja, ese juguete infantil. Habló en un tono dulce, casi meloso. Y rápidamente desapareció con el auricular al oído en la habitación contigua.

Me puse a hacer figuras en el plato con los cubiertos. ¡Qué ternura!, pensé mientras dibujaba un gran 8 con un trozo de pescado. Como si todo hubiera estado preparado, una puesta en escena únicamente para mí, sonreí. Pero al acabar el número 8 y al traerme el bocado a los labios, el pescado resultó insípido.

Regresó a mi lado de un humor excelente.

Permanecemos en silencio. Él estaba ausente, y sonreía. Para traerlo de vuelta, dije:

—Se prepara una manifestación contra...

Evidentemente, él había tenido la misma idea, continuar la conversación. Dijo al unísono conmigo:

—¿Dónde vas a tocar a Schumann?

—Yo no, es Richter quien tocó a Schumann, no me has escuchado. Pero ahora estoy hablando de algo más importante. Sobre una manifestación contra el régimen. ¿Vas a ir?

Con la suficiencia que le había dado la conversación telefónica, mi anfitrión declaró:

—En la antigüedad un hombre perfecto primero se preocupaba por tener en su interior todo lo que deseaba tener allí; sólo después se preocupaba por los demás. Y puesto que estoy lejos aún de tener en mi interior todo lo que deseo, todavía no puedo hacer nada por los demás.

—¿De modo que no vas? —pregunté. En mi voz silbó un reto.

—Cuando alguien se presenta ante un tirano y con vigente elocuencia le habla de ideales humanitarios y de justicia, lo hace más para adornarse que para mejorar nada.

—Pero yo no soy un hombre de la antigüedad, sino una mujer contemporánea de veintitrés años, y yo, mejor dicho, nosotros vemos esos problemas y lo que intentamos es no sólo demostrarlo sino ofrecer a nuestro país algo mejor —dije con un énfasis resultado más bien del deseo de ganar ese combate verbal que de una convicción profunda.

—¿Ofrecer algo? ¿A quién? ¿A alguien de tus círculos?

—Sí, por ejemplo... ¿sabes a quién?

Me interrumpió:

—¿Y ya os habéis planteado si sois capaces de llevarlo a cabo? Ya conoces la frase de san Mateo, mi abuela no se cansa de parafrasearla: «Dejémoslos, son guías ciegos de otros ciegos. Y si un ciego guía a otro, ambos caerán en el foso».

—Nadie piensa como tú —dije procurando que mi irritación no se notara demasiado—. ¿De verdad crees que todos nosotros, personas honradas y cultas, no

entendemos nada? No, tantas personas que reflexionan no se equivocan —proclamé, aunque algo mecánicamente, porque dudaba si realmente la mayoría tiene razón, si precisamente eso no suele inducir a graves errores. Y muy en el fondo sabía que a veces necesitaba de un grupo para no sentirme del todo marginada por las extrañas circunstancias de mi vida.

Karel se quedó en silencio. Un silencio que implicaba su desacuerdo.

Para ocultar mi creciente crispación, dije en voz alta:

—¿Por qué lo complicas todo? ¿Por qué no vienes con nosotros? ¿Por qué siempre tienes que escoger tu propio camino, el más difícil?

—El cielo no acepta al que tiene las cosas demasiado fáciles —continuó él con su sermón.

Luego, se levantó y recogió los platos. Volvió de la cocina con una olla llena de estofado.

—*Ragout de Vénison* —anunció.

Comí automáticamente, incluso me olvidé de elogiar el plato, tan concentrada estaba en la conversación. Bebí una copa de vino tras otra; Karel abrió entonces una botella de tinto. Comencé a hablar de la importancia de las protestas contra el régimen, sobre el imperativo de avanzar contra los tanques.

Él también se mostró susceptible.

Nos habíamos metido por un mal camino. ¿Qué hacer para volver al sendero trillado? Intentó llevar el tema a un terreno más general.

—Dices que la moralidad de nuestro régimen está rota y que si tú y los tuyos no cambiáis la situación, todo puede acabar muy mal. ¿No habéis reparado en que no vivimos en una democracia?

Karel había advertido que no se calmaba sino que se volvía más bilioso. Además, el vino cumplió en efecto su función de eliminar las barreras entre nosotros, pero de un modo inesperado: primero había convocado a las emociones negativas —el embravecimiento, los celos, la posesión, la aversión—, que no se hicieron de rogar.

Karel siguió sermoneándome con una calma helada, enmascarando su encarnizamiento, mientras yo giraba la copa en la mano y miraba el vino en vez de sus ojos:

—Además, ¿no ves lo peligroso que es para vosotros? Me recuerda a una mariposa que se pone a volar. Agita furiosamente las alas y con su diminuto cuerpo quiere detener un coche en marcha. La mariposa no es consciente de que lo que se ha propuesto no está al alcance de sus fuerzas; tiene una idea sobre sus capacidades que no corresponde a la realidad. Y así... acaba aplastada contra el vehículo, está claro.

—¿Y qué hay que hacer, pues? —exploté.

—Comportarse como un domador de tigres: cuando se los doma según su naturaleza, las fieras son serenas y no cuesta someterlas. En cambio, obligados a hacer cosas contra su naturaleza, esos mismos tigres serían capaces de devorar al domador.

—¿Y de ello qué se desprende, distinguido profesor? —le pregunté con una mordacidad que apenas ocultaba mi ira.

—¿Qué se desprende de ello?

Karel se quedó callado. Él también estaba furioso, pero lo enmascaraba con fría indiferencia y un tono didáctico. Ambas cosas me sulfuraban.

—De eso se desprende que hay que ser cauto —prosiguió—. Un domador imprudente no sólo no logrará domar a los tigres sino que además arriesgará su vida. Cordura, sensatez, templanza. Si ponéis de manifiesto vuestras capacidades, el poder se volverá contra vosotros.

Recogió los platos de la mesa y con la palabra «¡Ponderación!» desapareció en la cocina.

Con despecho me apoyé en el alféizar de la ventana para tranquilizarme con la vista de la calle. ¡Si hacía sólo unas horas que desde esta misma ventana Karel me buscaba con la mirada, y yo, satisfecha, me reía de él! ¿Cómo era posible que la situación hubiera cambiado tanto? ¿Cómo pude dejar que eso sucediera? ¿Por qué, en vez de hablar de política, no le acaricié la mano, no le lancé miradas seductoras mientras comíamos? ¿El amor esperará? No, no esperará, ni siquiera una hora, ni un minuto. Tal vez ahora ya se ha hecho tarde. La calle resultaba oscura, indiferente. Otra vez recorrí con la mirada la habitación, arreglada hasta el último detalle para un acercamiento. Contemplé el sofá, con los cojines colocados en ambos extremos, de tal modo que los que reposasen en él no tuvieran más remedio que acercarse íntimamente. Reparé en la música suave de jazz, observé toda la escenografía para que el resultado no se hiciese esperar: se trataba de un escenario preparado para el amor.

Lentamente, con tristeza, me senté en el sofá.

Consulté el reloj y calculé cuánto tiempo tendría que permanecer allí para no ofender al anfitrión, cuánto tiempo tendría que consentir la aversión de un hombre que se había pasado varios días preparando este banquete y tal vez semanas calculando cada detalle de ese *tête-à-tête*, cuántos minutos u horas tendría que soportar la presencia de Karel, que ya me resultaba fastidiosa, antes de poder escurrirme hacia la reconfortante, liberadora soledad de la calle y del tren.

Y cuando, después de varias horas —durante las que ambos nos esforzamos no por acercarnos, y mucho menos amarnos, sino por comportarnos como dos personas civilizadas—, salí a la calle fría y apestada por el humo de las fábricas, casi eché a correr hacia las entrañas de una oscuridad que me brindó consuelo.

Sí, la oscuridad me brindó consuelo tras la velada fallida. Caminé sin rumbo a través del barro fangoso de las calles de la nueva ciudad, entre murallas de enormes edificios prefabricados, idénticos e impersonales como soldados. Sólo la luz amarillenta y la fina lluvia suavizaban el espacio desierto.

De pronto, tuve la impresión de encontrarme en medio de una pesadilla poblada

de monstruos vagamente humanos: una muchedumbre se acercaba corriendo hacia el lugar donde me hallaba. Al tenerlos cerca, vi que la mirada de esos seres tenebrosos se fijaba en algún punto detrás de mí, en un sitio perdido en el espacio infinito, en el más allá.

Pasaron de largo sin verme, como si fuera transparente. Algunos me rozaron con un hombro y otros incluso me empujaron. Y cuando las últimas figuras negras de ojos dilatados y muecas de horror quedaron atrás, me di cuenta de que se trataba de los obreros de las minas de carbón que nuestros gobernantes habían hecho excavar donde antes se habían erigido las orgullosas torres góticas de Most, antigua sede de los reyes de Bohemia. Torres góticas de las catedrales con pulseras y anillos de oro y diamantes como dedos estilizados y esbeltos brazos.

Acompañé con la mirada a ese río humano, escupido por el primer autobús o tren de madrugada, tal vez retrasado, de modo que todos esos obreros y mineros, presos políticos y presos comunes, se veían obligados a precipitarse hacia su lugar de trabajo, a fin de marcar sin retraso la hora de llegada para que no les echasen de sus durísimos empleos. Y se apoderó de mí la clara sensación de haber descubierto en esa muchedumbre a todos los perjudicados por la destrucción de Most: a ese señor que trabajaba en el quiosco de la esquina de la calle donde había vivido la abuela de Karel, un hombre humilde a quien tantas veces le había comprado un paquete de tabaco o alguna revista, y que tras la demolición se quedó sin trabajo; creí haber visto en el tropel a su hija que había ido a la escuela de bellas artes, ahora aniquilada; y, además, me pareció ver, aunque no podía haberlos distinguido, a las decenas de personas que, tras la destrucción de sus hogares habitados por generaciones de antepasados, no pudieron más y decidieron retirarse por voluntad propia tragándose unas pastillas, saltando de un quinto piso o cortándose las venas...

Y a pesar de que me sentía exhausta como después de haber trabajado concentradamente durante varios días, en el tren de madrugada a Praga no logré conciliar el sueño. Pasé horas enteras mirando estupefacta el oscuro y desangelado vacío detrás de la ventana.

Eva:

Ayer me pasé horas mirando el oscuro y desangelado vacío detrás de la ventana mientras llegué a la conclusión de que tú y yo hemos llegado a ser unos extraños. Tal vez debe ser así. Sin embargo, quiero que sepas que últimamente he abandonado a Aristóteles por las novelas que a ti te gustan: he devorado decenas de libros de Dostoievski, Chéjov, Tolstoi y otros clásicos rusos, los tuyos preferidos.

Otra vez se avecina el invierno y la escarcha cubre los campos y prados, aunque en los alrededores no han quedado muchos. La niebla otoñal cubre solícita lo que quedó de nuestra pobre ciudad aniquilada. Por la noche sopla un viento helado, que antes silbaba entre los arces, los pinos y los abetos, y ahora resuena entre las torres de las fábricas y levanta el polvo gris de las minas. Estoy sentado en una habitación iluminada y me hundo en un ensueño sobre un libro de viajes a países lejanos a sabiendas de que no viajaré nunca muy lejos. Pero hay un destino que cada vez se dibuja en mi cabeza con más precisión, un viaje lejos de este país, del país de la destrucción; sin embargo, me domina la apatía ante cualquier desplazamiento o actividad. Así sueño por la noche. La luz del día, que me permite ver con nitidez la recién construida fealdad, me sume en una permanente irritación.

Lo único que tiene sentido, que merece la pena la consagración de la vida es el arte, la creación, la investigación. ¿Vivir para la mente o para el placer, o sea, para el cuerpo? La mente es un don divino; los

placeres mundanos incluso a Fausto se los proporcionó Mefistófeles, y acaban en el sufrimiento y la tragedia.

Lo único que tiene sentido: así lo he formulado. Pero ¿qué diferencia hay entre corromperse en la tumba inculto o hacerlo con refinada sofisticación? Todo es un engaño.

Estoy esperando. Sé que pronto tendré un nuevo ataque nervioso. Reconozco los síntomas.

Vivo en uno de esos fosos que han cavado en el lugar donde antes se erigía Most, la ciudad gótica, Most, la ciudad real. Y cuando levanto la cabeza hacia el cielo, te veo a ti, estás inclinada sobre el foso y tu pelo oscuro se confunde con el cielo nublado. Tu rostro delata nerviosismo, excitación, rabia. ¿Estás resentida porque no te acompaño en tus ansias de cambiar el mundo?

Si supieras, Eva, cuánto me gustaría alejarme de todas las tormentas para vivir en el país de la Belleza.

Karel

P.S. Justo antes de Navidades iré por poco tiempo a Praga. ¿Nos veremos?

Eva:

«Antes de Navidades iré a Praga. ¿Nos veremos?», te escribí en mi última carta y ni de lejos me hubiera imaginado que en Praga finalmente viviría la escena que había visto en un sueño hace tiempo: que tú y yo estamos sentados en un café y en el momento en que me estoy acercando a ti, te levantas y te vas.

De modo que ya no tengo nada que hacer en Praga.

Además, durante mi breve estancia vino a verme un conocido tuyo —no quiero decir *nuestro* porque me costó superar el sinsabor que me produjo la reunión con ese hombre— y me pidió que me retirara de tu vida. Aseguró que yo era pernicioso para ti.

Praga, pues, no es mi lugar. Nadie cercano me espera allí. Seguramente tu abuela te habrá comunicado la triste noticia de que la mía ha muerto, así que no sólo allí, sino tampoco en Most me espera nadie.

Ya no creo en nada en este país, ni siquiera en la Primavera de Praga y su socialismo con rostro humano. El que ha experimentado la aniquilación racional de su ciudad por el poder totalitario nunca más puede creer en las promesas de los políticos, y las esperanzas de su pueblo mueven a risa. Rusia nunca permitirá que nuestro país se independice, ni que sea un poco, de su influencia. Estoy convencido. Por eso creo que tu lucha es en vano.

De modo que aprovecho la apertura de las fronteras para salir a reunirme con mi madre en Francia. Cuando hayas recibido esta carta, yo ya habré dado mis primeros pasos en la nueva etapa de mi vida en París.

Tuyo,

Karel

P.S. De momento ignoro mi nuevo domicilio. No lo tiene nadie, ni siquiera Dalibor. Asimismo, debo decirte que no estoy seguro si quiero continuar esta relación inestable, antojadiza y lunática que es la nuestra. Estoy pensando que tal vez sería mejor no remover el agua muerta y así darle la oportunidad de que brille entre las montañas: serena y clara, sin sabor ni perfume. Un pequeño lago de montaña: ése será mi recuerdo de ti, Eva.

Ése sería mi recuerdo de ti, Karel: tu ciudad, trágicamente devastada. Permanecí ante una de las muchas casas prefabricadas, todas exactamente iguales, que habían construido para alojar a los habitantes de los barrios arrasados.

Mi abuela me había dejado las llaves del piso en el que había vivido Karel con la suya. Me había recomendado que me llevara unos cuantos libros y discos como recuerdo. Hacía calor, no obstante ese día no me venía nadie al encuentro con el bañador en una bolsa de plástico, tampoco vi a parejas de enamorados en los bancos, ni muchachas en ajustadísimos tejanos sorbiendo bolas rosadas y amarillas de helado.

La gente estaba nerviosa, callada. Una de las llaves entraba en la puerta principal del edificio; la giré.

Mientras subía a la cuarta planta, la de Karel, recordé cómo había sabido por mi abuela lo sucedido. Me despertó por la noche: la habían llamado por teléfono unos conocidos suyos, a los que el ruido de los tanques soviéticos había desvelado.

Karel lo había predicho.

Nadie paseaba a mi lado con bolas rosadas de helado, ni los niños saltaban la rayuela.

Por la mañana, mientras mi abuela se aseaba, sonó el teléfono durante mucho rato. Contesté con miedo porque temí alguna mala noticia. Era Milan. Al oír su voz, tuve la sensación de que el apartamento había sido invadido por un general ruso con un tanque. Presa del temor colgué sin decir nada.

Me lavé el pelo y me puse mi mejor vestido, una pulsera de plata y un anillo con una esmeralda, ambos antiguos, regalos de mi abuela, y salí a la calle donde rugían los monstruos blindados. Llegué tarde, la boda había concluido y los invitados, perplejos, se mecían sobre una u otra pierna delante del gran reloj multicolor del ayuntamiento de la Ciudad Vieja. Se me pasó por la cabeza que seguramente en un día tan triste ni siquiera saldrían los apóstoles de las puertecillas del reloj. Sólo los novios irradiaban alegría; no es que fueran indiferentes a los carros blindados y a los tanques y a las metralletas y a los gritos de desafío y a otros de dolor y desesperación que nos rodeaban a todos, sino que eran tan importantes el uno para el otro que la tragedia de su entorno no podía ensombrecer su dicha. Helenka, la novia, blandiendo un ramo de gladiolos rosas con una mano y cogiendo al novio con la otra, comenzó a andar y todos seguimos sus pasos. Guiaron a toda una procesión de endomingados, con una sonrisa tranquila se miraron y nos observaron a los demás, mientras venía a su encuentro un sinfín de habitantes, enlutados, una procesión larga, inacabable, de ciudadanos que iban al entierro de una mujer de cabello dorado bautizada Libertad. Los praguenses derrotados caminaban por las calles estrechas de la Ciudad Antigua, con las miradas turbias de quien ha dormido mal, con los ojos llenos de lágrimas fueron al encuentro de los novios radiantes que, de la mano, daban saltitos de alegría como niños. Antes de cruzar la avenida Národní, los novios miraron a un lado y a otro para cerciorarse de que no venía ningún coche, pero entonces advirtieron, como todos los demás, la presencia de un enorme tanque soviético que venía hacia ellos. Se guiñaron el ojo, traviosos; con un gesto elegante, Helenka recogió la larga falda de su airoso vestido de novia; el novio, de esmoquin, la tomó por el codo y aceleraron el paso, tanto como a la novia se lo permitían sus altísimos tacones de aguja. Más que correr daban pasos diminutos como una pareja de geishas, y no paraban de soltar carcajadas, mientras que a diez metros avanzaba con estruendo metálico, ceremonioso e imparable, un tanque que parecía a punto de devorar hasta a sus héroes más valientes. Nos detuvimos en la acera y sin aliento esperamos a ver qué ocurría.

Dos pasos más y el novio cruzó, arrastrando a la novia con él. El tanque nos obstaculizaba la vista, y nos mantuvimos inmóviles temiendo lo peor. Pero cuando el tanque acabó de pasar, majestuoso como una pesada matrona, vimos que Helenka nos saludaba agitando con la mano su cola de novia ennegrecida y rota. Echó una mirada picara al novio y subió el velo como una persiana para besarlo en la boca; y nos dimos cuenta de que así ambos celebraban una victoria sobre la historia desafiada, la historia que había hecho lo posible para irrumpir en su vida y dominarla desde ese mismo día.

Ese mismo día por la tarde, el 21 de agosto de 1968, Milan volvió a llamar por teléfono. Preguntó si mi abuela y yo estábamos bien, si no necesitábamos ayuda. ¿Por qué? Contestó lacónicamente:

—Han venido los rusos.

Como si los rusos hubieran venido a tomar el té de la tarde.

Subí los últimos escalones. Giré la llave en la cerradura de molinillo del piso donde había vivido Karel y cerré la puerta. Se oía una música suave. Eran los violines de Vivaldi, la misma melodía repetida, violines que vuelan a alturas celestiales y paulatinamente descienden... Entré en la pequeña sala de estar decorada con alfombras, en cuyas paredes había oscuros mosaicos de libros antiguos, del suelo al techo. Y otra vez los violines volaban a las alturas. Era el tocadiscos..., debía de estar sonando así durante un sinfín de días. Karel se había olvidado de apagarlo, ¿o es que sabía que yo vendría y éste era su saludo musical? Con delicadeza levanté el brazo y lo puse al principio del disco para escuchar desde el principio los conciertos de Vivaldi para dos violines, orquesta de cuerda y bajo continuo en los que, según leo en la leyenda de la cubierta, Karel, mi lejano Karel, tocaba el violonchelo.

Las cortinas estaban corridas, pero por una rendija el sol amarillo de la tarde alumbraba los lomos de los libros, en los cuales estaba escrito en griego con letras doradas: Jenofonte, Pitágoras, Aristóteles, Epicteto, Sófocles, Eurípides, no lo sabía leer muy bien. Esa biblioteca resultaba ser para mí un secreto, un misterioso jardín de frutos inalcanzables. En unos momentos los rayos de sol, ya muy bajo, alumbraban a los autores latinos: Livio, *Historia*; Gaio Julio César, *Memorias bélicas*; Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza*; Juvenal, *Sátiras*...

Me senté sobre la familiar y desgastada alfombra persa, azul con ramas primaverales y pájaros en vuelo, y sabía que allí me quedaría mucho, mucho tiempo. Esperaría, leyendo los libros de Karel y escuchando sus discos. Esperaría el regreso de Karel de modo activo y así sin duda un día alguien encendería la luz, haciendo brillar los marcos de los cuadros... y Karel entraría. Y al igual que en los cuentos de hadas y en las novelas de los clásicos queda sin aclarar qué sucede a los protagonistas una vez juntos, no perdí el tiempo haciendo cábalas sobre lo que vendría después. Lo importante era que se encendería la luz cuando Karel llegara.

Me sobresaltó el teléfono. Mi abuela me preguntó si estaba bien y me informó: los tanques rusos seguían ocupando el país, rugiendo por nuestras carreteras entre los campos de trigo y los bosques de abetos, y llenaban las calles de todas las grandes ciudades. En Praga habían apartado sus cañones contra el edificio de la radio y el de la sede de *Literární Noviny*. Le contesté que no quería saber nada, sólo deseaba estar sentada sobre la alfombra azul con flores blancas y pájaros en vuelo y escuchar el concierto para dos violines y bajo continuo de Vivaldi, en el que Karel tocaba el violonchelo; quería llenarme con la cantata de Bach *Vom Himmel hoch*, quería saciarme y emborracharme con la música de Karel, porque él había compuesto una variación sobre el primer coro de esta cantata de Bach y en una ocasión, la había tocado para mí. Yo prestaba atención a la música mientras mi abuela sollozaba.

Aquel día fue la primera vez que la oí llorar. Le repetí las palabras de Karel: «Lo más sabio en la vida es cerrar las ventanas y las puertas de tu casa, encender una lámpara de luz cálida y permanecer en tu interior, a lo sumo con una estantería llena de libros, con un instrumento musical y un cajón lleno de partituras, es decir, cerrar las ventanas y bajar las persianas para que la habitación se llene de luz...», y colgué el auricular porque ni mi abuela ni yo teníamos dinero para conferencias tan largas. Y me dije en silencio que si no hay partituras, es preciso componerlas, y si no hay instrumentos, es preciso oír la música en tu interior.

Entré en la cocina donde la abuela de Karel solía prepararme chocolate caliente que me servía con bizcocho, y vi que todo estaba en su sitio. Regué el geranio rosa en el alféizar, corrí las ligeras cortinas blancas y calenté agua en los fogones de gas para prepararme un poco de té. Era la hora de la cena, de modo que me tomé dos tazas y me comí una manzana de las que había todo un cesto lleno en la mesa: verdes, ácidas, las primeras manzanas del año. Y entonces supe que eso era lo que quería hacer el resto de mi vida, vivir con las cortinas corridas, tras las que se extendía un tormentoso océano sobre cuyas olas los cañones de los tanques soviéticos apuntaban a las viviendas; y los soldados apuntaban con sus metralletas a hombres y mujeres; y los jóvenes checos caminaban por las calles con banderas manchadas de sangre, tal como ya había visto esos días. Quería vivir con las ventanas y las persianas cerradas y las cortinas corridas para no mirar el oscuro oleaje que devoraba a los débiles, no tenía ganas de ver a los que se quedaban plantados delante de los tanques en un desesperado intento de detenerlos, de parar esa violencia, de borrar lo sucedido... Quería alimentarme con manzanas verdes y té chino y las óperas de Händel, con *Hércules* y *Salomón*, *Semele* y *Alcina*..., para no oír el estruendo de los cañones de los tanques ni el terrorífico tableteo de las metralletas, detrás de las cortinas corridas.

¿Cuántos días viví con las cortinas corridas? ¿Cuántos alimentándome de té y manzanas, pero sobre todo de los contrapuntos, atmósferas y anhelos de las partituras? Los anhelos que habían inspirado esas melodías, miles de deseos que nunca se cumplieron como los que habían teñido mi relación con Karel de color

turquesa, el sueño deshecho de mi vida con Karel, ese sueño que tenía el color del cielo y era ya inalcanzable. Las páginas me contaban las historias de las grandes heroínas, esas mujeres valientes y justas y puras, de actos que ya no podríamos ni imaginar porque los soviéticos lo impedirían, y de esos finos y temerarios hombres de cintura esbelta y miradas entregadas, y nombres sonoros... Armida y Magdalena, Jerjes y Rinaldo, Tamerlano y Farnace y Cleopatra. El primer día las escuché en los discos, el segundo día yo misma reproduje esas melodías y contrapuntos con mis dedos al piano, y a partir del tercero me bastó un rápido vistazo a una página aquí y un fragmento allá para que todos los colores y frases resonaran en mi cabeza, para que circularan por mis venas y pulsaran mi corazón y con ello determinasen la luz, el matiz y el espíritu de mis días. Todo porque vivía en una dulce prisión acolchada con antiguas alfombras celestes y cortinas corridas que hace dos siglos una mujer había tejido a mano, con las ventanas y persianas cerradas tras las que intuía un cielo injusto, cruel, execrable.

Con un par de manzanas me acosté en la cama que solía ser la mía cuando venía de visita, y me asaltó el doloroso reconocimiento de que Karel nunca más entraría a dibujarme. Y aun así esperé.

Me olvidé del mundo, incluso de la manzana entre mis dientes. Unos rayos de luz atravesaban la noche, haces de luz que, lo supe, eran los acordes del violonchelo de Karel. Estaba absorta en los recuerdos de nuestro último encuentro. Había ocurrido en Praga: me vi entrando en un café, envuelta en una bufanda negra, toda invernal, y guantes rojos con rayas negras.

Llevaba puestos unos guantes rojos con rayas negras. Ni siquiera me dio tiempo a pasarme los dedos por el cabello recién lavado para que quedara más airoso. Ya desde el autobús y luego desde la calle me había fijado en que Karel, en el interior del café iluminado con una luz difusa, me buscaba expectante. Con un gesto rápido, cerré la puerta para que no se escapara a la calle ese cálido ambiente de velas navideñas, aroma de café y vino caliente con especias que, junto al plácido murmullo de las conversaciones y al hombre de pelo canoso tocando un nocturno de Chopin, conformaban todas esas maravillas tan características del café del hotel París, mi lugar preferido. Noté que Karel me seguía mientras me acercaba con mis tacones altos y la cabeza hundida en el cuello de piel de mi abrigo. Sus ojos eran como unas ventanas en una habitación oscura. Di la vuelta a la mesita y me incliné para besarle en la mejilla; la encontré recién afeitada y tuve la impresión de besar a una mujer.

—Tengo algo para ti —dijo, y colocó frente a mí un paquete envuelto en papel de regalo. Dejé mi abrigo en una silla, me senté con cuidado para que no se arrugara mi nueva minifalda, y me puse a quitar el celo del regalo para no rasgar el papel; luego deshice la cinta roja y finalmente quité el papel navideño. Hubiera querido guardarlo todo, aunque sabía que no sería así: no deseaba revelarle más detalles de mis sentimientos que los necesarios.

—*Los maestros antiguos*, ¿sabes? —Karel inclinó la cabeza significativamente como si quisiera decir: «Ya sabes a qué me refiero».

—¿*Los maestros antiguos*? —repetí mirándolo tras haber echado un vistazo a la portada del libro, en la que la Venus de Veronese, con sólo un collar de perlas, bañaba sus pies en un riachuelo.

—El otro día me escribiste sobre ellos, ¿no lo recuerdas?

La memoria de aquel día se volvió nítida. Hacía aproximadamente un mes había visitado en la Galería Nacional las salas de los maestros antiguos holandeses. Aquel día le había enviado una postal con la cabeza de un anciano de Tintoretto: «Aquí, entre los maestros antiguos, pienso en ti». Y ahora me regalaba *Los maestros antiguos* para Navidad. Porque gracias a ellos pensé en él.

Un señor alto de melena blanca entró en el café, conduciendo a una rubia frágil de falda larga hacia una mesa. Con experta galantería la ayudó a sentarse a una mesita vecina, y luego calentó los dedos helados de ella con su aliento.

—¿*Los maestros antiguos*? —Levanté las cejas con fingida sorpresa—. ¿Y por qué? ¿Si no me gustan!

—No te... —no acabó la frase—. No entiendo.

—Bueno, no me gustan, ¿no te lo he dicho? —Aparté el libro.

Guardó silencio. A mí tampoco se me ocurrió qué decir.

—He visto tantos maestros antiguos en mi vida, con mi abuela y con mis tíos, que ahora prefiero lo contemporáneo, nuestra época, lo actual —expliqué.

De un vistazo comprobé que le había hecho daño. Ahora llevaba el cabello más corto, comparado con aquella melena que lucía cuando nos habíamos vuelto a ver y yo tenía diecisiete años.

Había sucedido en una fiesta que celebraba un concierto del cuarteto de cuerda del que Karel formaba parte. Me había reunido allí con un amigo; yo llevaba una minifalda negra, medias amarillas de fantasía que me había traído mi madre de un congreso científico en Viena, y unas botas negras hasta la rodilla, regalo de mi padre a su vuelta de un simposio en Berlín occidental. El amigo me había puesto el brazo sobre los hombros, y en mi recuerdo aparecía también una morena de pronunciadísimo escote, además de otras personas. Se nos había unido, después de un largo rato, el joven violonchelista: había estado rondándonos, sonriéndome apenas. La joven del escote había entablado conversación con él, pero no había conseguido arrancarle más que monosílabos. Luego, le había dado la espalda para acercarse a mí y referirse con timidez al libro que sobresalía de mi bolso, la novela breve de Henry James, que yo leía en checo y él nombró en inglés, *The Beast in the Jungle*.

—La leí hace tiempo, pero aún la llevo grabada en la cabeza.

—¿Por qué precisamente esta novela? —había preguntado yo.

—John Marcher, el protagonista, no supo reconocer lo más importante de la vida cuando lo tuvo frente a él por un instante. No reaccionó, y lo perdió todo.

—¿Qué perdió? Aún no he acabado el libro.

—La vida.

—¿La vida?

—Sí. La vida.

—¿Murió?

—No, no murió. Pero perdió toda su vida.

—¿Es posible que por un instante inadvertido pierda uno toda la vida?

Me había alejado con Karel del grupo para escuchar su análisis de la novela, y lo que yo había leído en tiempos muertos, en el tranvía o antes de ir a dormir, una insignificante aunque agradable novelita, en aquel instante surgió ante mí como una obra maestra.

Y ahora Karel estaba sentado frente a mí en el café navideño, en vez de una camisa de verano llevaba un jersey verde —que se habría puesto para resaltar el color de sus ojos— y, perplejo, posó su mirada sobre el regalo que yo acababa de maltratar.

Durante un instante estuve pasando las páginas de *Los maestros antiguos*, luego acaricié con mis dedos la Venus de la cubierta.

—Maravillosas reproducciones... Voy a dejar ese libro en mi mesita de noche para tenerlo siempre a la vista.

—¿Así que lo quieres?

¡Cómo había podido ofenderle tanto! Cuántos hombres en el mundo serían lo bastante perspicaces como para reaccionar así: si los maestros antiguos te han hecho pensar en mí, entonces les rindo homenaje.

Esbocé una sonrisa pensando en lo que me había dicho una vez, posiblemente en nuestra primera cita: «Soy taciturno y ensimismado, además de neurótico». Miraba en esos ojos el color del jersey, y cuando ya no pude sostenerla más, la desvié hacia la calle: los hombres y las mujeres en sus largos abrigos negros, bufandas multicolores y melenas ondulantes deambulaban con paso de danza.

—El otro día vi en un café a una chica que leía a Henry James —dijo, casi adivinando mis recuerdos.

—Bueno, ¿y qué tiene de especial? —dije sorprendida.

—Es agradable ver a una joven atractiva leyendo una novela que representa mucho para uno. Cuando se fue al lavabo, le dejé en el libro una nota diciéndole que me gustaría conocer su opinión, y que le dejaba mi teléfono por si quería llamarme. No lo hizo.

—Pensó que querías conocerla, está clarísimo.

—Si esto es lo que pensó, ¡habría sido mejor que me llamara!

No debía haber dicho eso: la ligereza de su declaración violaba las reglas del acercamiento amoroso, desplazando nuestra relación al territorio de la amistad. Me daba cuenta de que lo que me había molestado no era tanto su deseo de conocer a otra mujer como que usara el mismo método que había utilizado hacía años para ponerse en contacto conmigo. ¡Cómo podía trivializar así nuestro maravilloso, insustituible encuentro, pensé, si precisamente fue lo que había arrojado una luz mágica —como

un foco sobre el escenario— sobre todas nuestras citas posteriores en los cafés y en las tabernas!

—Es broma —dijo Karel de prisa, sin dejar de observarme—. La chica no era nada del otro mundo.

No se trata de eso, contesté mentalmente, pero no quise estropear la reunión y me adentré en *Los maestros antiguos*. Pero Karel siguió escrutando mi rostro, que tras una leve alarma, tenía otra vez una expresión de tranquilidad. Y advertí que se estaba preguntando si me había tranquilizado porque me aseguraba que esa chica no era nada especial. Sí, era eso, en efecto: un relámpago en sus ojos delató que por fin había encontrado un punto flaco en mí.

—Mira ese cuadro. —Le enseñé el autorretrato de los últimos años de Rembrandt con la cara deshecha como una seta putrefacta, mientras yo seguía con mis reflexiones: «Qué bien ha elegido este libro para mí, me conoce a la perfección». Y recordé de nuevo nuestro primer encuentro, después de años, como un buen augurio de la relación futura, plena de comprensión excepcional, de poesía, como la obertura de una ópera rebosante de briosas arias cantadas por un tenor y una soprano prodigiosos.

Karel no me quitaba la mirada de encima:

—El otro día en el autobús vi a una jovencita que leía los poemas de Baudelaire y casi se le pasó la parada donde tenía que bajar.

¿Por qué empieza de nuevo? ¿Por qué se empeña en hablar de otras mujeres parecidas a mí porque son lectoras? Oculté mi mal humor mientras le decía:

—¿Y qué?

—¿Y qué? Cuando estuve a punto de dirigirme a ella, la chica bajó del autobús.

Cuanto más buscaba mi reacción, más sosegado le debía parecer mi rostro. Karel anhelaba tanto descubrir una señal de disgusto como prueba de unos celos delatores de mi sentimiento amoroso que, sin darse cuenta, cometía un grave error: al hablar de otras mujeres, y sobre todo de otras lectoras, restaba singularidad no sólo a mí y a nuestro encuentro después de tantos años, sino también a su propia iniciativa en ese encuentro, o sea, a sí mismo.

Me encogí de hombros. El hombre sentado ante mí había acabado de manchar la luminosa pintura que retrataba la escena de mi recuerdo. Otra vez levanté los hombros con fingida indiferencia para ocultar mi enfado.

Pero, evidentemente, no vio más que la indiferencia del gesto, de modo que prosiguió:

—En el tranvía me he fijado muchas veces que los hombres suelen leer el periódico y las mujeres novelas, a veces incluso libros valiosos. El otro día, por ejemplo, descubrí a una muchacha que leía ensayos, ¿sabes de quién? Nada menos que de Albert Camus. Notable, ¿verdad?

—Ajá. Tal vez era una estudiante —dije contemplando mentalmente cómo desaparecía el cuadro de nuestro encuentro, siempre luminoso en su singularidad,

bajo una capa de grisura banal.

—No lo creo —dijo él, y vi que intentaba ocultar su alegría al percibir una señal de desaliento en mi cara—. Es cierto que la chica era joven, pero no parecía una estudiante. Llevaba tacones altos, iba perfumada; no, una chica tan femenina y atractiva sólo podía ser una peluquera. ¡Qué mérito!, me dije y...

—¿Tomarás más vino? —lo interrumpí. Tenía que decir algo. Y es que la aureola del cuadro iba desvaneciéndose, ya sólo quedaba una pincelada. No era posible salvarlo, era ya una de esas pinturas adocenadas que no sacan a nadie de su apatía.

—¿Vino? ¡Sí, quiero más vino, desde luego! —afirmó con una alegre suficiencia que nunca había advertido en ese hombre tímido cuyo tierno y silencioso aislamiento me había enamorado. Reconocí que esa ligereza crecía en él a medida que disminuía en mí.

El camarero, vestido de negro y blanco, puso frente él una copa de vino. Me sentí cansada. La imagen de la celebración ya no volvió. Me parecía que la trivialidad de las palabras de Karel, esa retórica de un joven que adopta el papel de seductor, embadurnaron toda nuestra velada. Esa torpeza se añadía a las misteriosas llamadas nocturnas que había recibido cada vez que yo lo visité en Most, a esos extraños pijamas femeninos y cremas hidratantes que yo había hallado en su habitación, y empecé a sentirme cansada. Harta.

Me moví nerviosamente en la silla:

—Alguien debería rodar una película titulada *Seducitor de lectoras* —dije con una carcajada. Carcajada, sí: la había encontrado en mi interior y le había ordenado que se manifestara. La carcajada había obedecido, pero de mala gana y con violencia.

Pasé los dedos por la portada lisa y suave de *Los maestros antiguos*, luego la abracé con mi palma como si fuera un cuerpo.

—No está mal como tema de una película —dijo Karel, satisfecho consigo mismo. Cogió *Los maestros antiguos* de mis manos y se puso a hojear el libro, con cara de alegría.

La pareja de la mesa contigua se puso de pie, el señor de la melena blanca ayudó a la mujer a ponerse el abrigo y, abriéndole la puerta, la invitó a salir. El aliento helado de la gran ciudad se introdujo en el café.

—¿Sabes a qué me recuerda esta Venus? —dijo Karel con los ojos en la portada mientras yo me ponía un guante rojo con rayas negras.

Enmudeció al ver que me levantaba. Me eché el abrigo sobre los hombros y me despedí de Karel con un beso en los labios. Frente a la puerta de cristal del café la pareja que me había precedido esperaba a que el semáforo se pusiera verde. Y entonces me di cuenta de que había olvidado mi regalo de Navidad. ¿Debía volver a recogerlo?

Una vez en la calle me volví para cerrar la puerta, y vi que Karel me miraba con espanto, que el beso le quemaba en los labios y que su palma acariciaba la lisa portada del libro, al igual que había hecho yo hacía sólo un instante. Me deslumbró el

brillo nocturno de la plaza de la República vestida de Navidad, y ya no vi nada más que luces y movimiento.

Y no fue hasta después de mucho tiempo cuando, agitada y entristecida, constaté que había olvidado ponerme el guante derecho.

Medio dormida me vi a mí misma con un solo guante, retirándome de la cita, después de la cual Karel se alejó de mí, de ese encuentro que él había planeado durante tanto tiempo y que durante semanas había esperado con ilusión... Medio dormida me vi a mí misma, alejándome de ese café modernista donde Karel me había esperado con su regalo..., yo llevaba un guante rojo a rayas negras..., suavemente me dejé ir y mi mano derecha estaba helada, el viento soplaba entre mis dedos desnudos, hasta que dejé de sentirlos y un sueño álgido me llevó arremolinada entre la nieve.

Escondido en los muros
este jardín me brinda
sus ramas y sus aguas
de secreta delicia.

Luis Cernuda, *Perfil del aire*

Entre la nieve aguada apenas se distinguían las personas. Me dirigía hacia el centro comercial de Praga, que aquel día se había vestido de plata húmeda. Crucé el Puente de las Legiones; en esa grisácea luz aperlada el Castillo de Praga parecía flotar en el cielo. Pasé de largo el Teatro Nacional, caminé un rato por la avenida Nacional y me desvié hacia unas calles estrechas, como si la noche estuviera a punto de caer de tan oscuras, y entré en una tienda con un rótulo que anunciaba encima de la puerta: librería de ocasión, y pedí:

—Un libro de Jan Patočka, por favor.

—¿Patočka? —se extrañó el vendedor—. No, no tenemos ningún libro de Patočka.

—¿Ninguno?

—Es un filósofo prohibido, ¿no lo sabe?

De modo que me dirigí a otros locales y cada vez escuché la misma respuesta pronunciada en voz baja, cansada, como las nubes claras y oscuras que ya hace meses penden sobre Praga:

—No, señorita, no lo tenemos.

—¿A Patočka? ¡Ni hablar!

Visité cuatro librerías de viejo diseminadas en distintos rincones de la ciudad, y para llegar a la quinta debí volver a encaminarme por el Puente de las Legiones para pasar a Malá Strana; el Castillo de Praga brillaba como en un cuento de hadas y, plateado, flotaba y presidía la ciudad, inaccesible, intocable. La quinta librería se situaba en la calle Újezd, cerca de la casa de mi abuela, donde yo ya vivía de manera permanente.

—¿Patočka?

El librero me miró largamente sin contestar a mi escueta pregunta, siguió contemplándome con sus tímidos y fatigados ojos, y al final levantó un dedo y lo dejó así, suspendido en el aire, señalando al cielo.

—¿Perdón? —le pregunté.

El vendedor repitió el mismo gesto.

Sin comprenderlo del todo, salí a la calle y subí por el parque de Petřín, cruzando el Jardín del Seminario, hacia la cumbre, ascendí cada vez más, pasando por el monumento a Neruda, salpicado de nieve, y por la estatua en movimiento de Mácha. Ya había dejado atrás incluso el balcón de Nebozizek y aún seguí hasta el monasterio de Strahov, donde una señora parecida a mi abuela me mandó con un gesto de sus enguantados dedos en dirección al Castillo y en él, la Callejuela de Oro, porque allí... la dejé sin acabar la frase, y un instante más tarde ya pasaba entre dos líneas de casas de color rosa y celeste y amarillo y lila, casitas minúsculas como si allí vivieran muñecas, y me dirigí a una, la más pequeña, con una chimenea renacentista.

Quedé inmersa en densas tinieblas y, mientras intentaba orientarme, dirigí mi pregunta a alguien o algo que se movía en la penumbra. Y entonces escuché una plácida voz maternal que susurró en el mismo tono de los demás librereros:

—Sí, señorita, allí, en aquella estantería arriba a la derecha tenemos un libro de Jan Patočka, cójalo usted misma, por favor, porque me duelen las piernas, esos gruesos y húmedos muros del castillo me causan reuma.

Y sin ninguna dificultad, alargando la mano alcancé el libro anhelado. Le conté a la señora que había cruzado toda la ciudad buscando algo de Patočka, el gran filósofo de nuestros días, cualquier cosa, porque quería regalárselo a mi abuela, en cuya casa yo residía ahora que mis padres se habían marchado. Mi padre con su alegría y solicitud y mi madre con sus eternas prisas y su nervioso compañerismo ya no vivían en Praga, se marcharon como muchas personalidades de las ciencias y las letras tras la invasión soviética, a Occidente, y en el caso de ellos, a Canadá. Habían querido que les acompañase, pero yo no deseaba ni podía abandonar a mi abuela, ni el piso de Karel con sus viejas partituras y libretas llenas de notas, repletas de composiciones, a pesar de que Karel me había abandonado, o tal vez precisamente por ello. Me mudé a casa de mi abuela con dos maletas de las que extraje una minifalda amarilla y otra roja, varias camisetas y jerséis negros y una docena de minúsculas braguitas multicolores, y sobre todo libros de la casa que Karel había abandonado por mi culpa y por culpa de los tanques soviéticos, cuya presencia Karel había sido capaz de anticipar, como la vejez y la muerte de las jóvenes.

—Jan Patočka. ¡Qué filósofo y qué hombre, qué ejemplar postura ética! Me costará despedirme de él... Esta librería está suspendida sobre la ciudad, sobre la gente, sobre la vida. Es como los jardines colgantes de Semiramis... —y al cabo de un instante, para tomar aliento, la anciana añadió susurrando—: Tal vez por eso las autoridades no la controlan tanto como las demás y por eso a veces hay incluso libros como éste, los eliminados de las bibliotecas tras la invasión del 68, e incluso libros prohibidos retirados después del golpe de Estado del 48.

Capas de polvo caían de los cantos, y yo las apartaba soplando, con mi bufanda y los dedos, para poder coger esos ejemplares magníficos de páginas amarillentas. Con manos temblorosas sostuve dos tomos de *Las mil y una noches*, con antiguos grabados y aguafuertes, y al lado de ellos hallé el poema de Gilgamesh, impreso en alemán antiguo. Casi no respiraba para no esparcir con mi aliento el polvo, como el vello blanco de los dientes de león. La voz de la anciana también temblaba, aunque de vejez, cuando me dijo:

—Usted, joven, sería la persona adecuada para continuar mi trabajo aquí en la librería. Sufro de reumatismo en las rodillas y en los dedos, y ya no aguanto mucho tiempo de pie para quitar el polvo.

—¿Y por qué precisamente yo?

—Usted sería la persona idónea para esos libros porque usted los trataría con el cariño y la solicitud que se merecen.

Y yo sabía que al día siguiente ya no acudiría a mi trabajo, que no llevaría las cartas a la gente y no distribuiría la correspondencia en los buzones, que ya no vería aquellas caras preocupadas o alegres, porque directamente de aquí iría a la oficina de

correos para pedir la rescisión de mi contrato.

Y dije:

—Sí, señora, mañana vendré.

Y sabía que al día siguiente llegaría aquí y tomaría las llaves de la librería de ocasión de las manos de esta anciana, como un corredor de fondo que recoge de otro el relevo. Esta cueva donde se conservan grandes tesoros...

Durante más de cinco años, cada mañana subí hasta la cumbre, durante decenas de meses y centenares de semanas, como Ariadna, devané el hilo de mi ovillo por un camino distinto, uno de los numerosos que llevan al Castillo de Praga, a esa montaña donde se amalgamaba lo mejor con lo peor, toda la belleza y el arte de la Europa meridional y toda la inteligencia y el saber de la Europa central, pero allí también estaba la sede del poder nefasto que cada día sofocaba todo lo creativo e inteligente que este país posee, tanto que para lograr extinguirlo necesitaba aplastarlo con todo su peso.

Pero yo sabía muy bien que el poder no había podido extinguir todas las brasas, lo vi cada día en el nido de libros que protegía, pues casi a diario venía a mi librería algún intelectual disidente, esos cristos que protestaban contra el régimen a pesar de los castigos. Les daba la bienvenida a esos conmovedores hombres de chaqueta verde con capucha que me recordaban las túnicas de los apóstoles; a esos de sonrisa melancólica que había retratado Piero della Francesca y a los que había visto no sólo en Florencia, adonde me llevó una sola vez mi abuela, sino también en la contigua Galería Nacional; apóstoles de la Praga de nuestros días, de sonrisa nostálgica, melena rubia y barba pelirroja; hombres con la tristeza en los ojos y la ironía en los labios; muchachos y estudiantes envejecidos que a sus cuarenta y hasta cincuenta o sesenta años se comportaban como adolescentes, parecidos al *Sabio* de Rembrandt de la Galería Nacional, a quien su amplio saber e infinita comprensión transforman en hipersensible y vulnerable. Así eran esos hombres con tejanos y melenas hasta los hombros. Solía ver también a mujeres y muchachas con rostros como los de las Vírgenes de Bellini y las ninfas primaverales de Botticelli, como madonas góticas y renacentistas; mujeres contemporáneas también de largas faldas multicolores y blusas anaranjadas y celestes, colores predilectos de los maestros antiguos italianos. Ellas esbozaban una sonrisa dulcemente nostálgica, como sus amigos y enamorados y amantes. Eran sonrisas de personas que habían decidido ir a contracorriente enfrentándose al poder totalitario y vivir de modo verdadero y aun así llevar a su manera una vida singular y sustanciosa, vivir en un país dictatorial con la palabra griega *democracia* a flor de labios y la palabra eslava *svoboda*, «libertad», en la boca; pero carecían de brillo en los ojos, el de la esperanza de que un día podrían vivir ambos conceptos en su país.

Esas conmovedoras y tímidas personas, salidas de las telas de Antonello da Messina y Giorgione, vivían en sus subsuelos y escondrijos, en ratoneras y

cuevecillas como la mía, y se reunían para pasar unas horas conversando mientras tomábamos el té que preparaba para ellos, para esconder sus manuscritos detrás de los libros en las estanterías, las páginas de una novela a medio redactar, un ensayo filosófico o un libro de poemas de temas prohibidos, para confiarme la lectura de su manuscrito y, tal vez, incluso que les mecanografiara varias copias con papel de carbón.

Y viviendo entre todos ellos y los libros me sentí rica, yo que no tenía nada, yo que no era nada.

Yo que no tenía nada, yo que no era nada, no contaba ni con pasaporte: me lo habían confiscado durante una pesquisa en busca de manuscritos ocultos de los disidentes. Y los encontraron. Mi abuela llevaba aquellos textos al editor que dirigía una editorial *samizdat*, «clandestina», dedicada a publicar relatos y novelas y poemas prohibidos, un señor de gran bigote, melena despeinada y porte de campesino de Moravia, de suave y melódica voz de trovador provenzal. Mi abuela, en aquel entonces, se dedicaba a eso, a preparar copias de los manuscritos de novelas tristes: después de transcribirlas las llevaba a lectores que sólo disponían de veinticuatro y a veces no más de doce horas, para leerlas antes de pasarlas al próximo lector de la lista.

Así que no podría viajar. Y es que había recibido... una postal de París: «Te deseo todo lo mejor desde el Nuevo Mundo». Nada más. Era la letra de Karel. Pero a mí no me devolverían el pasaporte, y de todos modos tampoco tenía dinero para comprar un pasaje de tren. Una postal de París. Fue un acontecimiento, digno de celebración. No sabía si Karel me había escrito más cartas y la censura no las había dejado pasar o si simplemente no me había escrito; no había manera de averiguarlo. Una postal de París. Fue todo un suceso, pues Karel, por supuesto, no podía venir a Praga.

Pero sí podía subirme en el tren a Most. Una postal de París... Te deseo lo mejor... Te deseo todo lo mejor desde el Nuevo Mundo..., repetí mentalmente, mientras miraba desde la ventanilla el paisaje desértico, devastado, de las afueras de Most. ¿Por qué desde el Nuevo Mundo? Volví a mirar los paisajes, desolados como las fugas de Bach que Karel había interpretado para mí al violonchelo, y de pronto entendí que con esas dos palabras me comunicaba que había conseguido un puesto en una orquesta, que ya no sufría de agorafobia, que París lo había curado, que ahora tocaba las sinfonías de Brahms y de Beethoven, también las de Mahler; una orquesta tan grande que interpretaba incluso los poemas sinfónicos y las sinfonías de Dvořák, y poco antes la *Del Nuevo Mundo*. Y mientras tocaba esa novena sinfonía, fatal para los compositores y para los directores de orquesta y, por lo tanto, también para los músicos, Karel se había acordado de mí, él, entre los cincuenta o setenta miembros de una célebre orquesta de París, un pequeño violonchelista de la lejana ciudad de Praga.

En las calles de Most no había ese ambiente de irritada preocupación tan característica de las de Praga. Aquí todo era gris: las casas y los rostros indiferentes,

el paso cansado de los hombres y mujeres prematuramente envejecidos, la apatía de las interminables colas para comprar algo de fruta y verdura o carne, la aversión a los medios de transporte repletos, el desagrado de reunirse con el enamorado en los altos muros de los edificios prefabricados, que casi había olvidado porque mi mirada interior había visto durante todos estos años sólo el esplendor gótico y barroco y modernista de la ciudad real; de modo que rápidamente abandoné sus calles para salir al campo.

Decidida a ignorar los bosques de chimeneas y la pestilencia del aire sulfuroso y las grandes bocas de las minas y los paisajes devastados, que mostraban sólo alambradas de espino y rótulos que rezaban zona peligrosa-entrada prohibida, me concentré en un paraje donde aún quedaba algo de naturaleza, donde las nudosas ramas de los cerezos y las amplias ramas de los abetos me daban su solemne bienvenida; me di cuenta de que los escaramujos y dientes de león, las margaritas y campanillas comunes me resultaban más caras que el célebre Mediterráneo de belleza cegadora, me eran más preciosos que los suntuosos palacios venecianos, más queridos que los bailes versallescos y las noches florentinas. Con mirada cariñosa abracé las suaves cumbres de la extendida sierra en el horizonte, cuyos bosques moribundos sufrían la lluvia ácida desde hacía un decenio, pero me prohibí pensar más en ello, me concentré en disfrutar del paseo, y así el modesto escaramujo se transformó en una exuberante selva tropical, las ruinas de un muro bajo se convirtieron en la Gran Muralla china, y supe que no necesitaba ver la muralla verdadera ni selva tropical alguna, porque ambas parecerían raquíticas en comparación con lo que era capaz de apreciar en ese instante.

La imagen de unos helechos, que crecían en los rincones más sombríos entre los abetos, trajo el recuerdo de un caluroso día de julio.

Un soleado día de julio, cuando Karel cogió dos extremos de una manta azul y la extendió entre unos helechos de verde vivo, al pie de una colina donde, en la orilla de un riachuelo, crecían también lirios de los valles debajo de unos alfóncigos no muy altos. Echados boca arriba, a través del dulce, sereno movimiento de las ramas de los abetos cuyo vaivén parecía saludar nuestra excursión, contemplamos el cielo azulado mientras nos invadían los sonidos del mediodía estival: los abejorros, las golondrinas, las avispas, las cigarras y el sonido de las ramas en la brisa, la alegría del riachuelo.

Al salir del agua, advertí que Karel había aprovechado mi ausencia para quitarse el bañador. Sabía que se trataba de un reto para que yo hiciera lo mismo, pero no hice nada. Me senté a su lado con mi biquini blanco.

—¿Qué estás leyendo, Karel?

—Flaubert, siempre Flaubert.

—¿Todavía?

—Lo necesito, es mi primo hermano.

Y tras decir esto fue a sentarse a la orilla.

Muy cerca, en una brizna de hierba, se posó una libélula con su cruz de alas irisadas. Despacio, como una bailarina, volvió su cabecita hacia mí, mirándome a los ojos. Fijamente, con lucidez, sabía que me comprendía, que me conocía hasta el tuétano y que su mirada me comunicaba algo, que me encontraba en una vía equivocada, que me engañaba a mí misma, y yo quería saber más, pero el silencio de la libélula era un mensaje tácito. Me transmitió que el hombre con su racionalidad es un monstruo en el reino animal, que hay otra manera de comprender las cosas y esa otra manera es la justa, la correcta. Su mirada me dejó perpleja. «Has perdido la orientación, Eva, la vida está en otra parte, toma conciencia mientras estás a tiempo, porque la vida no espera». Lentamente, abrió sus dos sedosos abanicos y salió volando para quedarse suspendida sobre el riachuelo. Me sentí aliviada, e incluso con el calor del mediodía, estremecida.

Al regresar, Karel vio que seguía con mi biquini blanco. Paulatinamente, se acercó con la cabeza envuelta en una toalla, como un beduino de turbante azul celeste. No me miró a los ojos, como si no se atreviera; en su mirada y en sus labios traslució la timidez; sostenía un ramito de nomeolvides, dientes de león y una ramita de fresitas del bosque, pero tampoco se atrevió a dármelos, luego los colocó a mi lado en la hierba. Se sentó de modo que yo no pudiera ver su desnudez —dulce y suave, ya me había fijado en ello—. Tenía que interrumpir el silencio como fuera. Dije con fingida ligereza:

—«No preguntes, sólo sé», eso suele decir mi abuela en los momentos difíciles, es la esencia de la filosofía hindú. ¿Qué te parece?

Y pensé: «¡Vaya cháchara!».

Él contestó en voz baja:

—Un poeta dijo que la mayoría de las personas no quieren nadar antes de saber.

«Y charla que te charla», volví a pensar.

Karel había dicho eso para huir del silencio, como yo antes. Del silencio, que yo ahora tanto deseaba. Callar juntos. Acercarnos callando. Ahora fue Karel quien se esforzó por interrumpir el silencio a toda costa:

—Hermann Hesse lo comentó así: la gente no quiere pensar, la gente está hecha para vivir y no para pensar. Y el que piensa y lo convierte en su principal razón de ser, ha cambiado la tierra por el agua, y un día se hundirá en ella. —Karel guardó silencio, pero enseguida prosiguió—: Hesse. Léelo, Eva. Escribió que cada época, cada cultura, cada tradición tiene su estilo, su propio refinamiento y su propia rudeza, su belleza y su crueldad, y considera que algo de sufrimiento es natural y resiste pacientemente algunos males. ¿No te parece que la vida se convierte en un verdadero sufrimiento cuando se cruzan dos épocas? Estoy convencido de que el hombre de la antigüedad, obligado a vivir en la Edad Media, hubiera perecido miserablemente, al igual que hubiera perecido un salvaje en nuestra civilización actual. ¿Sabes?, hay tiempos en los que toda una generación se encuentra atrapada entre dos épocas, dos maneras de vivir, que pierde toda moralidad, toda la seguridad e inocencia.

«Menuda paliza», pensé. Lo había escuchado de mala gana, resentida. Pero no dije nada. Y deseaba que él no hablara tampoco.

Karel intentó tapar su desnudez con sus rodillas. Luego dijo:

—¿Nos vamos? No quiero llegar a casa demasiado tarde.

Pero siguió sentado. Me levanté y de prisa aireé la manta para doblarla y guardarla en la bolsa mientras procuraba ocultar mi cara para que no advirtiera mi decepción.

—Caminemos a lo largo del riachuelo —dijo.

Cuando me dirigí directamente a la estación para coger el tren con destino a Praga, Karel me dijo:

—Ven, vamos a tomar una limonada o una cerveza.

—Mejor que te vayas a casa a lavarte —respondí.

—No tengo prisa.

Pero yo deseaba estar ya sentada en el vagón para mirar cómo dejaba atrás el paisaje, con Karel, y dirigirme a Praga, lejos de aquí. Al subir, Karel me rogó en voz baja:

—Envíame una postal. Cuando veas algo hermoso, envíame una postal desde allí.

Karel me dio un beso en la mejilla, o más bien unió su mejilla a la mía, en un gesto conmovedor que me abrazaba entera.

Me sentí vacía, se apoderó de mí una rabiosa frustración, y cuando por la noche el tranvía me llevaba de la estación a casa, sentí una aspereza digna de solterona. Y luego, tomándome una taza de té bajo la luz amarillenta de una lámpara de pie y contestando a las preguntas de mi abuela sobre Most, sentí un regusto agrio en la boca.

Con la boca llena de fresas del bosque, ahora volvía de nuevo a Most, entregada a viejas imágenes que parecían felices pero que en aquel entonces no habían resultado gratas. En Most compré dos postales, las menos feas, y en la estación me dispuse a depositar las dos con el mismo mensaje en un buzón anaranjado. De hecho sólo le escribí a Karel. Pero de modo automático copié el mismo texto, sin poner en él ningún pensamiento y menos aún emoción, en la otra postal, para Milan. En el último momento, cuando ya estaba soltando ambas en las oscuras entrañas del buzón, me di cuenta de que no estaba bien, de que no era correcto escribir el mismo mensaje a dos personas distintas, de que mi abuela nunca hubiera cometido una falta parecida, y además, de que algo podía pasar, en ese momento no sabía qué, pero algo grave podía suceder por culpa de mi mala educación y falta de sensibilidad, aunque ya era muy tarde para enmendar el error.

Desde Most, ciudad inmersa en una niebla de humos tóxicos, recuerdo nuestros momentos juntos como una vista, desde un oscuro inmueble, a un soleado jardín invernal. Tuya,

Eva

Karel no respondió. Casi siempre se expresaba con el silencio. «Soy taciturno,

solitario y neurótico», me decía siempre. O tal vez había contestado, pero el censor no me quiso entregar su carta.

Milan me contestó con una postal de los puentes del Moldava: «¡Vaya bochorno estos días! Voy a refrescarme al cine». Sonreí. Milan era lo que los franceses llamarían un *déclassé*. Se había alejado de su ambiente social habitual y no asimiló el nuevo. Me reí en voz alta. Mi abuela, que con unas plumitas quitaba el polvo de unas copas de cristal de Bohemia, unas garrafas de Murano y un antiquísimo juego de té de Sèvres, me miró con perplejidad.

Me miró con perplejidad mientras preguntaba: «¿Tú también has venido?». Me pasó por la cabeza la duda sobre el verdadero riesgo de asistir, sin embargo, ¿tan extraña le parecía a la violonchelista Markéta verme entre intelectuales disidentes, a esa mujer que nunca, nunca hablaba porque lo decía todo con su música? Ambas cosas eran ciertas, aunque no pensé más en ellas y me dejé llevar por la melodía del *Concierto en re mayor* de Josef Haydn, que se amalgamaba con la luz plateada desde la calle: era la nieve que caía al otro lado de la ventana. A través del cristal distinguí, en la calle, a negras figuras presurosas y a otras que se arrastraban como sombras a lo largo de la hilera de las casas, todas inclinadas hacia delante, como si cargaran pesadas bolsas, como si no quisieran hacer lo que hacían, como si desearan estar en otro lugar, y sin embargo estuvieran obligadas a continuar, sin mirar a los lados como caballos de carga, hacia un objetivo indefinido, en absoluto atractivo y que carecía de sentido. La luminosa serenidad del «Adagio» de dicho concierto, tocado en medio de esa Praga donde pendían los carámbanos de todas las ventanas y todos los tejados, presentaba un contraste curioso. Abrí los ojos y constaté que no era Karel quien tocaba, sino una violonchelista morena con el hermoso nombre de Markéta. Con sus grandes y claros ojos grises no miraba a su entorno sino en su interior y en el interior de la música, como yo solía contemplar mi librería, mi privado jardín de invierno, mi voluptuosidad particular.

Y tras concluir, le conté a Markéta que yo ya no compraba entradas para escuchar los conciertos de la Primavera de Praga con mi abuela en el palacio de Rudolfinum, ni en el palacete de la isla de Žofín. Ahora el festival me resultaba ajeno y prescindible, y le guardaba rencor, pues decenas de virtuosos del violín, del piano y del violonchelo, decenas de célebres directores de orquesta de todo el mundo podían exhibir su arte, mientras que ella debía limitarse a tocar para los invitados que no tenían miedo a reunirse en casa de unos perseguidos por la policía secreta. Markéta se inclinaba sobre su instrumento en una sala en la que cada vez había más sillas vacías después de que sus ocupantes habituales hubieran decidido emigrar: brillantes artistas y músicos, célebres escritores y pensadores, grandes científicos a los que las autoridades habían arrojado de nuestro país. Durante un descanso, un escritor prohibido leyó sus *Cuentos con surtidor*, y durante otra pausa otra escritora prohibida leyó sus cuentos sobre los árboles; el escritor que siempre iba despeinado recitó sus poemas en prosa, y todos bebimos vino de Moravia para ser capaces de sonreír con

soltura, coquetear, mirarnos lánguidamente y soltar carcajadas como si fuéramos libres y alegres.

La melodía de Haydn volvió, pero debajo de su deliciosa y animada superficie yo percibía una infinita melancolía que me hizo pensar en el hecho de que Joseph Haydn, en la corte de los Eszterházy, no comió en el cenador con los señores, sino en la cocina con el servicio. Y la melancolía de Haydn me llevó, por un instante, a Florencia.

Antes de que Karel se marchara a París mi abuela consiguió milagrosamente, para ella y para mí, un pasaporte con un visado italiano, lo que nos permitió visitar a sus parientes en la ciudad de las iglesias de mármol rosado y blanco. Visitamos todas las iglesias y galerías y palacios preguntándonos cuál era la pintura más hermosa de todas. Durante dos semanas paseamos comparando a Rafael con Miguel Ángel, Fra Angelico con Ucello, Filippo Lippi con Filippino Lippi, hasta que encontramos el cuadro más bello de la ciudad y tal vez del mundo...: *La anunciación* de Leonardo.

Satisfechas, entramos en una tienda, mi abuela llevaba un vestido y sombrerito negros, con un discreto velo sobre su pelo blanco, y yo vestía minifalda, botas altas y jersey blancos, con dos colas negras sobre las orejas que se balanceaban a cada lado de mi cara. Así entramos llamando la atención de todos en esa tienda de pianos blancos y negros, y enseguida se arrojaron sobre nosotras tres vendedores preguntándonos qué deseábamos, a lo que respondí en checo: «¡*Struny!*», ¡«cuerdas»!, mientras mi abuela tradujo con presteza *corde* y siguió hablando en italiano. Yo registraba mi bolso buscando un trocito de papel lleno de letras y números, enviado por Karel con el encargo.

Cuando salimos a la calle bordeada de estatuas de jóvenes vestidos y desnudos sobre pedestales, mi abuela soltó una carcajada, tanto la divertía el hecho de que Karel me hubiera pedido que le comprara cuerdas nuevas en Italia, pues en Praga, e incluso en Most, según me explicó mi abuela, hubiera podido comprar unas igualmente buenas a mejor precio. Siguió desternillándose mientras yo me mantenía seria, caminando orgullosamente por las calles de Florencia con la reciente compra en mi bolso blanco que, colgado al hombro de una cadena plateada, se balanceaba siguiendo el ritmo de mis dos coletas. Sabía que Karel, al tocar aquellas cuerdas con su arco, teñiría su música con el color de mis ojos y la forma de mis labios, con mi sonrisa y mi manera de andar, y a su vez la música entraría en mí.

Una música que Karel tocaba con seriedad e introspección, del mismo modo en que Markéta interpretaba a Haydn, y al igual que esa mujer rubia que se sentaba a mi lado, dedicada a pasar a máquina las novelas prohibidas para una editorial ilegal y que, de tanto trabajar, tenía la muñeca hinchada y cubierta de vendas y la espalda encorvada.

Con la espalda encorvada e inclinada y una copa en la mano, estaba sentado

frente a mí. También me incliné sobre mi copa, pues prefería mirar el vino que a mi acompañante. Y Milan pidió más cosas: un pastel de nueces para él y otro de fresas con nata para mí. Mi mirada se deslizó por la ventana de la pastelería hacia un patio sucio y desarreglado de Malá Strana y pensé que tenía que dibujar esos dos cubos de basura. Oía la voz de Milan. Como no lo había echado de menos, no calculé cuánto tiempo hacía que no nos habíamos visto. Fue difícil reconocerlo, parecía un francés, o más bien un inglés. Cuando no estaba comiendo, cuando no estaba hablando, si no se lo examinaba detalladamente.

Estaba muy animado, dijo que tenía algo que contarme, enseguida, algo fuera de lo común. Narró su historia sin adornos, con claridad:

«Todo sucedió hoy a media mañana —me contó Milan—. El autobús se puso en marcha; me esperaba un cuarto de hora de viaje para llegar al trabajo. Por costumbre fijé la mirada en el periódico, pero al mismo tiempo no dejaba de pensar en las tareas que me esperaban en el ministerio. Repasé con la vista a los viajeros que tenía delante. Al cabo de un rato volví a mirar, y me di cuenta de que una mujer joven me observaba. Su aspecto era agradable, tenía el pelo negro y liso, la piel radiante de tan blanca, ojos marrones y la nariz respingona. Busqué a mi lado a las personas que podían haber despertado su interés, pero fue en vano. La joven me miraba a mí. Me observaba fijamente, sonreía.

»De repente, me resultó familiar. Sí, se parece a una antigua compañera de colegio y de instituto, hasta estuvimos juntos recogiendo patatas, creí recordar. Claro, ya está. Hace diez años que no la veo y por eso casi no la reconozco, pero no hay duda: esta muchacha es Eva. Durante el intercambio de miradas y sonrisas pensaba: “Qué mujer tan extraña, cuanto mayor se hace, más joven parece”. Comparada con las ex compañeras que a veces frecuento parece increíblemente joven.

»Me puse a recordar en qué circunstancias nos habíamos visto la última vez. ¿Fuimos a patinar juntos? Recordaba vagamente un grueso jersey blanco, unas botas blancas con patines sobre un fondo de hielo que alumbraban unos focos. ¿O bailamos en una fiesta de disfraces en la que ella vestía un sari? ¿O fuimos a ver una obra en uno de esos teatros pequeños de los que, hace diez años, había tantos en Praga? ¿No fue en el Teatro de la Balustrada? Y comimos allí una caja entera de bombones praliné. No. Eso fue con otra mujer. Realmente no me acordaba de los detalles. Cuando bajó la mirada supe que había que hacer algo: ¿tal vez levantarme y quedarme de pie frente a ella? ¿Debía dirigirle la palabra? Decidí no hacer nada, sólo corresponder a su sonrisa con la mía.

»Así pasamos varias paradas. En cada una subieron más personas y el autobús se fue llenando, pero el camino de nuestras miradas quedaba libre. Cuando cruzamos la calle Larga, se levantó hacia la puerta con un paso tan decidido que resultaba evidente que deseaba que la siguiera. Con gusto acepté su tácita invitación, sobre todo porque yo también tenía que bajar en la Plaza de la República. Y así quedamos cara a cara.

»Empecé la conversación como si nos hubiéramos visto el día anterior:

»—Hola, ¿adónde vas?

»—A Florenc. Aquí hago transbordo, debo coger un tranvía. ¿Y usted? ¿A su casa de campo?

»¿Por qué rae trata de usted, pensé, si siempre nos tuteamos?

»—No, no voy a mi casa de campo, tengo que ir al despacho. ¿Y tú? ¿Al trabajo? ¿Dónde trabajas ahora?

»En aquel momento me di cuenta de que Eva, la pobre, había suspendido los exámenes de ingreso a la universidad y que tal vez no tenía el empleo que hubiera deseado. Pero ya no podía arreglar mi metedura de pata.

»—Mi puesto deja mucho que desear, trabajo en una empresa como chica de los recados. Ya sabe, a los dieciocho años una no tiene ninguna práctica y cuesta encontrar un buen trabajo.

»Me quedé boquiabierto. ¡Si Eva es mi ex compañera de colegio! Y dice que tiene dieciocho años. De modo que hay diez años de diferencia entre nosotros.

»—Qué pena no haberme reunido entonces con usted en Brno —dijo.

»Me quedé callado. Ella prosiguió con nostalgia:

»—Usted ahora bajará y en su trabajo se olvidará de la pesadez de este encuentro.

»El autobús frenó. Pero antes de bajar aún tuvimos tiempo de intercambiar un par de frases de despedida.

»—Que tenga mucho éxito en su trabajo —dijo.

»—Lo mismo le deseo —contesté, y me di cuenta de que había pasado a tratarla de usted.

»Antes de alejarse, me miró con profunda tristeza.

»El resto del camino lo pasé pensando sin cesar en mi error: ¿cómo podía confundir a Eva con otra mujer? Era imposible confundirla. La última vez que había estado en Brno había sido hacía quince años, cuando mi compañera de viaje tenía tres. Evidentemente, yo era para ella la personificación de un sueño único. Me daba rabia no haberme dado cuenta enseguida y no haberle aclarado el error.

»Pero al cabo de un rato dejé los remordimientos porque empecé a pensar en las distintas opciones de continuar ese breve y extraño encuentro. Si me hubiera insinuado, si hubiera aceptado, nos habríamos ido juntos.

»Y entonces decidí poner en práctica una de esas opciones, la única realista, por eso te llamé, Eva».

Obnubilada por su historia, y casi flotando, conduje a Milan al patio que había visto desde la ventana de la pastelería, ya inmerso en las tinieblas. Ebria, empecé en el lugar donde había acabado la heroína de mi fantasía. Imaginándome como la chica del autobús que se me parecía, hice lo que habría hecho ella según sus gustos y su ingenio. No era yo, sino la joven del autobús la que abrazaba a Milan en un rincón del patio, la que rendía homenaje a un cuerpo hermoso entre dos cubos de basura.

Mientras ambos compartían el sabor de la nuez y de la fresa, dos vecinas entraron en el portal, hablando del pie que una de ellas se había dislocado en la calle Hellichova, en obras y mal alumbrada. La chica del autobús, o yo misma, con un gesto rápido bajó su falda y murmurando saludó a las señoras. Las saludé como una joven correcta y sin mirarlas.

—Buenas tardes —contestaron ellas, con voces espesas, como un coro fatigado.

Milan, con las huellas de las caricias de ambas mujeres, esperaba el tranvía en la parada. Subió para llegar a tiempo a cenar con su mujer y sus hijos. Por la plaza Malostranské el tranvía flotaba lenta y majestuosamente, y agité la mano en señal de despedida. Y cuando el tranvía giraba para ir por la calle Tomášká hacia el Moldava, aún pude apreciar que Milan se había sentado junto a la salida y había sacado un periódico de la cartera.

En la cartera llevaba los resultados del análisis: durante largas semanas no me había venido la regla. Y ahora no sabía si alegrarme. Pero Milan volvió a entrar, así, en mis días. Me sentí como un perro acogido por un dueño nuevo: me estaba acostumbrando a él, pero la nostalgia por el amo antiguo nunca se me pasaría. El vacío interior nunca se llenaría, y el dolor era a veces sordo, a veces punzante. Soy un perro fiel, me dije con sarcasmo. ¿Por qué son fieles? No sé. Tal vez porque, mudos, no pueden llegar a un acuerdo. Como yo.

¿Qué era Milan para mí? Me ayudaba, antes, a formar parte de la gente corriente. Pero ¿es posible que un marginado llegue a formar parte de un amplio colectivo? Todos nosotros, los que no simpatizamos con el presente régimen, y con más motivo aún los que simpatizamos con los disidentes e íbamos a contracorriente, a pesar de saber que teníamos razón, sufrimos de una profunda, arraigada sensación de inseguridad, culpa y marginación.

En la marginación de mi nido de águilas encima de la ciudad clasificaba y archivaba los libros y les quitaba el polvo. Durante un decenio estuve ordenando alfabéticamente las novelas, como una jardinera que cultiva huertos de gladiolos blancos, rojos y rosas, huertos de hortensias azules y lilas y margaritas blancas. Una década en la que subí de puntillas como una jardinera sin escalera que injerta las ramas de sus árboles frutales; una década en ese invernadero lleno de colores y olores, en mi jardín de invierno en el que cada tomo, por pequeño que fuera, tenía su perfume y su tonalidad musical; una década en que, de cuando en cuando, trasplanté esas flores de mi invernadero para crear otras configuraciones, imágenes y otros campos de color. Entonces me pasaba horas enteras ordenando los libros, me sentía como un pintor que, antes de salir a retratar Florencia o Praga, primero selecciona cuidadosamente los colores en su paleta.

En mi madriguera llena de calma, y entre gruesos muros renacentistas, cultivé flores y plantas en la ventana, la hiedra y los helechos me tapaban la vista del exterior

y cuando el viento sacudía las frondas, me imaginaba debajo de los viejos robles de Escocia y de las enormes encinas de Irlanda, cuando los rayos del sol tibio y tierno de la tarde besaban las hojas de la hiedra y de los helechos, veía el Nilo frente a mí, bordeado por palmeras juguetonas y poderosos eucaliptos que a su sombra escondían tesoros faraónicos.

Hacía una larga década que como un enamorado acariciaba los libros, cuyos autores escribieron con el deseo y la necesidad de enseñar algo novedoso, descubrir algo notable, comunicar algo extraordinario al mundo, o mostrar algún detalle bajo una nueva luz, con esa mirada que el autor tuvo sólo en un momento dado y nunca más, y que si no fijaba por escrito en un poema o reflexión o impresión, ésta se perdería para siempre. Hacía una larguísima década que apretaba mis manos y mis mejillas contra los lomos de los libros que habían pasado por la calidez de centenares de manos, y esa respiración acelerada ante algunos pasajes, esa tensión y esa admiración lectora, esos pensamientos y emociones, sus sonrisas, su ensimismamiento y su ensueño, todo eso entraba en mí; era Penélope que hilaba en su cuartucho sin necesitar las solemnes y lujosas salas de su palacio real, sin precisar a sus pretendientes, sin necesitar siquiera a su marido, en cuyo regreso había dejado de confiar y al cual, como es natural, había olvidado por completo. Del mismo modo, yo había dejado de confiar en la memoria de Karel, y menos aún en su regreso, no creía en la felicidad conyugal ni en la dicha familiar, no creía en un amor de toda la vida, no esperaba a Karel. No esperaba nada, no tenía nada y no necesitaba nada, y por eso era libre como una jardinera que cuida de su invernadero, cultivando palmeras, flores y plantas tiernas y de fogosos colores, de formas fantásticas, de voluptuosos perfumes.

Una mañana, mientras admiraba las formas y los perfumes de mi flora, sonó el teléfono. Me saludó Mirek, uno de los violinistas del cuarteto en el que había tocado Karel, prohibido y suprimido después de los cambios impuestos tras la invasión soviética. Sus miembros no encontraron más empleo que el de vigilantes, basureros, limpiacristales o fogoneros. La iglesia de Loreto en el Castillo de Praga aceptó a Mirek y a Martin como vigilantes nocturnos, y ahora Mirek me comunicaba con alegría que dentro de poco se acabaría su turno de esa noche.

—Sólo para ti, reina, vamos a dar un pequeño concierto matinal, con desayuno incluido —me tentaba.

Y yo ya me ponía el abrigo, mientras admiraba a Mirek, que incluso ahora, en esta época tenebrosa, había sabido sobreponerse a las adversidades.

Mirek, de frac, duchado, perfumado, fresco como si hubiera dormido toda la noche, me esperaba en la entrada del convento de la Virgen de Loreto y me guió quién sabe adónde por un laberinto de pasillos y escaleras. Martin, también de frac, abrió la puerta y con una reverencia me invitó a entrar en una habitación llena de un dorado sol invernal. Me senté en una silla de terciopelo y el sol, que acababa de salir

sobre los tejados, me deslumbró. Me froté los ojos: no era únicamente el sol lo que me cegaba, a mi alrededor brillaban cruces de oro y doradas custodias y biblias con inscripciones y toda clase de símbolos cristianos, estatuas de santos y estatuillas de angelitos, alas doradas e incensarios y receptáculos de agua bendita, cálices para el vino y bandejas para las hostias, todo envuelto en el fragante humo del incienso.

Entrecerré los ojos para descansar de tanta luz de alas doradas y grandes cruces repletas de enormes piedras preciosas, no sin antes recordar una mitra y un par de guantes pontificales, un candelabro de plata y un ostensorio decorado con perlas, un pacifical adornado con cristales y granates de Bohemia, decenas de rosarios de filigrana, un relicario con diamantes, tres cálices del gótico tardío y hasta un pequeño altar hogareño, renacentista, que parecía hecho para muñecas... Vi también a Mirek y a Martin, que flotaban entre el polvo, y como dos sacerdotes cubrían la mesa con platos y platillos, cuencos y recipientes, vasos, copas y tazas.

Y cuando mis ojos se acostumbraron al polvo de oro, al brillo y a los rayos del sol, me di cuenta de que Mirek y Martin habían puesto la mesa con un mantel blanco, un sedoso pañuelo indio, copas de cristal tallado y cubiertos de plata y, como el oro del Rin, una docena de huevos fritos. Mirek me sirvió dos en un plato de fina porcelana, y ambos se sentaron a saborear manjares exquisitos: patés y quesos, mantequilla e hígado de bacalao, pepinillos en escabeche y jamón de Praga. Eran como dos mariposas en blanco y negro encima de un prado repleto de abigarradas flores silvestres. Martin cogió con el dedo un poco de paté y me lo ofreció, y mientras lamía su dedo, aprecié el sabor de las finas especias; luego devoré el hígado de bacalao directamente de la palma de la mano de Mirek, luego Martin me ofreció un pepinillo directamente de sus labios. Al final terminamos sentados sobre la mesa entre los platillos y recipientes, tazas y copas llenas de vino de misa; como tres libélulas nos inclinamos unos sobre otros y, en un delirio culinario y un éxtasis de admiración mutua, saboreamos de palmas y labios todas esas exquisiteces, y ése fue nuestro desayuno sobre la hierba...

—Desayuno sobre la hierba —dije en voz alta con la boca llena de queso fundido con salmón. A Martin le brillaron los ojos y Mirek dijo con voz solemne:

—Atención, chicos, estamos en un templo de Dios, ¡moderación!

Al pensar en sus palabras me di cuenta de que una iglesia era para mí como cualquier otro lugar, porque en el colegio no nos habían enseñado a respetarlas, ni a los sacerdotes ni a la religión de nuestros antepasados. Enmudecimos los tres, pero Martin fue el primero en reponerse y empezó a desabotonar mi blusa para saborear de mis pechos *paté à la forestière*, aunque después jugó de modo algo extraño con los suyos: parecía que buscaba dejarlos fijos en su sitio. Lo miré con un interrogante en los labios y él, con los suyos grasientos, con voz dulce y melódica empezó a contarme que su mujer era actriz, y después de haber dado a luz sus pechos se habían encogido tanto que parecían dos ciruelas secas, de modo que le pidió a un cirujano que se los rellenara, y ahora, en la pantalla del cine o la televisión, el público se

deleitaba con sus voluptuosos pechos, rellenos como un pato asado con naranjas. A él, a Martin, le daban mala espina aquellos pechos porque a la hora del deporte y del amor y de hacer limpieza, esos senos acabados de estrenar se le metían a su mujer donde no debían: mientras su mujer pasaba la aspiradora, Martin no podía lavar los platos, planchar y menos aún limpiar porque se veía obligado a vigilar los senos, que se desplazaban alegremente al vientre, a los sobacos, a las clavículas... Y así Martin se había acostumbrado a ver los pechos de todas las mujeres como objetos que había que controlar y vigilar a cada paso para que no huyeran. En las pausas de su narración, Martin lamía un queso líquido de mi piel, en pequeñas dosis para que su degustación no estropeará la historia. La cabeza me daba vueltas de tanto brillo de dorados angelitos y cruces y alas, de modo que me tendí encima de la mesa y Martin y Mirek desayunaron directamente sobre mi vientre. Cuando acabaron de saborearlo todo como dos gatos, hasta tal punto que quedé inmaculada y como recién salida de las olas del mar, se lavaron las manos, se limpiaron las uñas con mucho esmero y se secaron los dedos con una toalla, y mientras yo reposaba tras nuestra misa negra, recostada en medio de platos, tazones, copas y fuentes, tocaron para mí su misa matinal, como dos organistas para un solo creyente: el «Allegro» de Vivaldi y acto seguido el «Andante molto» del mismo concierto.

Entonces llegó a mis oídos el ruido seco de un portazo. «¡El vigilante diurno!», me dije, y empecé a ponerme las bragas y los tejanos, mientras tocaban al ritmo lento y perezoso de mis movimientos el «Larghetto e spiritoso». Mi único anhelo era que la frescura de mi cuerpo vigorizado por los labios masculinos durase para siempre. Pero el estruendo de los pasos pesados en la escalera se acercaba, y rápidamente me metí en el abrigo tal como estaba, desnuda de la cintura hacia arriba; salí de la sala acompañada por el «Larghetto» y con cortesía saludé al guardián, que, poseído por la ira, a pasos rabiosos se acercaba a la puerta, a través de cuyas rendijas surgía el entrañable *concerto barocco*, interpretado por dos grandes virtuosos, a cuya espalda se extendían los restos del desayuno sobre un pañuelo indio.

Sobre su pañuelo indio de seda colgaba un collar turquesa. El azul es su color preferido, pensé, mientras como cada mañana ordenaba los libros recién llegados, y me detenía también en los regalados por los visitantes con los que había trabado amistad. Estos últimos no estaban a la venta. La señora del collar turquesa me había obsequiado con un libro en francés sobre las pinturas de Miró.

Sí, el azul mironiano era el color predilecto de esa mujer rubia, aún joven, que venía a verme y a tomar conmigo una taza de té y a recoger los manuscritos que yo había guardado a los novelistas y a las poetas, a las ensayistas y a los filósofos. La dama de azul pasaba esos manuscritos a máquina con una decena de copias. A veces yo la ayudaba, otras veces mi abuela se ocupaba de ello, cuando era menester acabar el trabajo cuanto antes. Solía venir sin anunciarse porque, si mi teléfono estaba pinchado, prefería que la policía secreta no se enterara de sus pasos. Le dije que había

adelgazado y parecía más joven. Ella me contó que iba a rehabilitación por la columna vertebral. Encendió un cigarrillo con dificultad, ya que tenía la mano derecha vendada. Entonces añadió que había tenido que ir a la clínica para que le inyectaran contra el dolor que sufría en la muñeca y que, además, le habían hecho una radiografía de estómago. Así que me pidió, por favor, que le preparase un café turco bien cargado.

—Lo sé —dije—, todo eso pasa de tanto escribir a máquina; a mí todo eso también me sucede a menudo, mi abuela me exige que repose, pero es que ¿es posible?

La dama de azul sorbió el café, encendió otro cigarrillo, habló de pintura, de Joan Miró, y entonces me di cuenta de que sus vestidos eran del mismo color que los cuadros de Miró, pero luego la mujer me habló de los cuadros blancos del artista, en los que sólo hay un trazo negro, uno de los cuales se titula *La esperanza del condenado a muerte*. La señora añadió que ahora debía pasar a máquina más obras que nunca. La semana anterior la habían ingresado, a la fuerza, en una clínica especializada en enfermedades venéreas donde la habían obligado, con violencia, a dejarse intervenir a causa de un ficticio padecimiento.

—¿Y tú? —me preguntó—, ¿a ti también te someten a frecuentes interrogatorios?

—¿Yo? —Me quedé reflexionando un momento—. Yo... sí, pero ¿sabes?, es curioso, cada año en enero me interrogan de modo especialmente cruel amenazándome con toda clase de horrores, y luego cumplen algunas cosas y otras no. Me acusan de subversión política, de socavar al Estado, yo qué sé —respondí. Guardé silencio y unos instantes después le relaté cómo habían venido a verme por primera vez... a casa, a las seis y media de la mañana.

A las seis y media de la madrugada, rrrring, llamaron al timbre, y sin darnos tiempo de abrir llamaron a la puerta con los puños; mi abuela supo enseguida de qué se trataba y me ordenó que me encerrara con llave en el cuarto de baño. Oí que hablaba con dos hombres que suponía con abrigos de cuero brillante, tal como había visto en los años cincuenta cuando más de una vez vinieron a llevarse a mi padre. Mi abuela contestó a las preguntas con monosílabos altivos y tan llenos de desprecio que nunca la hubiera imaginado capaz de hacerlo. Tras asearme y arreglarme me vi obligada a seguir la orden de mi abuela, que no admitía objeciones: marcharme a la librería. Al cruzarme con ellos, constaté que llevaban uniformes de la policía y que iban descalzos, sólo con calcetines. Sus zapatos enlodados estaban en el recibidor sobre un periódico: antes de dejarlos pasar, mi abuela les había ordenado que se descalzaran. Al marcharme, observé que los hombres escudriñaban nuestro piso; uno escrutaba los cajones de la mesa de trabajo de mi abuela, sacando papeles a manos llenas, el otro curioseaba en los cajones de nuestro armario, revolviendo nuestra ropa y arrojándola al suelo.

Al llegar a casa, por la tarde —había cerrado la librería antes de lo habitual—, me arrojé a los brazos de mi abuela. Se mantenía impertérrita tras la experiencia; la encontré escribiendo a máquina textos para el *samizdat*, en una máquina desconocida. Entonces me contó que los policías se habían llevado nuestra vieja Parker, de modo que pidió prestada otra a una amiga. En los cajones del escritorio todo estaba de nuevo en su sitio, la ropa, bien planchada, ordenada con hierbas aromáticas y jabones intercalados entre las piezas de la ropa interior. Uno de los policías al marcharse se había deleitado exclamando: «Da gusto trabajar aquí, señora, de tan ordenado y limpio que lo tiene usted. Tendría que ver el desastre en casa de los Benda donde recién acabamos la faena. ¡Nunca he visto una jaula de locos como aquélla! ¡Un verdadero infierno!». Mi abuela les había recordado que los Benda tenían cuatro niños, y ahora yo recordé su voz de aquella mañana, aquel nuevo tono helado, vilipendiador y de menosprecio.

—Claro, ése es el terror moral que ejercen sobre nosotros —dijo la dama de azul, y luego me preguntó en voz baja—: Eva, ¿y tienes pesadillas?

—¿Pesadillas? Sí, suelo soñar que mi abuela cae del quinto piso o la atropella un coche, y sobre todo —murmuro— sueño que se llevan a Věra.

—No sé quién es Věra —susurró la bella señora.

—Věra, la que no me dejan ver, mi Věra, ¡la que no he visto desde hace tantos años! —suspiré.

La dama de azul suspiró también, sin haber entendido a qué me refería.

Al preguntar cuánto tiempo la habían retenido en la clínica, me explicó que había permanecido encerrada e incomunicada tres semanas, sin posibilidad de comunicarse con nadie: no había podido llamar por teléfono, escribir o recibir correo, ni tener visitas... Y señaló esa única línea negra en el espacio blanco del cuadro de Miró, *La*

esperanza del condenado a muerte. Pensé en otras cosas. En mi vida sin acontecimientos, sin hilo dramático, como las vidas de los demás, en este país donde el tiempo se había detenido. Pensé en las vidas de la gente de mi entorno como hecatombes de un dios cruel.

—Todo eso habla de la vida de la gente hoy y aquí, ¿sabes, guapa? —dijo, como si cantara, el hombre del bigote al llevarse algunos manuscritos para su editorial.

De él atesoraba un libro que había colocado en la estantería más alta, aquella donde guardo los libros que me han regalado mis visitantes predilectos; se trataba de la colección de cuentos de Katherine Mansfield que me regaló y he leído tres veces.

Él me susurró:

—Salgamos de la librería.

De los tejados bajos de la Callejuela de Oro y de las alcantarillas llegaba el gorgoteo de la lluvia. Y sólo allí, entre los aldabeos y clangores de las farolas, el hombre me recomendó con voz clara y campanuda:

—No traigas los manuscritos ni los textos mecanografiados a casa.

—¿Ha ocurrido algo grave?

—Hace ya veinticuatro horas que dos hombres de la policía secreta están sentados en dos sillas en el rellano de la escalera delante de mi puerta.

Volvimos entonces rápidamente de la calle lluviosa a mi nido tapizado de libros.

—Últimamente —su voz dulce y melódica contrastaba con el contenido— siento aversión a continuar viviendo en el país. Casi como una aversión en general a vivir. Ahuyento esas ideas por no inquietar a mi mujer y a mis hijos, que, naturalmente, aquí se sienten en su casa.

Antes de volver a salir a la calle lluviosa, me dejó, en una estantería detrás de los libros, un texto mecanografiado, una especie de dietario. Ya sola cerré la puerta con llave y me senté a leerlo:

«Uno de los policías, el mayor Fiser, esta vez trajo a un colega suyo, más joven, listo y enérgico, además de deseoso de triunfar. Al cabo de tres horas de interrogatorio, al negarme a hablar, el joven afirmó con la mirada puesta en el reloj: “Ahora mismo su hijo se encuentra en el examen escrito del bachillerato”. No reaccioné. Pero sin duda esa frase era significativa, al igual que cuando dijo que debía ser desagradable haber comprado una casa y no poder vivir en ella. Por su culpa se tiene miedo a querer lo que normalmente se querría, a desear lo que desearía...».

—¿Qué desea? —le pregunté.

—¿Desear? —La anciana señora Králová sonrió a mi pregunta con fina ironía y luego me señaló un libro. No deseaba nada, al contrario, había traído algo para vender: *La columna de la peste* de Jaroslav Seifert y susurró—: Si he de ser sincera, necesito el dinero para poder llevar mis viejos zapatos gastados al zapatero.

El libro estaba muy manoseado y amarillento por el uso, y tuve la tentación de

darle el dinero y devolverle *La columna de la peste*, pero entonces mi vista se detuvo en uno de los poemas... y me quedé el libro. Lo compré con mi dinero, y lo guardé en la estantería alta como un tesoro. Una tarde me armé de valor para encaminarme a la montaña, y con el libro en la mano ascendí más y más por las calles de Bevnov, ese barrio de chalés de los años veinte donde vivía Seifert, a fin de que el autor me lo firmara. La semana anterior le habían otorgado el Premio Nobel y me imaginaba muchedumbres de gente en su casa.

«Bienvenida, adelante, por favor», me invitó a pasar la hija del poeta. Seifert estaba solo, sentado delante de su escritorio, rodeado de pinturas y postales de Praga. La *Sinfonía concertante* de Mozart llenaba la habitación con su dolorosamente deliciosa melodía, y sobre un armario advertí la cabeza de la Virgen, que se apoyaba en una mejilla: conocía el poema dedicado a ella..., pero en ese instante apagó la música, y el silencio de aquella tarde de octubre, con el último canto de los pájaros del año, no resultó menos delicioso. Intuyendo mis pensamientos, me enseñó un poema mecanografiado, lo firmó y lo puso en mis manos.

—Un recuerdo —dijo.

Lo leí...

... Sólo de mayor he aprendido a amar el silencio.

Conmueve, a veces, más que la música...

Mientras su elegante y animada hija nos preparaba un té, el poeta, sonriendo quietamente, pasó la mirada del florero con un ramo de dalias multicolores de su jardín a mí. Tras un instante de silencio, quiso saber si tenía marido:

—No —respondí.

—¿Y un enamorado? —preguntó de nuevo.

—Bueno, tal vez.

—¿Cómo es? ¿Es buena persona?

—¿Buena persona? —Me quedé asombrada—. Vive en París y es... inteligente.

—Eso es secundario. Lo más importante es que sea una buena persona —insistió con los ojos muy abiertos—. Recuérdelo, señorita, ¡buena persona!

Buena persona, me repetía, en silencio, en casa del poeta, donde no había ni rastro de un periodista, de un entrevistador televisivo o radiofónico. Con *La columna de la peste* dedicado debajo del brazo, por el camino del jardín hacia una puertecilla me salió al paso un señor alto y sonriente, un conocido crítico literario que, tras su expulsión de la universidad, trabajaba como calderero en un estadio cercano; organizaba tertulias con escritores y críticos, allí recibía a los invitados ilustres del extranjero y se dedicaba a escribir un amplio estudio sobre la obra de Seifert. Me invitó a una velada entre las calderas y yo hice lo propio en mi librería de segunda mano. El esposo de la hija de Seifert me abrió la puertecilla. Ante mi estupefacción por la ausencia de gente para entrevistar a un Nobel de Literatura, contestó con un breve ademán de la barbilla hacia la acera de enfrente:

—¿Que no hay gente? ¡Sí que la hay! ¡Mire, aquí tiene a un agente de la secreta!

En secreto cultivaba la imagen de Karel, de quien guardo unas partituras originales. Su imagen surgía entre las plantas de mi jardín de invierno. En esos momentos me gustaba cerrar mi cueva con llave y salir a la calle vacía para pensar en él, la calle vacía, brillante de niebla y lluvia, la Callejuela de Oro, con el gorgoteo de las alcantarillas, sede de fantasmas y espíritus, para pensar en él. ¿Es bueno?, me preguntaba. Un artista, pero buena persona... Evoqué un retrato del Greco que había contemplado muchas veces en la Galería Nacional: el *Cristo rezando*, un hombre que sufre por el dolor de la humanidad, siente que su bondad no ha sido sino un gesto hacia el cielo en el último momento de su vida y en la tierra no dejará rastro. En el momento de máximo luto por su fracaso vital reza: «Padre, por qué me has abandonado»...

Y Karel, ¿era buena persona? ¿Sería capaz de serlo?

«¡No sabes de qué es capaz!», me solían advertir sobre ese hombre enigmático. Pocas veces venía el señor K a mi escondrijo, y una vez me trajo un libro prohibido pero mecanografiado de Bohumil Hrabal. El señor K llegaba con la cabeza baja, ésa era su reverencia. Alegre, activo, siempre como si saliera de una revista de moda, con traje, corbata y camisa blanca, el señor K contrastaba con mis demás visitantes. Mientras ellos destruían, protestaban y asumían el papel de víctimas, el señor K intentaba salvar lo posible. A pesar de que como director de la Galería Nacional estaba obligado a ser miembro del partido comunista, desde su puesto no sólo hacía lo posible por el arte en la ciudad, sino que además ofrecía puestos de trabajo a los perseguidos del régimen, a los que nadie quería, tanto miedo infundían esos disidentes de chaqueta verde con capucha. Pero éstos también lo criticaban: al advertir su presencia abandonaban mi cuevecilla sin mediar palabra y sin dejar de lanzarme una mirada llena de reproche. Los días que venía a verme el señor K, que no desmantelaba nada sino que construía algo incluso allí donde parecía imposible, salía el sol para calentar mi pequeña cueva el resto del día.

Cuando venía Milan, cuyo regalo de unos escritos de Pico della Mirandola provocó en mí la más alegre de las risas al recordar los viejos tiempos, en mi cueva no salía el sol. ¿Cuántas veces había pasado?, ¿dos, tres? Nunca se quedó más de cinco minutos, el tiempo justo de darme las tan esperadas noticias sobre mi pequeña Věra, y se volvía continuamente para asegurarse de que no lo veía nadie, de que nadie lo escuchaba o seguía; intentaba descubrir algún aparato para interceptar voces. Él mismo no me llamaba, y me pedía que lo hiciera sólo en un caso de máxima urgencia y únicamente desde una cabina pública. Tan preocupado estaba por su puesto en el Ministerio de Economía, por su futuro y tal vez incluso por su carnet de miembro del Partido Comunista, aunque yo no lo sabía con seguridad y no quería dudar de él. Si no fuera por el secreto que compartíamos, hace tiempo que lo hubiera olvidado como

una aventura indigna de una persona íntegra. Pero compartíamos un secreto y de nuevo me tenía en sus manos.

Cuando no tenía nada en las manos, Blanka, mi antigua compañera de colegio — que un día me sorprendió con varias novelas prohibidas de Kundera en francés—, venía a traerme pequeñas informaciones fragmentarias sobre la obra de Karel. Se enteraba esporádicamente de algo por alguien entre su extensa red de amigos, conocidos e investigadores de sucesos occidentales.

—¡Sorpresa! —vino un día con gran alboroto—: ¡Nos vamos de excursión! ¡Nos esperan mañana a mediodía!

A la mañana siguiente subimos en un pequeño coche celeste de hojalata. Nos lo había prestado para la ocasión mi tío abuelo Vilém, que, con sus ojos rasgados llenos de su ironía habitual, no dejó de explayarse sobre las virtudes ocultas de los Trabant. Después de un almuerzo tardío, y tras seis horas de viaje, llegamos al pie de la sierra de Sumava. Al cabo de tres horas más nos plantamos ante un rosado castillo medio derruido, bañado en una luz albaricoque. Sobre tres puertas de entrada colgaba un rótulo con la inscripción castillo vigilado por perros. En la cuarta entrada el rótulo rezaba: castillo rigurosamente vigilado por perros rabiosos.

Blanka y yo nos miramos con impotencia frunciendo el ceño y ella, que conducía el Trabant, giró la llave del motor. Esperamos. La luz albaricoque del cielo se tiñó de rojo, luego de violeta. Cuando Blanka encendió el motor para dar marcha atrás, anochecía. Entonces se abrió la puerta del castillo. Estupefactas, Blanka y yo vimos cómo dos gigantescos perros se arrojaban sobre nosotras.

Tras los dos perros apareció un hombre con una larga y espesa melena, recogida sobre la nuca en una larga coleta. Sin una palabra ni sonrisa, nos guió hacia el castillo, ante cuya entrada estaba sentada una pareja mondando patatas, la cual nos miró con curiosidad y socarronería. Nos condujo al interior, aunque por una de las entradas laterales que, antaño, seguramente se había usado como entrada del servicio. Subimos por una escalera medio derruida. Al llegar a la primera planta, nuestro anfitrión abrió una puerta y nos invitó a pasar a una habitación rebosante de deliciosa música barroca.

En la salita se erigían columnas de libros y una docena de pinturas originales adornaban las paredes. Siempre en silencio, colocó en la mesita una espléndida tetera que enseguida reconocí: era de Sèvres, como la de mi abuela. Blanka nos presentó:

—Eva, la novia de Karel y nieta de la abuela Slávka. Dalibor, hermano de Karel, nieto de la abuela Klára, pariente lejana de la abuela Slávka. Dalibor está en contacto, aunque muy esporádicamente, con su hermano, que desde hace años vive en París.

De modo que este Dalibor, con su melena negra salpicada de hilos canos, es el hermano de Karel. Evidentemente, Dalibor conocía la vida actual de Karel, pero temí interrogarle para no enterarme de algo que pudiera herirme o cambiar el curso de mi vida, cuya parte esencial consistía en abismarme en ensoñaciones.

La música, excepcionalmente armoniosa y al mismo tiempo dramática, llenaba la semioscuridad de la habitación del castillo. La reconocí: el aria de Magdalena del ciclo de Caldara, *Maddalena ai piedi di Cristo*. En silencio, Dalibor nos volvió a servir té y luego se alejó a la cocina para preparar más. Después, sin decir palabra, distribuyó ante nosotras varios cuadros de Karel, auténticas sinfonías de colores y formas, de inspiración diversa, pintadas con trazos que delataban a un pintor dotado y experto. Me perdí en mis reflexiones acerca de las razones que habían obligado a Dalibor a residir en un castillo en ruinas, tan alejado de cualquier ciudad; detrás de nuestra salita no muy grande intuí suntuosas salas del castillo que no nos había enseñado y no nos enseñaría. Sospeché una tragedia personal por cuya causa el hermano de Karel se había alejado de la vida pública, refugiándose en una soledad casi absoluta. ¿O habrá sido por motivos políticos, como su hermano, por lo que Dalibor había preferido un exilio interior? Como si deseara interrumpir mis reflexiones, en el momento en que Blanka se había alejado para ir al servicio, Dalibor me tendió varios dibujos.

—Sólo para ti, Eva —susurró en un tono íntimo, y ésa fue una de las pocas frases que pronunció en toda la velada.

Me fijé en el primero.

Representaba a una chica de rodillas con el brazo extendido para alcanzar un libro de una estantería; el movimiento era lento y felino, la postura de la joven transmitía una intensa carga sensual, parecida a un efebo; vestía una blusa transparente y tenía la boca voluptuosamente semiabierta...

El segundo era de la misma chica, que, con el libro en una mano, dormía en una silla con los pies apoyados en otra. Su falda había resbalado hasta el regazo dejando los muslos a la vista, y un niño que la espiaba por la ventana miraba lo que el espectador no podía ver, pues la muchacha le daba la espalda.

El tercer dibujo revelaba lo que el niño veía por la ventana: la persiana baja ocultaba la cabeza y los hombros de la chica, pero no el resto: la falda en el regazo, las rodillas desnudas, que su sueño había apartado con amplitud. Los dedos de la mano derecha apenas escondían el interés principal del niño, y las braguitas arrugadas habían caído al lado de la silla, al suelo.

Sin lugar a dudas la muchacha retratada, de suave cuerpo juvenil y cabello negro y liso, era yo.

Le pregunté a Dalibor algo esencial para mí:

—¿Cuándo dibujó Karel esos retratos?

—¿Cuándo? —no entendió mi pregunta—: ¿A qué te refieres?

—¿Fue aquí o en París? —expliqué.

—¿Y no da igual? —respondió Dalibor con una pregunta tras la cual advertí su recelo a proseguir el tema.

—No, no da igual en absoluto —insistí a pesar de ello.

—Pues... pregúntatelo a ti misma —ordenó Dalibor, y cerró el dossier. Su gesto

brusco fue terminante.

Ese hombre plácido y tímido nos condujo después a la puerta otra vez, dio media vuelta y regresó a su habitación en medio de las ruinas de su enorme castillo, dejándonos en compañía de dos enormes perros lobos, ya mansos y hasta zalameros.

Sentada en el coche me volví, pero no distinguí nada entre la densísima niebla. ¿Había existido el castillo o todo había sido un sueño?

—¿Fue un sueño? —pregunté por teléfono unas semanas más tarde, cuando Dalibor me llamó con voz temblorosa para relatarme su reciente viaje con Karel.

—No, tu visita no fue un sueño. Pero lo que te voy a contar podría parecer una pesadilla. Y como el rey Midas le pasó su secreto al sauce, quiero compartir contigo esta historia que me abruma. Te lo cuento para que las guardes en tu interior como las cenizas en una urna... —dijo Dalibor, y prosiguió—: Por fin me permitieron visitar a Karel en París. Viajamos por Europa Occidental, y un día se me ocurrió llamar a Pavel, nuestro amigo común, que vivía en Basilea. Estaba encantado, e insistió en que fuéramos a verle esa misma noche, que no podía esperar más. Nos fue a buscar a la frontera suiza para ayudarme a cruzarla a través de campos y bosques, porque yo no tenía visado suizo.

Apareció frente a mí: el hombre fuerte de antaño estaba hecho un fideo. Sí, en comparación con el de mi recuerdo parecía un palillo: encogido y hundido como bajo un peso, sus movimientos delataban inseguridad y sus ojos revelaban angustia. La alegría que había sentido antes del encuentro se me pasó en un instante, y la tristeza se apoderó de mí.

Caminamos juntos por el campo y el bosque, cruzamos calles con casas y jardines. Sentimos como si dieciséis años no hubieran transcurrido y nos mantuvimos en silencio: sólo los amigos más íntimos pueden callar juntos. Pavel lo interrumpió sólo para avisarme de que teníamos que evitar a alguien que paseaba un perro o trabajaba en su jardín; había ansiedad en su voz. Y odio. Odio a los suizos.

Porque sabía que en el país donde vivía no tenía amigos, pensé.

Por la noche en casa de Pavel bebimos cerveza como en Praga. Íbamos a buscarla con un jarro grande, pero no a la cervecería más cercana: «¡su dueño es un espía!», decía Pavel. Callamos sin mirarnos, y su mujer mantenía la conversación, ella y mi hermano; y es que Vendula es bastante charlatana, ¿sabes? Aunque debo admitir que todo lo que contó era interesante. La oía sin escucharla, como Pavel. En eso estuvimos de acuerdo. Pero algo terrible empezó a asomar en el fondo de esa cháchara. Sólo de cuando en cuando emitimos algún sonido para así confirmar nuestra fraternidad de silenciosos.

Pavel me resultaba cercano, pero al mismo tiempo distinto, cambiado. ¿Cómo explicarlo? Por un lado el silencio era tan tranquilo y cómodo como si nos hubiéramos visto cada día, y por el otro, era un hombre cambiado, lleno de angustia y hostilidad. Dime, Eva, ¿cómo se explica ese contraste? ¿Lo entiendes, tú?

No fue hasta después de medianoche cuando nos quedamos a solas. Pavel me preguntó qué hacían sus amigos y compañeros escritores. Le dije que escribían. ¿Y por qué, si sus libros están prohibidos y no pueden publicar? Preguntaba sin acabarlo de entender. Le dije que escribían movidos por una necesidad interior. ¿Y para quién, si ahora no tienen público?, quiso saber. Le aclaré que para sus lectores: ahora son menos, es un círculo de amigos reducido, pero al fin y al cabo son lectores, y exigentes, cultos e inteligentes. ¿Y el público lector más amplio?, me interrogó como si buscara algo, a hurtadillas, desesperadamente. No lo tienen, en cambio, ya lo he dicho, en vez de un público más amplio de lectores hay ese círculo de amigos. Pero..., me interrumpía Pavel. Pero...

Enmudecimos y luego empezó otra vez, sin terminar la frase. Yo pensaba en mi estupefacción de entonces, hace dieciséis años, al ver a un hombre fuerte totalmente hundido. Sí, a Pavel le había horrorizado la idea de seguir viviendo en la dictadura de un país ocupado por tropas extranjeras. Se había visto obligado a huir. Así era: la fragilidad había sido su fuerza. La fuerza de rechazar un régimen totalitario, la fuerza de volver la espalda a los soviéticos y a los colaboracionistas. Y aquella noche también pensé en el asunto más significativo de todos: el hecho de escribir, aunque fuera sólo para un grupo de amigos, ayudaba a sobrevivir a la miseria espiritual y a mantener la independencia interior. Ayudaba a los que escribían y también a sus lectores.

Sin embargo, decidí no compartir esas reflexiones con Pavel. ¿Por qué? Porque al igual que Karel, leía mis pensamientos, de eso no tenía duda. Súbitamente, una cascada de palabras surgió de su interior. De lo que en ese imparable torrente quedó sin acabar, deduje que Pavel había dejado de escribir. Se había cansado de luchar con esa otra censura, que para él era nueva e incomprensible: la censura del mercado. Antes de escribir para gustar a muchos Pavel prefirió no escribir y punto, al fin y al cabo no había nadie que esperara sus nuevos libros. Nadie los necesitaba. Ni siquiera los amigos, porque no tenía, y los que había estaban lejos, inalcanzables tras las fronteras. Irritado y obsesionado, volvió una y otra vez a esas cuestiones. Los autores de Praga, aunque prohibidos, tenían sus lectores. Él no.

Despuntaba el día cuando nos despedimos; era hora de dormir. Pavel me abrazó. No fue un gesto forzado. Poco después, por la mañana, Karel y yo nos marchamos de allí.

Unos días después, al regresar, Vendula me llamó de madrugada. La noche anterior Pavel había provocado una pelea..., nada, por una tontería sin importancia, una toalla mojada en el suelo. Después, abrió el cajón de su mesita de noche y extrajo de ella un arma. La tenía allí guardada siempre, por si acaso. Esta vez la usó. Murió en el acto.

Y tras haberse desembarazado de su secreto, Dalibor colgó el teléfono sin más.

Colgué sin más. No quedaba nada más que decir tras habernos citado, Věra y yo, en el café Malostranská, a las ocho de la tarde. En eso pensé mientras quitaba el polvo de su regalo, una colección de poemas de Seifert, que ese día en el café Malostranská pensaba regalarle.

Puesto que hacía muchos años que no la había visto, a Věra, la hija de Milan, a la que antaño más de una vez había acompañado al jardín zoológico de Troya, le comuniqué por teléfono que me reconocería por *La columna de la peste*, de Seifert.

Cuando llevaba unos cinco minutos en la mesa, advertí que entraban dos mujeres jóvenes que podían tener la edad de Věra. Creí haberla reconocido en una de ellas, cuya belleza saltaba a la vista, pero no se fijaba en su entorno, de modo que no esperaba a nadie. Así que no es ella, me dije. Escogieron la mesa vecina a la mía —la única que quedaba libre—, de manera que oía sus palabras. La llamativa —sí, ya sabía por qué me resultaba familiar esa muchacha: se parecía a Eleonora de Toledo, cuyo retrato de Agnolo Bronzino solía admirar en la Galería Nacional: una espléndida mujer, activa y soberbia— hablaba en voz alta y algo histérica. Ambas llevaban escotados vestidos negros de cóctel, y habían adornado sus cuellos con una cadenita de plata y un colgante de turquesa. La extravagante besaba y abrazaba a su amiga a menudo, le tomaba la mano y repetía: «¡Esta noche es nuestra, Jana!».

Pidió quesos y patés, jamones y ensaladillas, y una botella de vino. Al cabo de poco tiempo, uno de los camareros se acercó para comunicarle que tenía una llamada telefónica. No hablaba sino que gritaba en el auricular, como si su interlocutor fuera sordo; todos los clientes del café la observaban, indignados y divertidos.

—Sí, amor mío —exclamaba—, estoy con Jana, estamos cenando juntas, ya te lo he dicho, cielo... Sí, claro, ven si quieres, ricura, me encantará verte... Sí, nos quedamos aquí, en el café Malostranská. Te espero, cariño.

Intenté sumergirme en los poemas de Seifert. No había manera: la joven hablaba con voz ronca y desagradablemente prolongada, a la manera de los jóvenes praguenses. Pero cuando le eché un furtivo vistazo, su exótica, deliciosa belleza y su entrega e inocencia me desarmaron. La mujer le repetía a su amiga que había reservado esta noche únicamente para ella, que se lo acababa de decir a su incrédulo amigo, de modo que ella lo había invitado aquí para que verificara la cena de ambas. La joven bebía mucho, pero no tocó el banquete de entremeses que el camarero había dispuesto. Su amiga degustaba tímidamente todo aquello con un panecillo de Viena untado con mantequilla, y su mirada era como un reproche: qué gasto, unas especialidades tan caras... Yo, mientras bebía mi vino blanco, le daba la razón en silencio.

El joven camarero la llamó al teléfono de nuevo, y otra vez, sólo que con más emoción y ahínco, repitió sus palabras. Ya sentada y con lágrimas en los ojos se lo contó a su amiga. Al cabo de un rato, la escena se repitió incluso por tercera vez. Y puesto que Věra no venía y me costaba concentrarme en los poemas de Seifert,

también acabé intrigada a la espera de su amante.

Entró un joven: con su desabrochada camisa debajo del abrigo abierto, parecía un poeta romántico.

La muchacha lo presentó y, sin abrigarse, salió con él a la calle. La amiga siguió saboreando las especialidades de la casa y el vino sin sospechar lo que sucedería. El camarero volvió a anunciar una llamada telefónica. La muchacha que respondía al nombre de Jana no sabía qué hacer, y se dirigió al aparato. Oí que decía «¿Perdón? ¿Quién llama?» varias veces, pero era evidente que nadie respondía, así que la joven regresó a su asiento, visiblemente asombrada. La misma escena se repitió cuatro o cinco veces. La mujer estaba enrojecida del bochorno, cuando entró su llamativa amiga y el joven con aspecto de poeta. Sentados, conversaron los tres unos instantes. El joven contemplaba a su amante como la luz vivificadora, la única estrella en el cielo nocturno. Entonces el camarero la volvió a llamar. Con voz ronca contestó al teléfono: «Dígame», y acto seguido exclamó: «¡Ángel mío! ¡Cariño mío! ¿Dónde estás, mi vida? ¡Voy allí corriendo, en un segundito estoy contigo!». Y se precipitó a la calle invernal sin ponerse el abrigo siquiera.

Sus amigos la observaron sin saber qué sucedía. El joven parecía haber perdido el equilibrio. Apartaron los platos y se sentaron en silencio, cada uno inmerso en sus reflexiones. Al cabo de un largo rato Jana lo interrogó:

—¿Qué planes tienes para esta noche?

—¿Y tú? —preguntó el joven.

—¿Yo? Aquí cerca, a la vuelta de la esquina, en la taberna Rey de Brabantia, una amiga mía celebra su fiesta de cumpleaños.

El joven se acercó a Jana, que le acarició la mano. Él respondió con una mirada lánguida. Sin embargo, al poco tiempo se volvieron hacia la puerta y de golpe se separaron: entraba su estrambótica y guapa amiga cogiendo de la mano a un niño con su patinete. Sentó al crío, y con varios billetes de cien coronas, sin contarlos, pagó la consumición que el camarero se llevó casi intacta. Luego pidió un chocolate caliente para su hermano menor y más platos para todos.

Se acabó la película, me dije. Pagué mi copa y salí a la calle donde volaban los primeros copos de nieve del invierno.

Cuando al cabo de unos cuantos días llamé a Věra, comprobé que la joven estrafalaria del café Malostranská no era una desconocida sino ella misma. Me explicó que se había olvidado de mí y de nuestra cita. Ese mismo día vino a verme y me trajo el Kavafis, que desde entonces no he dejado de releer. Cuando llegó la hora de cerrar, salimos a pasear por la plaza de la Virgen del Loreto y las estrechas calles del barrio de Nuevo Mundo. Planeamos más salidas: queríamos descubrir juntas las calles del Castillo con sus farolas de gas y las viejas cabinas telefónicas de madera, los encantos del romántico Jardín de las Rosas en la cumbre del monte de Petřín, las estatuas barrocas y los bancos de piedra en el jardín Vrtbovská Zahrada, queríamos

admirar la Columna de la Peste, en la plaza del Castillo, negra y estricta como un dedo que protesta contra el cielo inhumano.

Věra tenía los ojos dorados y luminosos, parecidos a los míos. Siempre que se iba, la luz se apagaba.

Siempre que venía, apagaba la luz. Le gustaba hablar en la penumbra y mi nido oscuro se prestaba a ello. Tal vez era la costumbre de sus años en la cárcel.

Había conocido a la señora Eva K en una de las representaciones teatrales clandestinas en casa de no recuerdo quién, y enseguida nos pusimos a hablar de sus experiencias penitenciarias. Desde entonces, con la señora Eva K me entregaba a interminables chácharas, rodeadas de tinieblas, y de ella guardo un ejemplar mecanografiado de su *Mis amigas de la casa de los muertos*, con una dedicatoria.

—El ambiente de una cárcel suele estar impregnado de superstición —me contaba —; los ritos mágicos se pasan de un preso a otro con el ejemplo y la experiencia personales. En nuestra celda no pasaba una hora sin la presencia de un difunto.

—¿Por qué los invocabais? —pregunté.

—Para preguntarles sobre nuestra situación, sobre nuestro futuro. Agotadas, les interrogábamos aún: «¿Por qué estamos aquí? ¿Volveremos a casa o no? ¿Cuándo?». Usamos un libro para invocar a los espíritus de los muertos, probablemente una reminiscencia del misal utilizado en la magia negra. Poco importaba su contenido, se trataba más bien de un mero instrumento que no debía pesar demasiado ni ser excesivamente grueso. Si el espíritu quería decir sí, el libro giraba libremente a la derecha, para decir no, a la izquierda. Cuando no contestaba, el libro permanecía inmóvil...

—¿Sigues con esas prácticas ahora?

—Ahora sonrío ante todo eso. Dentro, sin embargo, me entregaba a toda aquella ceremonia de todo corazón, al igual que las mujeres llenas de fe. Recordando ahora aquellos momentos, supongo que más que los espíritus de los muertos me conmovían de verdad las mujeres en la celda. Intenta imaginarlas: una celda oscura y repugnante, un mundo sin consuelo, muerto. Unas almas desamparadas, sin casa, con la última chispa de esperanza a punto de apagarse. Un puñado de mujeres, tan arregladas como era posible con aquellos harapos repugnantes, mujeres con los ojos hundidos en profundas ojeras, con una tez gris y mate. Se apretujaban en un rincón, el único lugar de la celda que no se podía ver fácilmente si alguien vigilaba por la mirilla. En nuestras cárceles ateas está estrictamente prohibido invocar a los espíritus. Cuatro, cinco, seis mujeres, seis mentes, cada una de las cuales ardía no con diez, sino con cien preguntas candentes. Preguntas crudas, dolorosas, sobre esperanzas perdidas, amores rotos y oportunidades desperdiciadas; sobre vidas deshechas —cada cual era perfectamente consciente de ello— y los años vacíos, muertos, que tenían por delante. ¿Resulta extraño que desearan encontrar un hilo que las condujera a la

verdad, a la esperanza? Los vivos eran inaccesibles o ya les habían vuelto la espalda. De modo que esas mujeres desgraciadas no tenían más remedio que llamar a los muertos.

Nos sentábamos una al lado de otra y nos dábamos ánimo, recordando la formulación correcta de las preguntas rituales. ¿Se celebrará pronto mi juicio? ¿En marzo? ¿En abril? ¿Me caerá una sentencia dura? ¿O será corta? ¿Un año? ¿Cinco años? ¿Siete? ¿Me enviarán al campo de trabajos forzados? ¿Vendrá a verme alguien? ¿Vendrá mi marido al juicio? ¿Y mi madre? ¿Me abandonará mi marido? ¿Me perdonará mi hijo? ¿Se ocupará mi madre de mi hija? ¿Me requisarán el piso? ¿Y mis ahorros? ¿Mi marido declarará en mi contra? ¿Se divorciará? ¿Me quitará a los niños? ¿Mi familia me abandonará? ¿Acabaré mis días sola? ¿Tendré adónde volver? ¿Me pondré enferma? ¿Voy a morir? ¿Voy a recibir un paquete? ¿Mañana? ¿Dentro de una semana? ¿Y una carta? ¿Vendrá a verme mi abogado? ¿Tendré que presentarme a más interrogatorios?

La señora Eva K afirmaba que una persona que en reiteradas ocasiones hubiera pasado algún tiempo en la cárcel nunca más llegaría a ser como los demás.

Un día, cuando se levantó para marcharse, le dije:

—No me sabe mal haber sido perseguida.

Me miró fríamente, con rechazo.

—Cuando seguimos las reglamentaciones que dictan los líderes totalitarios, de hecho nos adaptamos al totalitarismo —intenté explicarle—. Y el que se adapta acaba aceptando. De modo que el que no vive en un conflicto abierto con las autoridades debería sentirse culpable porque en el fondo ayuda a que el totalitarismo se arraigue aún más profundamente.

La señora Eva K me miró con infinita tristeza. Cuando estuve a punto de preguntarle su parecer, ella, sumida en la reflexión, giró en silencio la manilla de la puerta y quietamente se marchó. En mi nido quedó una pregunta sin respuesta, una pregunta que tal vez era imposible contestar, y una ráfaga de viento helado de la calle.

Con las ráfagas de viento helado en la calle, un día después del trabajo entré en una sala cálida. Por un instante, el vapor y la humedad tropical me impidieron ver. Cuando se disiparon, distinguí a un amigo que más de una vez había venido a mi nido. Como un director de orquesta, en vez de la batuta blandía un lápiz mientras discursaba ante un grupo de personas más jóvenes. Me detuve detrás de una caldera; y es que descubrí que había ido a parar a la sala de calderas de un hospital. Y lo observé: se alejaba de sus alumnos para pulsar un botón, girar una palanca y dejar que un grifo llenase el aire de vapor cálido como la chimenea de una antigua locomotora, paseaba frente a sus oyentes, sentados en unas sillas o sobre unas calderas más bajas... Y sin reparar en mi presencia, mi amigo prosiguió en francés,

agitando los brazos: «*Si un homme qui n'a vu que pendant un jour ou deux se trouvait confondu chez un peuple d'aveugles, il faudrait qu'il prît le parti de se taire, ou celui de passer pour un fou*». Se enardecía cada vez más con ese discurso, en el que me pareció reconocer a Diderot; blandía enfáticamente los brazos como un mosquetero su espada, y pensé que me hallaba en una de esas cátedras universitarias clandestinas de las que procedía la flor y nata de la intelectualidad checa, todos los que habían tenido el privilegio de haber recibido instrucción de los mejores cerebros de nuestro país, clases en el subsuelo, en salas como ésta, en las pequeñas habitaciones de los guardias nocturnos, en las garitas de los aparcamientos o en los garajes subterráneos.

Al cabo de un rato, las chicas y los muchachos cerraron sus libretas, se pusieron sus camisas y chaquetas, abrigos y gorros, envolvieron sus cuellos con chales y bufandas, y salieron a la intemperie tras haber saludado, en voz baja y respetuosamente, al hombre que ahora estaba ocupado con los interruptores, palancas, manivelas, botones y grifos que otra vez llenaron la sala con nubes de vapor ardiente.

Y enseguida llegó otro grupo de jóvenes, el profesor se apartó de los botones y comenzó a hablarles, en tono triste, sobre Heidegger, y su voz desolada contrastaba con el timbre de los alumnos que leían en voz alta las frases del filósofo en el original alemán —«*das Wesen der Wahrheit enthüllt sich als Freiheit*»— para luego ofrecer su propia traducción al checo: su entusiasmo era tan grande que durante un rato tuve la impresión de que eran ellos los autores de esas frases brillantes... La esencia de la verdad se revela como libertad...

Pero al cabo de una hora, ellos también partieron tras haberse enfundado en sus jerséis y abrigos, y saludando con veneración al hombre que, ya solo, otra vez se entristecía. Supe que esa profunda desolación no era más que falta de esperanza, que lo único a lo que podía aspirar era a dedicarse a limpiar ventanas, vigilar un aparcamiento, un museo o un castillo medieval; a ocupar sus noches escribiendo ensayos sobre novelistas prohibidos, filósofos clandestinos y poetas ilegales; o a traducir algún libro extranjero, vedado aquí, para luego acudir a mi cueva tapizada de libros y susurrarme al oído: «Eva, reina, pásame este texto a máquina con diez copias...». Texto que luego estaría a disposición de doscientos o trescientos lectores en una de las editoriales clandestinas.

Y llegó un nuevo visitante, un inglés o un estadounidense algo ruidoso, que saludó cordialmente al hombre salido del vapor, y sin más comenzó a contarle cosas en su idioma. El profesor de filosofía se alejó para girar una palanca roja y una manivela azul, y el desconsuelo cubrió su rostro, una expresión esencial que sólo en pocas ocasiones mudaba por un alegre interés ante un tema artístico o intelectual. Y mientras su visitante continuaba desarrollando su tesis, el profesor de filosofía, al intentar girar dos manivelas a la vez, por un instante pareció quedar allí crucificado, sí, Jesucristo clavado a la cruz, que en su máxima desesperación había susurrado: «Padre, Padre, por qué me has abandonado»...

Entre el siseo del vapor que salía de los grifos, me levanté envuelta en nubes, y

sin ser vista cerré, en silencio, la puerta tras de mí. Me enjugó las lágrimas la lluvia que seguía cayendo sobre las ramas desnudas de los tilos y hacía musitar a las hojas secas.

Unas hojas secas entraron en el local, empujadas por una ráfaga de viento helado de la calle. Pagamos y salimos del café a la plaza. «¡Cuánta gente! ¿Adónde...?». Uno de los numerosos grupos que pasaban ruidosamente a nuestro lado, se había llevado el final de la pregunta de Věra.

Nos sentamos en un banco en la plaza de la Ciudad Vieja. Parecían seguidores de un equipo de fútbol los que formaban esa animada muchedumbre, pero en el centro de Praga no hay estadios. ¿Qué sucedía, pues? Esperamos, sentadas con nuestros largos abrigos negros, entrelazando los dedos enguantados; pequeñas y perdidas entre quienes marchaban jubilosos por las calles empedradas del centro de Praga. Cuando dirigí la mirada hacia el cielo, en el fondo tenebroso se distinguían rostros blancos, lívidos a la luz de las farolas, recortados de cartulina, sonrientes y alborozados, domingueros y ufanos... Y súbitamente tanta exaltación me atemorizó. Conocía bien el regocijo de las masas, lo había visto en los años cincuenta y sesenta en las manifestaciones del 1 de Mayo, cuando avanzaban exaltadas, sólo que menos espontáneas y más organizadas, aunque temibles.

Contemplé los centenares de pies, calzados con botas y botines, zapatos bajos y altos, botas semimilitares, todos esos zapatos deportivos y de vestir que marchaban a nuestro lado; observaba miles de pasos firmes y convencidos dirigidos hacia un objetivo idéntico para todos. Y de repente comprendí que la muchedumbre estaba ciega, ofuscada por su verdad y su fe. Yo, en cambio, que durante las últimas décadas me había acostumbrado a la gente desvalida, nostálgica y ensoñada, enérgica sólo en la protesta, gente que llevaba una vida reflexiva y silenciosa en sus cuevecillas subterráneas y en sus tenebrosas madrigueras como la mía..., yo tenía miedo.

No, no me gustaba la alegría de la aglomeración, el júbilo de la horda. En la *Oda a la alegría* de Schiller hay millones que se regocijan, y nunca he podido entender cómo, con Beethoven, dos grandes creadores habían sido capaces de inventar una composición tan alejada de la fragilidad del hombre. Así se lo confesé a Věra, pero ella me miró, interrogante: no entendió mi idea, no me oyó bien en aquel hervidero, o no hizo caso porque le interesaba más la acción de la calle.

—Tengo miedo, Věra —dije, y apreté sus dedos enguantados.

—No digas bobadas, mujer, ¡si esto es una revolución! ¡Han caído los comunistas! ¡Jamás imaginamos que esto pudiera ocurrir de verdad! ¡Habría democracia! Alégrate, chica, ¡hay libertad! —me dijo Věra arrastrándome de la mano.

Ella anhelaba acompañar a las masas a la plaza Wenceslao, dejarse llevar por las tumultuosas olas, llegar a sus encrespadas cumbres, y allí bailar y proferir gritos de júbilo; y sobre todo tener la sensación de comprender a todo el mundo y sentirse

comprendida por toda esa colectividad emborrachada de optimismo y de primavera, aunque, en ese 17 de noviembre de 1989 acabásemos de empezar el invierno.

Percibía una tropa de rostros con la boca abierta que no se comunicaba sino gritaba, no se alegraba sino bramaba, no sonreía sino chillaba y, para ladrar y relinchar mejor, se ayudaba con grandes botellas de cerveza, centenares, y de esas bocas emanaba un olor a taberna y a canciones de borrachos. Con mis botas de invierno pisé trozos de cristal roto, pues a medida que el tropel se exaltaba, bebía más y más de las jarras y botellas que luego arrojaba con estrépito al suelo. Las exultantes olas humanas no deseaban sino hundir en ríos y mares de cerveza, con ensordecedores alaridos y bramidos, apisonando y moliendo a coces, cuarenta años tristes, nefastos, cuarenta años bíblicos, esos cuarenta años sedientos de iniciativa propia y posibilidad de tomar decisiones, esos cuarenta años de malos tratos y humillaciones.

Di media vuelta para marcharme de allí. Věra se dio cuenta y me miró con gesto crítico, condenatorio, mientras la arrastraba una ola del tumulto y se dejaba remolcar. Yo me esforzaba, en cambio, por abrirme camino contra esas jubilosas piernas y alegres codos y caras sonrientes que, al verme andar a contracorriente, adquirirían su expresión habitual, la refunfuñona, rezongona que avanza a codazos, pero que, al dejarme atrás, volvía a transformarse en jubilosa.

Subí por las laderas de Petřin, oyendo cómo entre los árboles del parque se alejaba el bullicio que dejaba cada vez más atrás, cada vez más abajo. Ascendí más y más arriba hasta llegar a la cumbre, al Castillo, en busca del cobijo habitual de mi madriguera, el único sitio en el que me sentía a salvo. Sólo allí, acariciando los lomos de mis libros y con una taza de té bajo una lamparita al lado de una pequeña radio, sólo entonces me enteré con claridad de que había llegado una nueva época histórica, sí, la excitada voz de la locutora comunicaba que los cuarenta años de comunismo eran cosa del pasado y que, a partir de ese momento, nuestro país también formaría parte del imperio de la democracia.

Y entonces me pregunté: «¿Por qué te has ido? ¿Por qué no celebras este día con tu pueblo? ¿Es que no estás contenta?». Las palabras llenas de euforia de la locutora y el júbilo popular en las calles como música de fondo, me revelaron con toda nitidez la respuesta, apuntando como un gran dedo índice, erigida como un reproche: «No tengo fe».

Me indigné conmigo misma, pero no pude superar esa sensación, vaga y exacta a la vez: «No tengo fe». Ni confianza en que los que habían reinado durante cuarenta años de pronto salieran del escenario.

Apagué la radio. Abrí un libro.

«Había sido alcanzado el límite de lo vegetal», leí en él al cabo de un rato, y me dije que hay momentos considerados de importancia vital, en los cuales cada detalle, cada frase leída u oída al azar parece profética y simbólica, determinante para el

próximo curso de los acontecimientos. Se trataba de *La muerte de Virgilio* de Hermann Broch.

Entonces sonó el teléfono. «Ven, Eva», me dijo Mirek enigmáticamente; y al pedirle una explicación repitió con laconismo «ven», y colgó. Salí en la quieta oscuridad. No cerré con llave. La plaza de la iglesia del Loreto estaba tenebrosa y desierta.

Abrí la puerta, subí por una escalera y bajé por otra, avancé por unos pasillos sinuosos hasta que por debajo de otra puerta distinguí una luz tenue y giré la manilla. Al cerrar detrás de mí estalló la música: el vals *El Danubio azul* me ensordecía llevándome en sus olas; era música en vivo, dos violines, pero no vi a los músicos, porque a mi alrededor brillaban cruces de oro y custodias y biblias con inscripciones brillantes y doradas estatuas de santos y estatuillas de angelitos. En la prodigiosa noche de San Juan ocurren milagros, y me dije que ahora que se había derrumbado el muro que separaba la Europa del Este de la Occidental, seguramente volvería a ver a Karel, sí, Karel vendría a verme, ¡a lo mejor ya estaba aquí!

Mientras entrecerraba los ojos para descansar la vista y seguir escuchando, ahora, *El vals del Emperador* de Strauss, imaginé a Mirek y a Martin flotando sobre el polvo dorado como dos sacerdotes con instrumentos musicales. Uno de ellos, no sé quién, apartó el violín para abrazarme por la cintura y empezar a bailar conmigo el vals vienés que me llenó la cabeza con su dulce vaivén, con su sensual marea alta y baja en medio de las alas doradas e incensarios de oro. Mi pareja y yo danzamos y giramos cada vez más deprisa, revoloteamos a un ritmo lunático, sin aliento. ¡Ay, que me caigo!, pero Mirek, mi ya reconocido compañero de baile, me sujeta con un brazo, nos detenemos, y ese hermoso músico vestido de frac, levanta de la mesa dos esbeltas copas de cristal tallado llenas de champán. Me ofrece una y luego me abraza y brinda conmigo. De pronto, estoy en brazos del otro músico y revoloteamos al ritmo de *Los cuentos del bosque de Viena*. Entreveo que tiene barba y cejas doradas y mirada de oro, y celebramos así la entrada en una era que, convencidos, será airosa y ligera, libre e iridiscente como las burbujas de lo que bebemos, y sobre todo, sí, ¡sobre todo perfumada con aires nuevos!

Hacía veinte años que ningún aire nuevo entraba en mi nido de águilas, veinte años que pensamientos iridiscentes y perfumados, aunque antiguos, flotaban en mi madriguera cuya puerta abría cada mañana con una enorme y pesada llave digna de un castillo. Hacía doce años y ocho más que todas las mañanas entraba en la pequeña y oscura librería, donde necesitaba acostumbrarme a distinguir las cosas en las tinieblas. Como un animal, antes que nada aspiraba el olor del papel amarillento y de las tapas antiguas, de tela y de cuero, el aroma de esos volúmenes tantas veces usados que habían colmado a mujeres y a hombres hoy difuntos; y es que todos los libros, sin excepción, contienen una idea propia, aunque sea minúscula, pero siempre hermosa e inteligente, elegante o deliciosa, una idea, un giro, una frase o una palabra por la cual merece la pena sumergirse y acercarse paulatinamente al párrafo mágico o a la imagen sorprendente o a la reflexión que de súbito ilumina nuestra existencia con su aureola única y prodigiosa, bajo cuya luz entendemos algo nuevo sobre la vida y el mundo y sobre nosotros mismos, para luego comprender mejor a los que nos rodean. Y me preguntaba qué había pasado con todo ese saber y toda esa hermosura que había circulado en la sangre de los que ya no existían, y es que algo tan precioso no había podido desaparecer.

Hacía doce y ocho años, y tal vez más, que cada mañana entraba en mi nido de águilas, y después regaba las macetas de mis plantas y flores, las cuales habían crecido tanto que habían cubierto la pequeña ventana; encendía mi lamparita de pantalla anaranjada, y en un infiernillo me preparaba el té en aquella tetera, azucarera y dos tazas del juego de porcelana de Meissen, la herencia de la abuela de mi abuela, para que fuera buena anfitriona con mis invitados, aquí en la Callejuela de Oro, en el Castillo de Praga, en una casita renacentista donde según la leyenda, los alquimistas habían buscado la fórmula de obtención del oro y el medicamento que haría inmortal al hombre..., los alquimistas, que anhelaban conocer lo incognoscible, como Karel, siempre en pos de la meta más alta..., deseando lo imposible.

Hacía dos decenios que cada mañana llevaba a cabo mi ritual, siempre sola. Y he aquí que un día, cuando celebraba mi cotidiana y, sin embargo, prodigiosa ceremonia de regar las plantas que habían transformado mi nido de águilas en un jardín en medio del invierno, un jardín de las delicias en medio del pedregoso desierto del mundo, justo entonces llegaron dos hombres. Me saludaron enérgicos y alegres, de modo muy distinto al de mis habituales visitantes silenciosos, y comenzaron, sin más preámbulo, a empaquetar mis tesoros en grandes cajas. Mientras ellos recogían todos los libros encuadernados en piel y en telas preciosas, incluso aquellos que me habían regalado mis visitantes más frecuentes, me mantuve inmóvil con la regadera en la mano y la boca abierta, como en un sueño, estupefacta..., y es que durante veinte años las únicas visitas sorprendentes habían sido las pesquisas policiales, y al final me llegué a acostumbrar incluso a ellas, esos escudriñamientos eran parte de mi profesión, como las serpientes en un prado estival. Esto, en cambio, era algo distinto. Sólo cuando acabaron de cargar el último de los libros, discos y partituras en una

furgoneta roja y uno de ellos puso en marcha el motor, osé preguntarle a través de la ventanilla abierta con un hilo de voz:

—¿Adónde se llevan los libros?

—Ni la más remota idea, señora.

—¿Qué pasará con la librería?

—Me ordenaron que cargara los libros y nada más —proclamó el chófer, campechano, agitando la mano en señal de adiós al tiempo que el coche se alejaba.

Al cabo de un rato llegó la respuesta a mi pregunta: delante de mi puerta frenó otra furgoneta, nueva y brillante y, en un abrir y cerrar de ojos, otros dos hombres dejaron toda mi cuevecilla limpia como una patena para luego colocar en sus estanterías otros libros, discos compactos y postales.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté.

—Yo qué sé, señora, yo hago lo que me piden y el resto tanto me da —se encogió de hombros uno de ellos.

Al acabar el trabajo, se marcharon al igual que los anteriores.

Hojeé los libros: relucían como la furgoneta, lustrosos, resplandecientes, libros sobre la Praga turística en inglés, italiano y japonés; libros que no habían comunicado sus ideas a nadie ni se habían impregnado de las reflexiones y emociones de sus lectores; libros que nadie jamás atesoraría porque de los colorines, de las fotografías consabidas de las vistas más típicas de las torres y el muelle de la Praga turística, difícilmente alguien se podía enamorar. Sustituyeron las viejas y rayadas grabaciones con discos compactos como *The Best of Dvořák*, *Four Famous Pieces of Smetana*, *The Greatest Hits of Mozart*, *Smetana and Dvořák*, y en la tapa de alguno figuraba una arpista vestida y maquillada como para ir a una discoteca, en otro un violinista reía a carcajadas, en otro más una pianista, con una bata transparente, yacía encima de su instrumento como sobre una cama desordenada.

Después, entraron dos decididas mujeres jóvenes, con aspecto deportivo, de cabello liso acabado de lavar, traje pantalón de ejecutiva, gris claro una y gris oscuro la otra, cada cual con una cartera en la mano. No dejaban de sonreír, pero sólo con los labios, mostrando los dientes; los ojos permanecían fríos. Les ofrecí una taza de té, pero mientras la de gris claro examinaba los libros y los discos recién descargados, la de gris oscuro echó una ojeada a mi juego de porcelana resquebrajado y rápidamente, con asco, apartó la vista como si acabara de ver un nido de cucarachas. Sonriente me explicó, en voz alta y articulando con cuidado, como si yo fuera una torpe colegiala:

—Hemos tomado la decisión de convertir la librería de segunda mano en una tienda para turistas.

—¿Para los turistas? —repetí sin podérmelo creer.

—Sí. Pero de un cierto nivel —dijo la joven, pasándose las uñas pintadas de rojo por el pelo acabado de alisar con un secador, y sin mirarme, pues su vista se paseaba por mi pequeña celda que, lo presentí con un escalofrío, nunca más me pertenecería.

—¿Y yo?

—No queremos echarla del trabajo. Durante dos meses la pondremos a prueba para que demuestre que puede dar resultados —me comunicó la otra mujer, en voz alta, acostumbrada a dar órdenes.

—¿Qué clase de resultados?

—Resultados —dijo la chica.

Esperaban que aprendiera a sonreír como ellas, a moverme de modo enérgico y dinámico como ellas.

—Esos trastos viejos los echaremos a la basura —dijo cantando, y señaló con un gesto lleno de repugnancia mi infiernillo, mi juego de té y mi invernadero, mi jardín de invierno.

Recordé una estatua a la que temía de pequeña, cuando iba con mi abuela por Navidades, a contemplar el pesebre en la iglesia gótica de Santa María de las Nieves. Representaba a un ángel de rostro inocente y larga melena, con doradas alas extendidas, que se abalanzaba sobre alguien, y en el extremo de una larga barra metálica pendía una cruz, que yo de pequeña identificaba como una daga. Aquel bellissimo ángel exterminador barroco, que solía observar en la altísima iglesia gótica, era como esas jóvenes, esas hijas de su época, llenas del espíritu de esta era, ángeles que en el nombre del bien aniquilan todo aquello que está en desacuerdo, que echan del paraíso a todos los que son distintos.

—¿Sabe hablar inglés? —me preguntó la joven vestida de gris oscuro.

—Tengo alguna noción de francés y de ruso, pero mi conocimiento de estos idiomas es rudimentario y pasivo —contesté en voz baja con perplejidad y timidez.

—Pues así no iremos a ninguna parte. El ruso no nos interesa, estamos hartos del ruso y de los rusos, y el francés es una lengua muerta. Esos conocimientos, señora, sobran —dijo la otra mujer mientras ordenaba los discos con *The Greatest Hits of Mozart*.

—Usted, señora, tiene que aprender inglés, no hace falta que sepa leer a Joyce ni a Shakespeare en el original —sonrió—, pero debería conocer lo básico para poder comunicarse, porque queremos convertir nuestra capital en una meca del turismo.

—¿Queremos? ¿Nosotros? ¿Quiénes son nosotros? —pregunté, y al no recibir respuesta pensé: «¿Otra vez ese irritante *nosotros* con que nos alimentaban contra nuestra voluntad las autoridades comunistas?».

—Deberá saber vender, señora, vender esos discos compactos y esas guías, señora —insistió.

Y la palabra *señora* sonó en su boca como el apelativo a un extraño animal antediluviano, no porque tuviera cuarenta y cuatro años sino porque no pertenecía a esta época. Seguramente yo debía de ofrecer una mirada confundida, porque la joven se vio obligada a continuar su explicación mientras se mecía su recién lavada, secada y laqueada melena:

—Señora, tenemos la democracia, aquí justo al lado de usted gobierna el presidente Havel, a partir de hoy los guardias del Castillo lucen uniformes nuevos.

Todo cambia, todo se moderniza, nuestro deber es borrar las huellas de los comunistas, tenemos la democracia, eso quiere decir que tenemos que pensar en todos, todos, ¿sabe, señora?

La otra mujer insistió:

—Hay que pensar en todos los pueblos, todas las personas y todos los turistas, y podemos atenderlos bien sólo en inglés, el idioma de todos los pueblos, todas las personas y todos los turistas. Le dejaré, señora, las señas de una escuela de idiomas especializada en conversación y en temas prácticos en inglés.

Diciendo eso salieron; y al cabo de un rato me marché tras ellas pensando que no quería hablar sino leer, que no me importaba mantener una conversación fluida en inglés con un turista, sino poder leer a Dostoievski y a Lermontov, a Flaubert y Baudelaire. En una bolsa de la compra me llevé conmigo el juego de té de porcelana, las cucharitas, una postal de París que me había mandado Karel —el cual no tardaría en volver ya que cada día le esperaba en casa— y también una maceta con un geranio rosa. Abandoné en mi cuevecilla los helechos y la fucsia y el ficus.

Fue tal mi desconcierto y humillación que ese día no seguí mi camino habitual para ir a casa, sino que descendí del Castillo por la calle de Jan Neruda. De repente, constaté que durante el tiempo que bajé y subí a mi trabajo por el parque de Petřín, la calle se había transformado por completo, hasta el punto de que me sentí una extranjera en mi propio barrio, como una turista en Malá Strana. Había personas vendiendo recuerdos para los turistas, exclamativas camisetas de colores chillones: *Kafka's Prague, Kafka's Castle, The Prague of Kafka*, y bajo cada rótulo los grandes y conocidos ojos tímidos e inteligentes del escritor. Vi su rostro en los pechos de las turistas y en las barrigas de los gruesos o alargados hombres que hablaban toda clase de idiomas europeos. Vi la cara de Kafka en las tazas de café, en las jarras de cerveza y los posavasos, en las zapatillas deportivas y en los anoracs, en los paraguas y los pañuelos, por todas partes me seguía esa cara introvertida y algo triste del escritor. Cuanto más observaba, más se confirmaba mi impresión de que me había convertido en una forastera en mi ciudad, en mi barrio y en mi calle. Praga se había transformado, las oscuras calles nostálgicas se habían vestido de danza, las casas barrocas y los palacios góticos ya no saludaban a los transeúntes con melancolía; ahora, pintados de colores pastel, tomaban al paseante por la cintura para bailar una polca. Sí, mi sombría, taciturna, dolorida ciudad se había llenado de júbilo, de paradas y tiendecillas, actores y mimos, músicos de jazz y de folk.

Una vez abajo, me dirigí al jardín Vrtbovská, pero estaba en obras para los turistas, de modo que me conformé con mirar la estatua de mi buen amigo que cargaba sobre los hombros el firmamento, me gustaba ese Atlas, no Hércules, el astuto héroe, sino ese burro de carga que nadie tiene en cuenta. Vi que ambos cubos de basura estaban en su sitio, con las bocas abiertas de par en par. Me dirigí hacia la iglesia del Niño Jesús, adonde solía llevarme mi abuela, una vez al mes, para

deleitarse conmigo mirando un vestido nuevo de fábula, de cuento de hadas, del Bambino di Praga. Me abría camino, a través del clic-clic de las cámaras fotográficas, para tener ante mí al Niño con un vestidito turquesa con bordados de plata, y sólo entonces me percataba de que el Niño estaba asediado por toda clase de angelitos y santos de plata y oro y de espirales columnas barrocas, hundido bajo olas de seda turquesa y una corona de oro demasiado grande; que las masas turísticas no admiraban al Bambino, pequeño y sencillo, sino el lujo y el boato del oro y la plata y los colores y las formas de los santos que adornaban su entorno; que el Bambino mismo era víctima del deseo de suntuosidad y derroche, de la ambición de poder de la Iglesia católica, de la invasión jesuita que había asfixiado a la gran reforma de Praga, de las transformaciones eclesiásticas y políticas y sociales. Al darme cuenta de todo eso, ese pequeño y sencillo Bambino me resultó aún más caro y cercano.

Me adentré en las bocacalles poco o nada turísticas, donde iba al encuentro de los habitantes comunes y corrientes, de espaldas encorvadas bajo una gran carga y hombros hacia adelante como para protegerse, de cara gris y ceño fruncido, trajinando con una bolsa de la compra como la mía; hombres y mujeres que parecían cavilar sobre cómo llenarían esa bolsa con semejante sueldo, sobre qué sucedería, cómo continuaría aquello, qué futuro nos deparaba la vida. Caras muy distintas de las que, aquella tarde en la plaza de la Ciudad Vieja, me habían ahuyentado de tan alegres. Éstas eran indecisas, melancólicas, esbozaban su impotencia, y parecían repetir mis propias preguntas: «¿Qué será de mí ahora? ¿Cuántas vicisitudes históricas he vivido ya? ¿Cuatro? ¿O tal vez cinco? ¿Cuántas veces tuve que acostumbrarme a nuevas reglas sociales? ¿Cuántas me vi obligada a presenciar un nuevo giro político? ¿Cuántas otras tuve que debatirme entre si debía aceptar o si debía rechazar los cambios? ¿Cuántas veces aún me veré obligada a cambiar mi mentalidad y mis costumbres? ¿Seré capaz de hacerlo? ¿Qué sucederá conmigo?».

Volví a la oficina de Correos, allí donde había estado empleada hacía veinte años. Volví a Correos y pensé en lo dicho por Karel hace tanto tiempo y que con toda seguridad me repetiría al pasear juntos por la Praga libre: cada época, cada cultura, cada tradición tiene su estilo, su propio refinamiento y rudeza, su belleza y crueldad, y considera natural algo de sufrimiento y tolera pacientemente algunos males. La vida se convierte en un verdadero sufrimiento, en un infierno, cuando se cruzan dos épocas, me había dicho aquella vez en la orilla del riachuelo de Most. Karel estaba convencido de que un hombre de la antigüedad, obligado a vivir en la Edad Media, habría perecido deplorablemente al igual que un salvaje en nuestra civilización actual; que hay épocas en las que toda una generación se encuentra atrapada en el cruce de dos periodos, dos maneras de vivir, y pierde toda moralidad, toda seguridad e inocencia.

Volví a la oficina de Correos porque no sabía hacer nada y no era nada, no sabía hablar inglés para atender a los turistas y lo único que podía vender eran sellos y

timbres. En la bella calle de Kaprova en la Ciudad Vieja, con sólo cruzarla, se encontraba una pequeña librería subterránea repleta de preciosos volúmenes de literatura y pensamiento, una librería donde las empleadas danzaban como ninfas y el propietario era como el Wotan wagneriano, y a la cual acudían las personas que antes venían a verme.

En la oficina de Correos, debajo de la ventana, coloqué varias macetas con helechos y una planta trepadora que subiría rápidamente por la ventana y la pared y crearía la sombra verde de un lujoso jardín de invierno; sobre un taburete, al lado de las plantas, coloqué mi juego de té para mis compañeros de trabajo. Cuando me venían a ver mis nuevas amigas de la librería de enfrente, también a ellas se lo servía.

—¿Se lo sirvo a las señoras? —preguntó el camarero de frac y largo delantal blanco que se deslizaba entre las mesas.

—No, sólo un coñac, por favor —corregí al camarero.

—Un Courvoisier para la señora, pues...

—No, el coñac es para el señor. La señorita y yo tomaremos té.

—Tenemos Assam, Darjeeling, Earl Grey, English Breakfast, Taj Mahal y, además, toda clase de tés verdes, blancos y rojos. ¿Desean la carta de tés?

—Voy a tomar un Earl Grey —dijo Věra, y se estiró de una manera no muy discreta que, sin embargo, a ella le quedaba bien.

—Un Assam para mí —me decidí rápidamente.

En un instante olvidé que el médico me había prohibido tajantemente el té, el café y el alcohol a causa de mis problemas del corazón y la tensión alta, pero imaginé el color dorado oscuro del té en medio de esa fría tarde otoñal. Lo había elegido menos por su gusto que por su color, que armonizaba con los ocre, dorados y marrones rojizos de las hojas que, a través de las puertas de cristal, intentaban introducirse en aquel comedor de uno de los más lujosos hoteles de Karlovy Vary.

—Después de comer podemos ir a la iglesia ortodoxa rusa, como hoy es sábado al anochecer se celebrará misa —propuso Milan mientras bebía su segunda copa de coñac.

Durante los pocos días que llevaba en el balneario, donde me había mandado mi médico de cabecera para bajar una tensión que, según él, ascendía peligrosamente, había visto a tantas mujeres rusas bañadas en oro que no tenía ganas de ver ni una más. Milan no sabía qué pensar de mi cara de póquer.

—Papá, quiero llevar a Eva a la sauna. Le voy a enseñar la piscina del hotel, la sauna finlandesa y el baño turco. Pasaremos allí toda la tarde y por la noche pediremos un cóctel de gambas con vino blanco al lado de la piscina —decidió Věra con un tono que no admitía protestas.

—Pero Věra... —intentó objetar Milan.

—Papá, mañana tú y yo nos marcharemos del hotel y Eva ya no tendrá acceso a esas piscinas azules con hibiscos y palmeras, con tres jacuzzis y un hamam. Vete a la

misa ortodoxa y luego nos la cuentas, ¿te parece?

—Muy bien, de acuerdo, como queráis —sonrió Milan desde su ensoñada nube perfumada de coñac.

Había comprobado que cuando bebía más de la cuenta, me dejaba en paz; y es que Milan ahora buscaba recuperar el tiempo perdido, cuando solía darle miedo visitarme durante aquellos años en que para las autoridades yo pertenecía a los indeseables e intocables. Como funcionario, posiblemente con carnet del Partido Comunista, me había temido. Recordé los años de soledad, cuando yo resultaba invisible para los disidentes conocidos, para todos aquellos escritores y críticos, filósofos y poetas que me visitaban sólo cuando necesitaban ocultar un texto en las repisas de mi librería.

Al evocar aquella época, los cuarenta años de humillaciones y persecuciones diarias, sabíamos que estábamos obligados a agradecer al cielo la liberación de aquel triste sufrimiento gris, pero no ocurría así porque en la actualidad padecíamos de otra manera. No acabábamos de entender la lógica de la economía de mercado, tampoco lo que significaba la libertad ni cómo y en qué ser libres. No comprendíamos las exigencias desconocidas de esta época nueva. No concebíamos la libertad si no podíamos comprar nada y apenas sobrevivíamos; era una nueva no libertad en la libertad. Nos sentíamos humillados por los mismos de antes, hoy directores de grandes empresas, más poderosos que antaño, que se enriquecían sin freno como Milan, el cual, cuando le apetecía salir de excursión a Karlovy Vary con su hija, se alojaba en el hotel más lujoso del balneario, conducía los coches más caros y residía en una villa con jardín y servicio permanente, mientras al resto de nosotros, la mayoría de los ciudadanos, nos costaba pagar el alquiler de un piso pequeño y nos costaba trabajo alimentarnos con decencia. En esa miseria y desorden reinante en nuestras vidas nos peleábamos, nos quedábamos solos, como yo.

La única persona que aún permanecía en mi vida era Milan. Me avergonzaba tener que tratar a una persona como él, me repugnaba ese hombre que siempre sabía cómo salir airoso de cualquier situación; Milan, que siempre era buen amigo en cualquier época, cosa de la que yo me sabía incapaz; ahora tenía que soportarlo si deseaba seguir viendo a Věra: ésa era mi cruz. Por eso le servía más coñac de la cuenta, para que me dejara en paz ese hombre al que me unía un extraño sigilo, un secreto incomunicable.

Envueltas en un albornoz, como novias agradablemente fatigadas tras el baño caliente, paseamos bajo las palmeras. Sí, después de nadar, jugar y danzar en el agua, caminamos bajo las palmeras que, en grandes maceteros amarillos, rodeaban la piscina con forma de lago de montaña. Nos sentamos en unas hamacas para deleitarnos con la vista de la columnata de este balneario que retocaban y pulían hasta el último ornamento. Pero Věra no me dejaba descansar, me tomó de la mano y me condujo a la sauna. A la entrada dejamos el albornoz; Věra se desnudó lentamente,

era un felino perezoso que se unía a otros porque, de hecho, se trataba de un escenario: su belleza, y aún más su lozanía, atraía la atención de todas las mujeres presentes. Era consciente de ello, y se desnudaba como en los tiempos antiguos debía de desnudarse la novia en su noche de bodas, y cuando por fin la tela blanca cayó al suelo, Věra surgió como Venus de la espuma blanca, y con deleite entregó su cuerpo a las miradas, se ofreció como una enamorada a su amante, y antes de entrar en la sauna, me cogió de la mano y me guió. Mientras tanto, más señoras maduras y jóvenes se acomodaron en las gradas, aunque antes habían colgado del techo ramitas de tomillo y orégano, hojas de laurel y eucalipto, y mucha lavanda, por lo que la sauna olía como un prado estival; intensificados por el calor, todos esos perfumes resultaban voluptuosos y encantadores, eran un hechizo que afectaba a las mujeres susceptibles, tendidas perezosamente como una familia de gatas. Cada cual sentada o reclinada en su toalla blanca, untaba caras y pelo, cuellos y pechos con cremas, mascarillas y aceites perfumados. Yo masajear los pies de Věra al tiempo que le leía susurrando un pasaje del monólogo de Molly Bloom en el *Ulises* de Joyce, pero Věra me interrumpió:

—¡Qué va! ¡No es eso! Se ve que lo ha escrito un hombre; sólo demuestra que a las mujeres no nos entiende en absoluto.

—Sí, los hombres no nos comprenden, nosotras no lo vemos así —le dio la razón una rubia con el pelo corto, desde su rinconcito.

—Yo necesito ver la mirada de él. Una vez me quedé sentada con mi novio en la bañera llena de agua caliente y durante media hora nos miramos y nada más, nos deleitamos con la mirada, con los ojos nos pusimos en un trance erótico —comentó una pelirroja con el pelo suave.

—Los hombres están tan preocupados por su figura y los detalles de su cuerpo que se imaginan que las mujeres los juzgamos duramente y se olvidan de que nosotras les perdonamos muchas, muchísimas cosas, que somos capaces de no percibir siquiera sus barrigas y michelines si nos tratan con sensibilidad —añadió otra mujer, esbelta.

—Para mí lo más importante es la fantasía y el ingenio del hombre —dijo una morena peinada como un chico.

—Sí, y también es importantísimo lo que hay antes, una cena con una vela, los temas de la conversación y el tono de voz y las miradas y los gestos de las manos y las sonrisas, eso es mucho más significativo que muchos detalles físicos —confirmó la rubia.

—Además, los hombres no saben hasta qué punto nos seduce la voluptuosidad que nosotras despertamos en ellos —susurró una señora con el pelo untado con una mascarilla verde.

—A mí me gusta que mi marido me traiga flores y que me deje mensajes en el contestador; puedo parecer pasada de moda, pero esos detalles me enamoran —dijo una mujer espigada.

—Me encanta adivinar sus sentimientos a través de los detalles de su comportamiento, leer entre líneas, sentirme acompañada aunque sea a distancia, y sobre todo a distancia —añadió la pelirroja.

—Yo necesito ser la seductora, el don Juan, si no, para mí los hombres no tienen gracia —se rió la morena.

—Y yo —dijo una chica delgada con el pelo envuelto en la toalla—, yo necesito inventar a mi chico como si fuera un héroe de novela, y así, un hombre común se convierte en un Fabrizio del Dongo o en un Julien Sorel.

—Sí —la interrumpió la de la mascarilla verde—, el hombre debe saber mantener su misterio.

—¿Sabéis qué ha decidido nuestro consejo de mujeres aquí en la sauna? —preguntó Věra desperezándose y con una voz que sonó a deleitoso bostezo—: Que lo importante no es el cuerpo masculino con sus detalles, sino el deseo que el hombre sabe provocar en nosotras. Y, además, nuestra reunión de mujeres ha llegado a la conclusión de que lo más bonito del amor es el ensueño, el enigma y la magia que deberían acompañarlo. Los escritores deberían consultarnos antes de plasmar en el papel sus fantasías sobre las mujeres, que no son otra cosa que la proyección de su propia vanidad, de su ansiedad y su sexualidad. ¡Uf!, estoy asada...

Con esas palabras Věra saltó de su grada y se dirigió a las duchas.

—Adelante —se oyó una voz indolente, tras los golpes de Věra a la puerta de la habitación de su padre.

Me había sentido tan voluptuosamente relajada tras el calor y el vapor perfumado del baño de vapor y la sauna, y tras las fantasías y anhelos femeninos, que soñé con una aventura amorosa. Sin embargo, la única persona que tenía a mano era Milan, ya con una mirada vidriosa tras haber bebido más de lo debido. «Eso es lo que has hecho de él...», me dijo la voz de mi conciencia, pero la acallé cuando Věra me llevó a su habitación, me ayudó a quitarme la ropa y me puso un camisón transparente, airoso como un sueño, que me había prestado para dormir. Me contó de sus amoríos en Praga y París; me sentí acunada con su voz y sus caricias hasta que me adormilé.

A la hora del almuerzo en el hotel Pupp elegí lo que solía comer en cualquier restaurante de comida casera: sopa de lentejas y cerdo asado con chucrut y patatas. En cambio, Milan pidió platos que yo no había probado nunca: de primero una *crêpe* con setas trufadas y de segundo un *filet mignon* con *foie gras*. Věra escogió lo mismo.

A nuestro lado una joven mujer con un conjunto tejano de abundantes bordados e imaginería floral, con collares de piedras y cadenillas, bostezaba sin discreción; su marido, un hombrecillo flaco, mucho mayor que ella, con rasgos vagamente asiáticos, la devoraba con los ojos; entre ambos se balanceaba en una silla una niña cuyo parecido con la joven era asombroso, y hasta su expresión de aburrimiento mortal era idéntica; la cuarta silla estaba cargada de paquetes pesados y bolsas enormes.

«¡Milan, tus padres y tu hermanita!», estuve a punto de exclamar, pero me di cuenta de que los padres de Milan tendrían unos treinta años más que cuando nos habían ayudado a sortear las *delicatessen* de una tienda Tuzex. Además, nuestros vecinos de mesa conversaban en ruso.

Milan discutía con el camarero la elección del vino. Señaló uno en la carta:

—Por el precio no es un mal vino, caballero. Pero tenemos incluso esta categoría, naturalmente a un precio más elevado. Si se decide por uno de ellos, le recomendaría éste —respondió el camarero.

Me quedé perpleja. ¿Cómo se atrevía? La situación política había cambiado, pero el comportamiento de las personas era impertinente hasta la grosería y el servicio tan deficiente como en el régimen anterior. Recordé una situación parecida hacía unos veinticinco años o más, cuando Karel había fingido entonces no haberse percatado de la insolencia y provincianismo del camarero y simplemente había insistido en su elección.

—Sí, tiene usted razón, de hecho también he pensado en esta segunda categoría. Así que no vamos a tomar el Château Mouton-Rotschild, sino el que usted recomienda, el Château La Fleur Pétrus —replicó Milan pleno de confianza.

Věra me lanzó una mirada cómplice y con la mano esbozó un ademán como de quien tira la toalla. Desvié los ojos a través de la ventana hacia los árboles, y en voz alta describí las bellezas de los bosques otoñales y los montes que rodean Karlovy Vary. Al terminar la comida, aquella vez también Milan pidió un coñac. Mi esfuerzo por impedirlo fue vano. Al regresar a Praga, Věra se sentó al volante del gran Audi plateado y Milan dispuso el asiento a su lado para poder dormir cómodamente. «Aquí lo tienes, eso es lo que querías y lo que buscabas, ¿verdad?», me dije. Ese reproche resonó en mi cabeza durante todo el trayecto hasta el edificio de aguas termales curativas donde me habían alojado. Y ahora, ¿qué?

«¿Y ahora qué?», me pregunté en la plaza de las Cinco Iglesias. Podía elegir cualquiera de cuatro caminos. Ascendí hacia la cima buscando las cinco iglesias, pero encontré diez. Evité la calle de Jan Neruda que ya no era mía, sino de los turistas concentrados en el paraguas de la guía más que en las fachadas barrocas de las casas y los palacios, de modo que desde la calle de las Cinco Iglesias subí por la Nueva Escalera del Castillo y pensé en que toda Praga estaba construida encima de pasillos y canales subterráneos, salas clandestinas y túneles en el subsuelo; en ese momento pasaba por el túnel de Vlassky, aunque conozco otros pasadizos medievales ocultos de las miradas de todos los hombres: Túnel de Rodolfo, Caballo Blanco, Pasadizo del Rey, Serpiente... Seguí caminando con la cabeza llena de las palabras de Karel, que deseaba verme y me invitaba a París a visitarlo, era la más reciente noticia que tenía de él.

Paseaba, alegre, por el camino ascendente que me llevaba hasta el monasterio de Strahov, parte del Castillo de Praga; a paso de tortuga me dejé guiar por dos chicas

que se fotografiaban mutuamente con una minúscula cámara, vi a un monje franciscano descendiendo, y, antes de pasar al lado de la rubia cámara en mano y la morena posando como una virgen gótica, de cuerpo flexible y barriguita coquetamente expuesta, ese extraño franciscano observó detenidamente a ambas chicas.

Frente a la taberna El Café Colgado me encontré con un poeta y un traductor, que solían venir a verme a mi cuevecilla tapizada de libros. Uno de ellos se había convertido en la mano derecha del presidente Havel, y al salir se quejaron de que en el Castillo ya no era posible siquiera tomarse ni un café, que los precios eran atractivos para los turistas pero no para nosotros los praguenses, «pero tanto da», concluyó el poeta con una amplia sonrisa en su cara eslava, «aquí en El Café Colgado tienen unos panecillos... ¡mmm!». Y ambos me invitaron a una fiesta de gala en el Castillo, a la cual el presidente Havel había invitado a sus buenos amigos y conocidos, aunque no sólo a ellos. Los acompañé durante un tramo, bajando del Castillo por las calles tortuosas, y el traductor contó que cada mañana al despertar daba las gracias al cielo por la certidumbre de estar libre, de vivir en libertad.

Y mientras el traductor discurseaba, según su buena costumbre, advertí que un monje franciscano subía a nuestro encuentro: era el mismo que un momento antes, con una sonrisa enmarcada por el cabello cano, se había deleitado con la rubia traviesa de la cámara y la morena danzante. Cuando pasamos uno al lado de otro, por un instante mis ojos se fundieron con los del monje. Y entonces el poeta, el traductor y yo misma nos detuvimos unos metros más adelante para ver si todos habíamos visto lo mismo... Y el poeta susurró: «Milan Kundera». Y los tres no pudimos dejar de reír a carcajadas.

No pude encontrar un vestido de fiesta o un traje de noche que fuera adecuado para la velada que el presidente ofrecía en el Castillo. De manera que mudé mis tejanos de siempre por lo que tenía: una falda larga negra y una camiseta negra sin mangas; un fular del color de la sangre fresca y una antigua joya de granates, que me había prestado mi abuela, completaron mi atuendo. Subí por el camino que solía tomar cuando trabajaba en la librería, zigzagueando por el Jardín del Seminario, donde decenas de angelitos parecían esparcir sobre mí nubes de pétalos, blancos y rosados, de los manzanos, perales y ciruelos. Saludé a esos amigos que durante dieciséis años y cuatro o cinco más me habían acompañado hacia mi cuevecilla tapizada de libros y que ahora evitaba. Entré en el Castillo por el monasterio de Strahov, pasé debajo de los negros cuerpos resplandecientes como el oro de las estatuas barrocas de Matyás Braun, y entré en la Sala Española, donde el presidente Havel había invitado a toda una multitud para ofrecernos una fiesta nunca vista, con desconocidas delicias culinarias y vinos aromáticos, y sobre todo con su sonriente presencia, su delicada compañía. Y como si de un vals se tratara, los presentes se pusieron en movimiento; con su copa de vino se desplazaron de un conocido a otro,

de un amigo a otro, de un corrillo a otro, y la sala se transformó en el desfile de mil sonrisas, cien apretones de manos, decenas de besos; flotando al ritmo de ese vals ya no reconocí las luces, los colores y las formas, todo se amalgamó en una danza de cintas multicolores y risas burbujeantes, me dejé llevar por la fiesta de las luces, en el trance de la alegría y la amistad y la solidaridad con todos aquellos que habían sido como yo y seguían siéndolo.

En medio de semejante euforia, de hipersensibilidad fraternal, estreché la mano del señor Václav sintiendo un gran anhelo de abrazarle, pues representaba el triunfo de nuestros ideales de libertad y democracia, de la dignidad de la razón frente a la barbarie, pero se apartó de mí sonriente y marcando las distancias. Nunca hubiera esperado esa reacción. Se apartó para dedicarse a otros huéspedes, para tenderles la mano ahora a ellos, él, el anfitrión, y sonreí, comprensiva, diciéndome que tenía que ser así, que él era el presidente de la República que habíamos elegido todos y no cabía esperar otra cosa. Entonces observé a centenares de nuestros disidentes amontonados para poder estrechar la mano del señor Václav y sacarse una foto; pero no sólo a integrantes de nuestras filas, sino también a una multitud de hombres y mujeres que no había visto nunca, y reconocí en muchos de ellos esos gestos de falsedad, bajeza y crueldad que el régimen anterior había marcado en su rostro, especialmente en los que habían disfrutado de algún poder, aunque fuera insignificante, un poder que utilizaron contra los que humillaban con gran placer porque ellos mismos se sentían humillados, y todos éstos ahora se apiñaban alrededor del señor Václav y se deshacían en adulaciones, jóvenes y viejos, empresarios de éxito y estrellas de televisión, diplomáticos e importantes financieros. El señor Václav aceptaba sus halagos, radiante y satisfecho.

Me dirigí hacia mis colegas Josef y Hana, pues los había oído discutir sobre literatura del siglo xx: él intentaba convencerla de que Proust fue el último escritor del siglo xix mientras que ella afirmaba lo contrario, que Proust fue el primer gran innovador de la literatura del siglo xx. Un anciano, prestigioso germanista, se unió a nuestra tertulia en la que Josef, Hana y yo misma discutíamos recientes traducciones del francés. El prestigioso germanista dejó en una mesa su vaso de agua para peinarse con los dedos un blanco pelo ralo como el de mi abuela, mis tíos y tías abuelas que había ido enterrando a lo largo de estas décadas, y de los que ya sólo quedaba la tía abuela Nelly, que nunca hablaba, y el tío abuelo que ni a su propecta edad había perdido la inclinación a burlarse de todo y de todo el mundo. Mientras el germanista se pasaba los dedos por el cabello, paseó la vista a su alrededor y se lamentó con un hilo de voz: «Cuántos comunistas por todas partes, no ha cambiado nada, siempre ha habido y sigue habiendo comunistas por todas partes, nos asedian incluso aquí, en presencia del presidente Havel, nos volverán a dominar otra vez, no tienen suficiente con lo que han hecho...». Nos contempló a los tres, pasándose los dedos por el pelo y gritó dirigiéndose a Josef: «¡Usted fue una fiera comunista, lo sé muy bien!». Sin embargo, yo sabía que Josef nunca había sido miembro ni simpatizante de los

comunistas; al contrario, en Laterna Magika, junto con Havel, Josef había preparado nuestra Revolución de Terciopelo. Mientras Josef se defendía de esas acusaciones, el viejecito se dirigió a Hana... «Usted está bien, limpia, usted es de los míos, usted nunca ha tenido nada que ver con esa gentuza. Y usted —me dijo a mí—, de usted no sé nada, pero la considero sospechosa...». Volvió a observar el júbilo de la muchedumbre con una mirada lunática, gritó que los comunistas nos asediaban y sentí deseos de tomarle de la mano y conducirlo al aire libre, nocturno, para que mirase las estrellas y no sufriese.

En silencio, sin excusa, sin explicación alguna me aparté del grupo. En los jardines brillaban los charcos reflejando las estrellas que, desde el cielo y la tierra, en silencio lo contemplaban todo y seguían brillando, eternas, frías, indiferentes.

Con frialdad e indiferencia respondí al saludo de la empleada del guardarropa y de los camareros, cuando acabé de subir al segundo piso y sin aliento me adentré en la luz amarilla del café. Elegí una mesita desde la que podía observar a todos los que llegaban. Mientras Milan se había alejado para traer varios periódicos, examiné el resto de las mesas. No, el hombre con el que tenía una cita aún no se había presentado.

Con cada cliente nuevo levantaba la cabeza: ¿Será él? ¿No tenía esa postura en los retratos? Había encontrado unos treinta retratos, casi tantos como años de conocernos. Una semana antes había descubierto esos dibujos, una noche en que buscaba en vano mi partida de nacimiento entre los muchos papeles acumulados a lo largo de mi vida. Al final, hallé los esbozos de mis años de estudiante. Además de algunos floreros y cacharros, puentes del Moldava y ramas de árboles, que había dibujado en mis excursiones con Karel, descubrí varios retratos del joven que fue mi modelo, un músico que tocaba en un cuarteto con Karel: cara ovalada, movimientos en cámara lenta que revivieron al examinarlos. Fue una grata sorpresa, y seguí mi impulso de compartirla con alguien, pero mi abuela ya estaba acostada, de modo que me acerqué con los dibujos a Milan, que había venido a casa en una de esas visitas que me veía obligada a aceptar. Orgullosa de mi arte de antaño, le enseñé los retratos del joven efebo a la espera de su reacción; sin embargo, Milan echó un rápido vistazo a los esbozos y, acto seguido, dirigió su atención de nuevo al televisor, al tiempo que se apoderaba de su copa de coñac. Y es que más de una vez, durante sus visitas, yo le había ofrecido una copa y luego otra, hasta que, acostumbrado, Milan había empezado a beber botellas de un coñac francés que él mismo traía y lo dejaban en estado de ensoñación. Así dejaba de molestarme con sus exigencias; un poco más tarde, llamaba un taxi para que se lo llevara a casa, a los brazos de su mujer. Sí, por mi culpa, Milan se había habituado a la bebida, y era tal vez un alcohólico. Ésa era mi venganza, ¿contra Milan?, ¿contra la vida misma? Pero a pesar de su disimulada indiferencia, la cara soñolienta de Milan adquirió una expresión de desprecio tras mirar los dibujos; y es que el joven retratado era hermoso. Me di cuenta de ello al

advertir su ademán de rechazo; era evidente que había comparado su actual figura a los cincuenta años, rechoncha y barriguda, con la del armónico y esbelto joven retratado. Además, ese cuerpo, por cierto, tenía un gran parecido al de Karel, por lo que en ese instante dejé de hacerle caso a Milan.

Ahora, en el café saboreaba una taza de chocolate caliente con nata mientras esperaba mi cita. Sentía que me acechaba una migraña, lo que se había convertido en algo habitual últimamente —el tratamiento en Karlovy Vary no había dado resultados apreciables—, pero no me lo tomé en serio. Señoras mayores llegaban al café para conversar un rato y deleitarse con los pasteles, los estudiantes se sentaban a las mesillas y bebían café y chocolate.

—Buenas tardes. Te acuerdas de mí, ¿verdad, Eva? Hace sólo pocos años que nos vimos por última vez.

Había llegado desde el otro lado, del interior del café. Me explicó que había comprado un libro y había empezado a leerlo mientras esperaba. ¿Cómo es que no lo había visto? Lo supe enseguida, pues vestía jersey, americana y una larga bufanda india anaranjada, informal. Y es que solía verle siempre de frac, en nuestros desayunos sobre la hierba, rodeados de mitras y angelitos, rosarios y cálices dorados. Presenté a Mirek a Milan. Lo miré con atención discreta: ahora, con el pelo ralo, parecía aún más interesante. De repente advertí la sonrisa de alguien en un gran espejo, eran gestos animados y furtivas miradas llenas de coquetería. Sí, en el espejo reparé en una mujer que de tan radiante no estaba segura de si efectivamente se trataba de mí misma.

Comencé a contarle a mi viejo amigo las impresiones de mi trabajo en la librería de viejo, mientras me parecía verme reflejada en sus ojos aún bailando, y acerca de mi actual empleo en una oficina de Correos, donde pasaba ocho horas diarias, y a veces nueve, desempeñando tareas absurdas. No entendía, me sinceré con él, por qué mis superiores me exigían cosas inútiles, como fichar a la hora de llegada y de salida. El único deseo que albergaba, le conté, era visitar París. ¡Aunque fuera sólo un fin de semana!

Mirek asentía y yo me deleitaba hablando de una de las hijas de Milan, Věra. Mi entusiasmo fue contagioso y me contó la historia de Martin, que tenía por mujer a la actriz de los movedizos senos artificiales; Martin se había convertido en el embajador checo en Italia; no, no tenía ni idea de diplomacia, pero en esa época no había diplomáticos sin pasado comunista, por lo que se mandaba a personas de diferentes profesiones y aptitudes a los distintos países, y al violinista Martin le tocó la suerte de ejercer de embajador en el país de Vivaldi, Locatelli y Caruso. Mirek se puso a narrar anécdotas de su estancia en la India, también como embajador, y nos contó sus impresiones de las clases de yoga y violín indio que él mismo, ahora que ya no era embajador, impartía en uno de los grandes centros de cultura asiática de Praga.

Volví a echar un breve vistazo al espejo. Constaté que miraba a una mujer alegre y rejuvenecida, acompañada de un hombre atractivo con un fular indio del color del

coral. ¡Karel!, estuve a punto de exclamar, pero por suerte la llegada del camarero lo impidió. No presté atención alguna a Milan, que con un periódico en una mano y una copa en la otra, estaba como si no hubiera venido conmigo. Me pareció distinguir a una pareja, dichosa por el encuentro, a punto de hundir sus miradas en los ojos del otro.

Mirek se levantó para darle la bienvenida a alguien. En el espejo había otra mujer a su lado. «Zuzana», la presentó. Era una rubia de traje chaqueta negro, collar de perlas que le ceñía el cuello y un par de minúsculas perlas en las orejas. Continuamos la conversación. En el reflejo ya no resultaba tan espontánea y animada, y dejé de mirarme. Zuzana hablaba poco y sonreía mucho y, por algún motivo que ignoraba, me causaba irritación. La sonrisa y las perlas de Zuzana me pusieron de mal humor. Mi dolor de cabeza se intensificó. Ella bebía su champán con parsimonia, y Mirek la miraba como si fuera el mismo cielo estrellado. Yo veía el cuello esbelto de Mirek, acariciado por el fular de seda indio, y con una súbita y profunda tristeza me quedé escuchando su charla sobre la visión de la vida de los hinduistas, sobre su noción de la historia universal como un ciclo.

Más tarde, cuando Milan y yo nos dirigimos al metro, ambos callábamos. Milan se detuvo ante un escaparate: airosos camiones y sujetadores transparentes y braguitas en miniatura flotaban por allí. Pero yo anhelé estar sobre una mesa en medio de misales dorados, angelitos barrocos y muchos platos con un desayuno digno de reinas, dejar que dos hombres quitasen una camisa airosa y un sujetador transparente, deseaba que dos pares de palmas jugueteasen con el cabello y los brazos...

Miré la carnosa nuca de Milan que entraba en la tienda. ¿Por qué me entretiene?, pensé con impaciencia. Tenía ganas de llegar al metro, atravesar volando el túnel subterráneo para entrar en casa y empezar a aliviar mi migraña, postrada en un sillón con alguna novela francesa, olvidarme del mundo en el que se me obligaba a vivir de un modo que no había elegido.

Milan salió de la tienda tendiéndome un paquete ligero, adornado con un lacito blanco. Le temblaban las manos.

Me temblaban las manos, sobre todo al principio, cuando los clientes me miraban indiferentes, pero con prisas y nervios patentes en sus gestos a través de la ventanilla de cristal. Hacía unos cuantos años ya que vendía timbres y pólizas, sobres y sellos en los que figuraba Václav Havel, nuestro primer presidente que sonríe. Vendía sellos con un Havel rojo y azul, verde y lila a los clientes presurosos, pesaba sus paquetes y cartas, y atesoraba mi rinconcito con plantas y flores, macetas y floreros, platillos cubiertos de pétalos y tazones con agua, en cuya superficie los ojos de las flores observaban orgullosamente el mundo, sabiéndose hermosas y dignas de admiración; era un pequeño lago de montaña privado en el cual cultivaba mis nenúfares rosados y blancos, mis rosas acuáticas amarillas y lilas, y si contemplaba un rato ese tazón, su

superficie se transformaba y las cabecitas de las campanillas y de las margaritas eran las ninfeas de Monet, y las bailarinas de Dégas.

Las personas que atendía en mi ventanilla me miraban a mí y a mi entorno con rencor, sus ojos y labios no sonreían como los del presidente Havel; había desencanto en su rostro, el desencanto que se produce al final de una vida, el desencanto más terrible de todos porque es irremediable; un poeta lo definió como el sol negro de la melancolía, en tanto que nuestro presidente lo había reducido a un humor de perros.

Sólo algunos se fijaban en mi arreglo floral, una minoría de esos clientes cuyos labios se habían petrificado por la decepción presente de tener menos posibilidades, unos años después de nuestra Revolución de terciopelo, de la cual sin embargo nos sentíamos orgullosos. Sí, todos esos transeúntes cotidianos, que ya habían confiado en que algo cambiaría en los años sesenta y luego otra vez en 1989, ahora, transcurrido este tiempo, habían aprendido la lección de que su confianza, deseo y esfuerzo no habían logrado nada o casi nada para ellos, pues aunque habíamos establecido la anhelada democracia, en ella medraban sobre todo los que habían vivido bien durante el antiguo régimen, y podían celebrarla porque todos los gobiernos les sentaban bien.

Mis compañeras de trabajo disfrutaban de una tarta de ciruelas que había horneado el domingo para ellas.

Acababa de sellar una carta dos veces y había despachado otra sin sellar. Me dolía la cabeza. Hacía un momento, tras haber sellado el sobre de un señor, había aceptado su dinero pero había tirado su carta a la basura. Cometía todos aquellos errores porque, desde temprano, no podía quitarme un asunto de la cabeza. Mi ropa. Mejor dicho, mi falda. La falda que el día anterior había desplegado encima de la cama, mi mejor falda, negra, de terciopelo, con tiras de seda bordadas que me había puesto mil veces y las mil veces había causado la admiración de mis visitantes en la librería, donde un día me la había traído una jovencita a quien le había quedado pequeña; esa falda, que en la tenue luz de la librería quedaba como un vestido de baile de salón, en el brillo de una elegante ciudad como París se convertiría en el delantal de la Cenicienta. Lo comprendí cuando al ponérmela me di la vuelta ante el espejo de mi habitación. Pero no tenía alternativa, pensé, bueno, tal vez los tejanos. Me los puse de prisa y me imaginé paseando por el bulevar Saint Germain con Věra, la cual me habría incitado a salir para conocer la ciudad donde vivía Karel. Karel, que por fin, ahora sí, me invitaba a ir a París. Daba vueltas ante el espejo..., no, eso no podía ser..., a ver desde este lado..., no, tampoco pasa, ni de atrás... No. Si quería ver a Karel no podría llevar esos tejanos. Me quedaban tan amplios como los pantalones de un chándal.

Vendía sellos, pesaba paquetes y sobres, sellaba cartas y anotaba la facturación, pero mi única ansia era estar, si no atractiva, al menos aceptable. ¿Comprar algo usado? No, ¡comprar algo en París! Pero ¿es que tenía dinero para ello? ¿Y cómo podría pagar si Karel me invitaba a cenar? ¿Qué vestir para esta cita veinticinco años

después? Vi la escena con nitidez: un café, risas, nubes de humo, voces alegres, la picardía de los camareros; bellezas vestidas y maquilladas a la última moda, algunas con faldas ligeras como el aliento y otras con estrechos pantalones en sus esbeltas caderas deportivas; entre el frufrú de las faldas de seda y de la comedida satisfacción general está sentado un hombre de melena entrecana que, expectante, nervioso, tamborilea sobre su libro, y en su rostro hay un interrogante lleno de esperanza; entra, entonces, una mujer de sonrisa tímida, falda negra de terciopelo, con tiras bordadas..., no: amplios tejanos sin forma..., y la chispa en los ojos del hombre se apaga, baja la vista hacia las páginas del libro para ganar tiempo, para no delatar su decepción... ¡No! Si esto iba a suceder, prefería no verle.

«Sellos para dos postales, una carta certificada y un paquete destinado a Alemania, sesenta y ocho coronas, señora», devolví tres billetes de diez y una moneda de dos coronas, mientras que el billete de cien lo guardé en un cajón. «Sellos para cinco postales para Estados Unidos», pidió en voz alta una jovencita de acento extranjero rubia y redonda con hierros en los dientes, y los exponía en su amplia sonrisa sin avergonzarse en absoluto —como yo cuando era pequeña—, al contrario, se había pintado los hierros de color verde, como una medalla honorífica de su juventud; sonreí también cuando le devolví las monedas en su palma alargada y se marchó sorprendida, señalando mi flora y susurrando: «¡Wow!».

Coloqué en la balanza un pesado sobre para la India y tres cartas para Brno, e imaginé el plano de París en el que cada barrio estaba dibujado con un color distintivo, el quinto *arrondissement* en rosa, el sexto en azul, el dieciocho en amarillo. De tanto estudiarlo me conocía París al dedillo. Intentaba imaginarme qué aspecto tendría Miromésnil, la Opera la conocía por las fotografías, pero ¿cómo era el Jardin des Plantes? Sin ninguna duda éste sería el primer lugar que visitaría si pudiera viajar a París; el Jardin des Plantes seguramente sería un edén con decenas de especies de rosas y sus distintos perfumes..., la *Gloria Dei*, tiernamente rosa, la *Papageno*, de un rosa intenso, la *Peach Melba*, asalmonada, la *Charlotte*, color marfil... Con los ojos cerrados era capaz de recitar los nombres de las paradas de metro, nadie me podía sorprender con estaciones secundarias como Vanves, Ourq, Bobigny o Saint Ambroise; conocía bien todas las cuentas unidas en el collar con hilo verde y rojo, lila y rosa, gris y marrón y todas las otras y, además, había leído todos los libros de Flaubert y de Balzac, y todo *En busca del tiempo perdido* para estar bien dispuesta antes de mi viaje a París.

Sin embargo, cuanto más conocía la ciudad, más nítidamente veía que no podría visitarla..., salvo que...

Coloqué en la balanza un paquete grande y pesado para Argentina.

—¡Por avión! —me ordenó una señorita pelirroja.

—Saldrá caro —la avisé.

—¡Qué le vamos a hacer! —replicó encogiéndose de hombros.

De modo que acepté de la joven un billete de mil coronas y le devolví setecientas.

El billete de mil crujía entre mis dedos. Muy despacio, lo guardé en su sitio del cajón, sobre un montón de otros billetes de mil. Los miré: cada cual en su lugar, decenas y centenares de billetes grises y rojos y azules y anaranjados. Con firmeza cerré la gaveta. Seguí recibiendo paquetes y sobres, seguí sellándolos. Después de mi jornada me acomodé con mis compañeras de trabajo ante una mesita a tomar una taza de café.

Sin embargo, tras un breve instante me dirigí al servicio y ante el espejo me recogí el pelo, me mordí los labios, ¿no se arreglaría mi aspecto con un peinado distinto, con un lápiz de labios a la moda y para los párpados una sombra dorada del color de mis ojos? Volví a imaginar las calles de París, Věra como una corza con sus gráciles piernas alargadas, enfundadas de azul tejano, y a su lado una señora de labios color mandarina a la última moda, pero con pantalones demasiado amplios... o con una falda que parecía un saco, por lo que la señora tenía un aspecto pesado, campesino, del Este... ¿Cuánto cuestan unos tejanos de marca? Demasiado para alguien que trabajaba en una oficina de Correos y vivía con su abuela, que recibía una pensión insuficiente. Volví a soltarme el cabello y me pasé la palma de la mano por la cara, como si quisiera borrar mis rasgos.

Apuré la taza de café en compañía de mis colegas para marcharme. Me dirigí hacia la puerta. Mi bolso no colgaba de mi hombro como de costumbre, sino que lo estrechaba bajo el brazo. Estaba lloviendo, tenía que protegerlo y con la otra mano recogí mi paraguas del perchero. Bruscamente, abrí la puerta de la calle y en ese instante se acercó la encargada. En voz baja, me dijo unas palabras cuyo sentido no entendí..., me encontraba mal..., mi corazón golpeaba como un martillo, la sangre me había subido a la cara, a la cabeza. Sin querer, ceñí el bolso aún con más firmeza. La encargada repitió su frase en voz alta y con más énfasis. Abrí el bolso. De él extraje el monedero y le tendí un billete.

Al otro lado de la calle, el señor Fiser me saludó con la mano y luego bajó la reja de la librería Fiser. Me fingí distraída y crucé en dirección al palacio de conciertos de Rudolfinum, pues no quería ver su sonrisa inteligente; tenía la sensación de que había ironía en ella, como en las caras de mis colegas, que me habían visto hacía un momento desde las entrañas de la oficina de Correos, paralizadas, estupefactas; ninguna me había apoyado y, en medio de todas aquellas bocas abiertas, la encargada había insinuado algo sobre la policía. Pasé de largo a decenas de transeúntes y recordé lo sucedido: no podía haber sido yo, era otra quien se repitió que nunca había tenido nada, ni viajes exóticos, ni bellos y tiernos amantes, ni vestidos lujosos. Esa situación nunca me había molestado, pero en ese momento ¡sólo me faltaba algo de ropa decente y ser capaz de pagar mi cena en París! Pasé de largo a incontables peatones y me pareció que todos me miraban y que sus ojos reflejaban desprecio, para ellos era un insecto nocivo.

Miré el pavimento. ¿Qué haré mañana al levantarme? ¿Qué haré todo el día, y pasado mañana? El pavimento era gris y brillaba bajo la fina lluvia.

Cansada, abrí con llave la puerta del piso. ¡Ojalá mi abuela no estuviera en casa!

¡Ojalá pudiera estar sola!

La voz de mi abuela me llamó alegremente desde la cocina:

—¡Hola, preciosa, buenas tardes! Acabo de sacar del horno un bizcocho para ti y tus compañeras de trabajo, ya que el otro día lo disfrutaron tanto.

«He disfrutado tanto ese vino que he bebido casi toda la botella yo sola. Ahora prefiero acostarme. Así que no te acompañaré a la recepción en el Castillo, me quedaría dormida allí mismo» —se rió mi abuela, desenfadada tras nuestra celebración casera por sus noventa años, con cuyo pretexto había intentado animarme tras mi reciente trastorno.

Si no fui a París, en realidad no fue a causa de no tener ropa nueva; se trataba de otra cosa. Había pasado toda mi vida entre personas mayores, había trabajado entre libros y discos viejos, en un país donde todos los relojes estaban detenidos, en una ciudad que hasta hacía poco estaba cubierta de andamios, un país cerrado como una cárcel en el que no me relacionaba sino con un grupito de prisioneros como yo. Muy en el fondo sabía que no debía viajar a París por más que lo deseara, y es que tenía miedo: temía que a mí, una recién llegada de ese tenebroso y lúgubre espacio que había permanecido muchas décadas sin ventilar, no me aceptara el Occidente civilizado, racional y leve, pues yo parecería torpe, necia e incivilizada.

Era Milan el culpable de la melancolía y el vacío en los que me estaba hundiendo. Él acababa de regresar de París acompañando a Věra, pues había aprovechado mi pasaje, mi reserva de hotel y, además, mi cita con Karel, a la que Věra se había negado a acudir. ¡Qué cara debió de poner Karel cuando en el café Bonaparte se presentó el hombre culpable, al menos en parte, de que él, Karel, hubiera decidido abandonar su país hacía tantos años con el fin de no volver a verle nunca más! Milan dijo que Karel había hablado ampliamente de mí.

Hace unas horas ya que mi abuela está durmiendo. Me estoy quitando el vestido nuevo que Milan me ha traído de París y me he puesto para la recepción en el Castillo. Mientras me desnudo pienso en lo que Milan me ha contado hace sólo un momento, cuando me acompañó a una de esas recepciones que Václav Havel, a veces, casi nunca, organiza para sus amigos y conocidos, además de las celebridades, los de antes y los de ahora. Milan me ha contado su encuentro con Karel:

«¿Vamos a pasear? —le sugirió Karel a Milan—. Ha comenzado a nevar en el instante en que hemos empezado a hablar de Eva, ¿se ha dado cuenta?

»—Tutéame, hombre, si somos conocidos de toda la vida —le pidió Milan.

»—No, gracias, no tengo ganas de tutearle, aunque nos conozcamos de pequeños.

»—Eva no ha venido, y veo que usted está como unas pascuas, sin inmutarse —señaló Milan.

»—No, se equivoca. La cita con Eva, prevista para hoy, me ha ofrecido momentos de inmensa alegría anticipada, aunque mezclada con cierta dosis de angustia.

»—¡Hala, no me venga con cuentos!

»—Bueno, pues de hecho no se equivoca del todo, Milan. Le seré franco, sobre todo porque el espíritu de Eva parece acompañarnos.

»—Soy todo oídos.

»—Eva fue y sigue siendo mi mujer —empezó Karel su explicación—, aunque no

la haya tocado. Fue y sigue siendo la mujer de mis sueños aunque durante décadas no la haya visto. Eva fue y sigue siendo para mí el ideal de la pureza y la lealtad, casi diría de la fidelidad, si esta palabra no formara parte de la jerga propia de la hipócrita moral burguesa. Y ese ideal, esa Eva fresca, juvenil, deseable, sigue viviendo en mí y vivirá en mí siempre.

»—Me cuesta creer lo que me dice, la verdad. Habla usted como un libro de otra época.

»—Lástima que me interrumpa, porque me gustaría contarle muchas más cosas acerca de Eva y de mi relación interior con ella, a distancia, desde mi soledad de exiliado. Nunca he frecuentado la iglesia porque no soy creyente, sin embargo ésta es una especie de confesión y usted algo así como mi confesor.

»—Esto de la soledad del exiliado no lo tengo claro. ¡Si tiene que ser fantástico vivir en el extranjero!

»—Usted lo imagina con demasiado romanticismo, como si se tratara de salir de casa en busca de oro y tras años de prodigiosas aventuras regresara con un saco lleno de monedas. No, el exilio es un interminable, fatigoso viaje hacia lo desconocido y a través de lo desconocido, que se lleva a cabo en soledad y del que no hay regreso.

»—¿Que no hay regreso? Ahora puede volver a su país cuando le dé la gana. ¡Y debería hacerlo!

—Me doy cuenta de que usted nunca ha vivido nada parecido y que no lo puede ni imaginar. No, Milan, no me contradiga: no hay retorno posible del exilio. Ulises regresó, es cierto, pero en su ciudad ya no pudo sentirse como en su casa porque durante su ausencia todo había cambiado, y a su regreso nadie lo reconoció, ni su niñera, ni siquiera su propia mujer. A nadie le hizo falta.

»—Bien. Pero volvamos a Eva. ¿Qué me iba a contar de ella?

»—De niños jugamos juntos, luego pasamos algunos años sin vernos. Nuestro nuevo encuentro estuvo envuelto en una atmósfera intelectual y estética tan especial que nos dejó a ambos cautivados, y el hechizo de aquellos instantes proyectó una luz teatral y solemne sobre nuestra amistad posterior, marcada por la timidez, el respeto y el candor.

»—Pues con ese cuento de que ustedes nunca se acostaron me está tomando el pelo.

»—No, con Eva no he conocido el amor físico. Ya que no ha venido, que no quiere verme y que no volveremos a vernos nunca más, se lo puedo contar. Soy solitario, taciturno, un monje errante, por más poblado que esté el desierto. Y ya se sabe, una relación física implica perder la ecuanimidad y poner en marcha los instintos más animales y ciegos; es una selva repleta de flores de perfume embriagador, con frutos de sabor delicioso y calor tropical en el que se pierde la capacidad de reflexión, en la que, guiados por el instinto, nos entregamos sin reserva a los aromas seductores. Se acaba penetrando cada vez más profundamente en una frondosidad de lianas y troncos serpenteantes, de flores exóticas de tonos cegadores,

y el anhelo de asirlas lleva hasta las tinieblas, a un nudo de raíces y ramas que nos aprisionan. Si se encuentra un camino de regreso, el viaje no puede ser sino amargo y penoso.

»—Me marea con sus palabras. Se le ve el plumero: usted tenía miedo de fallar y huyó por cobardía.

»—¿Por cobardía? Mmm..., no lo creo. Me parece que no. El amor físico, cuando está acompañado por el encanto, suele ser posesivo, egoísta, intolerante. En realidad está tejido de emociones vergonzosas. Habría hecho cualquier cosa para no sentirme avergonzado ante Eva, y menos ante mí mismo. Además, una relación física, si se está enamorado, no puede ser más que tempestuosa y aniquiladora como una tormenta que deja a su paso muñones de árboles, ruinas de edificios.

»—¿Sabe lo que es? Un papanatas. Un cobarde y un pobre desgraciado, un infeliz por naturaleza.

»—El hombre no vive para ser feliz. ¿Por qué debería serlo? No hay nada que nos haga felices: el amor, el verdadero amor apasionado, el amor a vida o muerte, el que los griegos antiguos denominaron Eros, es como las alas de una mariposa: sus colores vivos pasan volando y dejan un desierto tras de sí. ¿Y la familia? Tampoco nos conduce a la felicidad, su horizonte limitado sólo puede satisfacer a temperamentos serviles. Un hombre libre está solo, es consciente de su soledad, busca su soledad. Sin embargo, persiste una eterna contradicción difícil de aceptar: incluso un hombre libre necesita de ternura. Busca a aquellas personas que intuye serán capaces de aportársela, pero cuando ofrecen su cariño, las rechaza y hiere. Es imprescindible que el hombre libre sea consciente de la contradicción que alberga, aunque esa conciencia no solucione nada. Es imprescindible que el hombre sea franco y honrado consigo mismo.

»—Pero todo esto son frases y más frases, y bastante aburridas. Ahora le diré lo que pienso yo, niño: un hombre infeliz se oculta tras palabras grandilocuentes mientras que un hombre feliz no necesita ni frases rimbombantes, ni títulos honoríficos porque él vive y punto. Pero vayamos a Eva: ¿cómo puede considerarla su ideal si nunca la ha conocido como mujer? ¡Es en la cama donde se conoce a las personas!

»—Se equivoca, ¡cuánto se equivoca! La conozco, pero de otra manera. Saboreé el cuerpo de Eva como un gourmet el caviar persa: con delicadeza introduje diversas partes de su cuerpo en un lápiz, el cual, acto seguido, las proyectaba en una hoja.

»—¡Qué bobada! ¿Es que no se da cuenta de que una relación así es una chiquillada?

»—Se equivoca usted otra vez. Al contrario, es una unión más perfecta que la habitual, porque nunca se hunde en las aguas pantanosas del automatismo que caracteriza el acto habitual, cuya previsibilidad paulatinamente priva la unión entre un hombre y una mujer de toda sensualidad y hechizo. Una vez le pedí a Eva que comprara unas cuerdas en Florencia, aunque podía conseguirlas fácilmente en Praga,

e incluso en Most había una tienda especializada en ello. De modo que de las manos de Eva acepté esas cuerdas, las mismas que durante todo su viaje llevó en su bolso, para tocar con ellas. ¿Sabe lo que son las cuerdas para un violonchelista, señor? ¿Las cuerdas que él hace vibrar con su arco? De ese modo, Eva siempre me acompañaba, en todos los ensayos y todos los conciertos, y en mi casa. Con su ayuda siempre estaba inspirado, de modo que tocaba con empeño y bien. Con entusiasmo, señor. ¿Sabe lo que es el entusiasmo para un músico? Es algo mucho más importante que leer todas las notas correctamente y no dejarse ninguna mientras se toca. Gracias a las cuerdas de Eva no me faltó el fervor rebosante de inspiración.

»—Pues me toca a mí revelarles algo: desde hace muchos años Eva es mi amante.

»—¿Perdón? Eva... ¿su amante? Permítame que me ría, señor.

»—Se lo puedo demostrar.

»—¿Cómo?

»—Eva me envió una postal donde escribió: “Desde Most, ciudad inmersa en una niebla de humos tóxicos, recuerdo nuestros momentos juntos como una vista, desde un oscuro inmueble, a un soleado jardín invernal... Tuya, Eva”.

»—¡Pero si esto me lo escribió a mí! Ni siquiera pude contestar tal declaración de ternura y fidelidad para no estropearla.

»—Pues ya lo ve. Pero ¿qué tiene? ¿No se encuentra bien?

»—No. No pasa nada. Es que nunca me habría esperado algo así.

»—Pues prepárese, porque aún no hemos acabado. Ahora viene lo bueno. ¿Listo?

»—Sí.

»—Escuche bien, no se lo pierda: la verdadera madre de mi hija Věra es Eva.

»—¿Perdón? No me haga reír. ¿Eva..., la madre...?

»—Así es. Como yo estaba bien considerado por las autoridades políticas y tenía medios e influencia, hace un par de décadas le quité el bebé a Eva para que se criara en un ambiente normal, en vez de crecer entre marginados y disidentes. Así me aseguré de la presencia de Eva, pues ninguna madre quiere perder el contacto con su hija. Eva estuvo y sigue estando a merced de mi benevolencia. Maté dos pájaros de un tiro: conseguí a Eva y a su hija.

»—¡Sinvergüenza! ¡Canalla! ¡Cállese! Eva tuvo una hija... y además con usted... Nunca me ha dicho ni una palabra... Eva es un espejismo..., ¡un espejismo, como toda mi vida!

»—Cómo se ha dado la vuelta la tortilla, ¿eh?».

Milan acabó de contármelo a nuestra llegada al Castillo. Yo sentía tanto frío que temblaba. Sigo teniendo frío.

En la recepción me aparté, no soportaba más su presencia. Y aunque mi cuerpo estaba helado y temblaba de escalofríos, mi cabeza ardía.

A pesar de una terrible migraña, intenté desviar mi atención hacia otras cosas. Noté que entre la multitud de mujeres enjoyadas y relucientes y hombres de negro

destacaba una borrosa cazadora color caqui, pero que no era militar sino de algún disidente. Reconocí a un hombre barbudo de sonrisa infantil y mirada amable; se trataba de un poeta que solía venir a verme a la librería. Era distinto de los demás, un marginado como yo y pertenecíamos a otra época, a otro lugar. Algunos radiantes invitados a la recepción se reían de él; otros, se burlaban a su espalda, y todas las risas y muecas significaban lo mismo: «¿Aún adoptas el papel de marginado de la sociedad? ¡Ha llegado una época nueva, cuyos dueños somos nosotros, ya nada tenemos que ver con la marginación!». Y con superioridad se alejaban, uniéndose, radiantes, a los demás, apartándose de todo lo que olía a disidencia, como la del poeta barbudo que se había resistido al totalitarismo, pero que ahora tampoco se mostraba entusiasta con el actual capitalismo desenfrenado que carecía hasta de una legislatura adecuada. Yo no me aparté del hombre barbudo, al contrario, me identifiqué con su fidelidad, incluso con su manera de vestir, pues no soy de los que se sienten felices y alegres, los que en la Sala Española del Castillo de Praga brindaban con champán francés por la fraternidad, y casi se cogían de las manos en el corro de los elegidos para cantar la *Oda a la Alegría*, un corro en el que sólo podían entrar los afortunados y triunfadores. A mí me habían excluido de su círculo.

Salí al patio, aunque la recepción no había concluido. Paseé por los jardines, que hoy también relucían tras la lluvia, evitando los charcos en los que se reflejaban las arcadas y las torres, las fachadas y las torrecillas iluminadas del Castillo, y pensé en los millones de dichosos que ahora, en alguna sala, cantaban y bailaban con Schiller, entonando su *eufórico presto*: «Los que no lo han logrado nos molestan en nuestro canto: que se alejen llorando».

Me marché del Castillo. Me fui a casa.

En casa, delante del espejo de mi habitación intento quitarme el vestido nuevo de París. Milan ha vuelto y se ha sentado en la sala de estar, con su copa de coñac. Intento no pensar en nada, me esfuerzo por convencerme de que no soy una marginada por segunda vez, una marginada por mi soñada democracia, una fracasada y una infeliz. Intento no pensar en el hecho de que Karel y yo hemos desperdiciado nuestro amor, me esfuerzo en no sentir esa pesadez en la nuca ni que me estalla la cabeza. Apago la lámpara del techo y enciendo la de mi mesita de noche. Me concentro en el vestido: es fino como el traje de baile de la Cenicienta, tan airoso que cabría no sólo en una calabaza sino en la cáscara de una nuez. La cabeza me duele a reventar y las mejillas me arden; tengo que sentarme. Intento desnudarme, pero siento tanto hormigueo en los dedos, además de los labios, que no puedo. Milan me ayudará a desabrochar y a quitarme el vestido. Aunque prefiero no pedirselo, me lo dejaré puesto hasta que se me pase la migraña. Siento el pulso de la sangre en la cabeza, el suelo se balancea... Tengo frío, un sudor frío cubre mi cuerpo; me voy a poner una bata sobre el vestido, no quiero que Milan me vea en esta ropa casi transparente. ¿Dónde está mi bata? ¿Y por qué sigo soportando a Milan? Qué mareo...

Me he caído al suelo y no puedo levantarme. A pesar de ello tengo la mente clara y me doy cuenta de que la única persona con la que puedo contar, además de mi abuela, es Milan, a quien no quiero. Y Věra. He perdido a Karel, he perdido el sueño que me animaba.

«¡Milan!», le llamo, pero no me oye. Mi abuela se ha acostado hace horas y además está sorda. «Milan, ¡ayúdame a levantarme!», grito con todas mis fuerzas, y esta vez él me ha oído porque contesta. Dice que no tiene por qué ayudarme, que me levante yo sola. El coñac le ha vuelto así. «Milan, no puedo levantarme», susurro porque ya no tengo energía para gritar. Se me ha hecho de noche. No veo nada. «¡Milan! ¡Socorro, Milan!». Muevo la mano derecha, pero al intentar mover la izquierda, no responde. «¡Milan, socorro! ¡Milan, no veo nada!», apenas consigo susurrar. Milan se ríe en la habitación contigua, y cree que mis ruegos son una broma. Quiero gritar, implorando. «¡Milan!», mi voz no es la mía, suena como lejanos truenos entre nubarrones de ese cielo tempestuoso que tengo delante de los ojos. Creo oír los ronquidos de Milan en la sala contigua.

Más sudor frío baña mi cuerpo y una idea me pasa por la cabeza: moriré, y conmigo desaparecerán también los libros que leí en la librería de viejo y desaparecerá mi interpretación de su mensaje, desaparecerá mi comprensión de los cuadros renacentistas y mi interpretación de la música, todo eso que tanto me ha costado... Desde alguna parte escucho el «Andante» de la *Sonata en do* de Mozart, que tanto me gustaba interpretar al piano y que asociaba con Věra, con mi niña a la que no pude mimar lo suficiente, a ella, el rehén de Milan... ¿Cómo me recordará Věra? Ojalá Věra, mi ángel, me recordase como una mujer que deseó hacer algo con su vida, al menos como la mariposa que intenta detener un coche en marcha. ¡Así, no como alguien que ha muerto prematuramente! Pero todo se disuelve en una oscuridad que no me abandona. Mi cabeza se separa de mi cuerpo, al igual que mis brazos y piernas. Soy un cuerpo que no siente ni mal ni dicha, ni esperanza ni dolor.

Sigo oyendo los ronquidos de la habitación contigua, Milan no me va a oír nunca, pero no sé si es él o mi pesada respiración como truenos del negro cielo amenazador. En esas nubes me hundo, cada vez más, tengo miedo, siento vértigo..., el suelo sigue balanceándose, ¿estoy en un barco? o ¿tal vez en las olas del cosmos? Mi cabeza se aleja aún más, flota encima de las olas de mar, entre las estrellas y las galaxias, y mis piernas y mis brazos vuelan por el espacio... Unos rayos fríos, plateados, pasan entre mis dedos, siento la metálica suavidad del polvo en mis mejillas, floto y escucho la sinfonía del espacio negro, un tenebroso rumor... Y oigo unos truenos que se acercan..., esos truenos rítmicos provienen de una moto: voy sentada detrás de un hombre tierno y hermoso y juntos nos precipitamos hacia delante...

La versión española de este libro es una reescritura de la propia autora a partir del original checo, publicado en 2008 por Odeon con el título de *Zimní zahrada*.



MONIKA ZGUSTOVÁ, aunque nacida en Praga reside desde los años ochenta en España. Traductora, escritora y periodista (colabora con *El País-Opinión*, entre otros periódicos, nacionales e internacionales), tiene en su haber sesenta traducciones, del checo y del ruso, de Bohumil Hrabal, Jaroslav Hašek, Václav Havel, Milan Kundera, Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva, entre otros, por las que ha recibido el premio Ciudad de Barcelona y el premio Ángel Crespo. Es autora de seis novelas entre las que destaca *La mujer silenciosa*, aclamada entre las cinco mejores novelas del 2005, *Jardín de invierno*, muy elogiada por la crítica y *La noche de Valia*, premio Amat-Piniella 2014 a la mejor novela del año. Su obra se ha traducido a nueve idiomas, entre ellos inglés y alemán, con cuatro de sus novelas publicadas en Estados Unidos. Ha estrenado dos obras de teatro.